SÖREN KIERKEGAARD

ESTÉTICA Y ÉTICA

EN LA FORMACIÓN DE LA PERSONALIDAD



EDITORIAL NOVA BUENOS AIRES

I. ELECCIÓN Y PERSONALIDAD

AMIGO mío:

Te repito lo que tantas veces te he dicho, o más bien te lo grito: *aut-aut* *; un solo *aut*, que interviene para corregir, no es suficientemente esclarecedor, pues nuestro tema es demasiado importante para que uno se pueda conformar con una de sus partes y demasiado consistente en sí mismo para que se lo pueda poseer parcialmente. Hay circunstancias en la vida en las que sería absurdo y hasta insensato aplicar una alternativa, un *aut-aut;* pero también se encuentran personas cuya alma es demasiado disoluta para comprender lo que significa tal dilema y cuya personalidad está privada de la energía necesaria para decir con pasión: *aut-aut*. Esas palabras siempre me han impresionado mucho y aún me impresionan, sobre todo cuando las pronuncio así, pura y simplemente, pues contienen la posibilidad de desencadenar los contrastes más terribles. Producen sobre mí el mismo efecto que una fórmula de exorcismo, y mi alma se vuelve singularmente grave, a veces casi turbada. Pienso en mi primera juventud cuando, sin

* *Aut-aut*, expresión latina que equivale a "o lo uno o lo otro". La conservamos en su forma original porque expresa la alternativa que acecha constantemente a la persona, y por ser a la vez como un *leitmotiv* que da título a la obra (*Enten-Eller*) de donde ha sido extraído el presente estudio, que constituye por sí una unidad autónoma. (*N. de la E.*)

comprender muy bien qué es elegir en la vida, escuchaba con infantil confianza lo que decían los mayores y, aun cuando no tenía más que seguir las directivas de otro al elegir, ese momento adquiría para mí carácter solemne y augusto. Pienso en momentos posteriores, cuando me encontraba en una encrucijada y mi alma maduraba en la hora de la decisión. Pienso en muchas otras circunstancias de la vida, menos importantes para mí, pero no indiferentes, en las que debía elegir; pues, a pesar de que sólo hay una circunstancia en la cual esa palabra alcanza su significado absoluto, es decir, cuando de un lado hay verdad, justicia y santidad, y del otro deseos e inclinaciones, pasiones sombrías y perdición, también es importante, sin embargo, elegir con justeza cuando se trata de cosas en las que la elección es más o menos inofensiva, poner la mano sobre la conciencia para no tener que batirse dolorosamente en retirada hasta el punto del cual se ha partido y agradecer a Dios si lo único que hay que reprocharse es haber perdido el tiempo. En el lenguaje corriente empleo esas palabras como lo hacen otros y, por supuesto, sería pedantería absurda renunciar a ellas; sin embargo, a veces pienso que las he empleado respecto de cosas completamente indiferentes. Ellas se despojan entonces de la pobre vestimenta en tanto yo olvido las ideas insignificantes a las cuales se aplicaban, y se presentan ante mí con toda su dignidad, en traje de oficiante. Como un funcionario público que se presenta habitualmente vestido de civil y no se distingue de la muchedumbre con la cual se mezcla, así se comportan esas palabras en el lenguaje corriente; pero si ese funcionario pone en evidencia toda su autoridad, entonces se distingue de los demás. Esas palabras se presentan, pues, como aquel funcionario que sólo veo en ocasiones solem-

nes, y mi alma se vuelve siempre grave. Y aunque mi vida, en cierto modo, posee su alternativa, su *aut-aut* detrás de sí, sé muy bien, sin embargo, que todavía se pueden presentar muchas circunstancias en las cuales esas palabras tendrán su importancia total. Espero, no obstante, que esas palabras me encuentren al menos dignamente dispuesto cuando me detengan en el camino; y espero acertar en mi elección; en todo caso me esforzaré en elegir con toda seriedad; me atrevo a consolarme pensando que trato de alejarme del desvarío.

Y ahora, ¿qué importancia das tú a esas palabras que empleas a menudo y que son para ti casi un adagio? Ninguno. ¿Debo recordarte tus propias expresiones: un relámpago, un manotazo, un *coup de main*, un abracadabra? Sabes aplicarlas en cualquier circunstancia y no sin efecto; obran sobre ti como una bebida fuerte sobre un neurótico; una demencia superior, como tú dices, se apodera de ti y te embriaga. "Contienen toda la sabiduría de la vida, pero ningún hombre las ha proclamado tan crudamente como ese gran pensador, ese verdadero filósofo de la vida que hablando a la humanidad doliente como un dios bajo las apariencias de un *Popanze*" *, decía a alguien que había hecho caer su sombrero: "si lo levantas, recibirás palos; si no lo levantas, los recibirás igualmente: ¡elige!" Es tu placer "consolar" a las gentes cuando se dirigen a ti en circunstancias críticas; escuchas sus quejas y entonces les dices: "sí, comprendo perfectamente, hay dos soluciones posibles: se puede hacer esto o bien aquello; ésa es mi opinión sincera y mi consejo amistoso, hacedlo o no lo hagáis, lo lamentaréis

* *Popanze*. En alemán en el texto: espantapájaros.

igualmente". Sin embargo, el que se burla de los otros se burla de sí mismo, y no en vano tu concepto de la vida se concentra en una sola proposición: sólo digo *aut-aut*, pero de ese modo te burlas de ti mismo y demuestras la inconsistencia de tu alma. En fin, si de parte tuya fuera realmente serio, nada se podría hacer contigo, habría que tomarte tal como eres y lamentar que la melancolía y la frivolidad hayan debilitado tu espíritu. Pero como se sabe que ése no es el caso, está uno tentado no de compadecerte, sino de desear que las circunstancias de la vida te aprieten algún día en su red y te obliguen a mostrar lo que tienes en el alma, que puedan apremiarte de tal manera que no sean posibles los dichos fáciles ni las bromas. La vida es un desfile de máscaras y ello es motivo inagotable de diversión para ti y, hasta ahora, nadie ha conseguido conocerte, pues toda expresión es siempre engaño, y sólo así es como puedes respirar e impedir que la gente se te acerque demasiado y moleste tu respiración. Tu ocupación consiste en conservar tu escondite y lo consigues, pues tu máscara es la más enigmática; nada eres y nunca te encuentras a ti mismo sino en relación con otros, y lo que eres lo eres en virtud de esa relación. Lánguido, tiendes la mano a una pastora mimosa y en ese mismo instante tienes la máscara de todo el posible sentimentalismo del pastor; engañas a un venerable padre eclesiástico con un beso fraterno, etc. Tú mismo no eres sino un personaje enigmático sobre cuya frente está grabado: *aut-aut*, "pues ésa es mi divisa; esas palabras no son, como piensan los gramáticos, conjunciones disyuntivas; no, ellas se pertenecen inseparablemente y se deben escribir por lo tanto, como una sola palabra, puesto que juntas se convierten

en una interjección que yo grito a la humanidad, como se le grita *¡hep!* a un judío". Aún cuando términos de tal naturaleza no tienen efecto sobre mí, o, si lo tuvieran, sólo sería el de provocar una justa indignación, te contestaré por tu propio interés: ¿no sabes acaso que llegada la medianoche todos deben arrojar la máscara, crees que uno siempre se puede burlar de la vida, crees que te puedes deslizar antes de las doce a fin de evitarlo? ¿O te espanta eso? He visto en la vida gente que engañaba a tal punto a los otros que su verdadera naturaleza ya no se podía manifestar; he visto gente que se ocultaba hasta que su desvarío imponía finalmente a los demás sus pensamientos escondidos, y de un modo tanto más repugnante cuanto que, hasta entonces, los habían ocultado orgullosamente. ¿Puedes imaginarte algo más terrible que ver, al final, descomponerse tu naturaleza en una multitud de elementos, volverte múltiple, una Legión [1], como esos desgraciados seres demoníacos y perder así lo más íntimo y lo más sagrado de un hombre: la potencia constrictora de la personalidad? En verdad, no deberías tomar a broma lo que no es sólo grave, sino también horrible. Hay en todo hombre algo que, en cierto modo, le impide ser transparente para sí mismo; y puede serlo en tal grado, puede ser tan inexplicablemente introducido en su vida en circunstancias que se

1. San Marcos, 5, 9; San Lucas, 8, 30. [Las obras completas de Kierkegaard han sido editadas en danés en dos grupos: S. *Kierkegaards samlede Vaerker*, publicado por A. B. Drachmann, J. L. Heiberg y H. O. Lange, Copenhague, 1901-6, y S. *Kierkegaards Papirer*, publicado por P. A. Heiberg, V. Kuhr y E. Torsting, Copenhague, 1909. Las notas que siguen han sido tomadas de la edición danesa de 1920, dirigida por el profesor J. L. Heiberg. *N. de la E.*]

encuentran más allá de sí mismo, que el hombre apenas pueda manifestarse; pero el que no puede manifestarse no puede amar, y el que no puede amar es el más desgraciado. ¡Y tú haces lo mismo por espíritu de broma, te ejercitas en el arte de volverte enigmático para todos! Mi joven amigo, supón que nadie se preocupe de adivinar tu enigma. ¿Qué placer podría eso procurarte? Pero ante todo, en tu propio interés, por tu salvación —pues no conozco ningún estado de alma al cual mejor se pueda aplicar el término de perdición— detén esa derrota, esa pasión de aniquilamiento que estalla en ti; pues eso es lo que quieres, quieres aniquilarlo todo, quieres saciar el hambre de duda que alienta en ti acerca de la existencia. Con ese fin te formas, fortaleces tu espíritu; pues no titubeas en confesar que para nada sirves; sólo una cosa te causa placer: dar vuelta alrededor de la existencia durante siete días tocando la trompeta[2] y luego dejar que todo se derrumbe, para que tu alma pueda calmarse, sí, volverse triste, para que puedas engendrar el eco; pues el eco sólo se oye en el vacío.

Pero pienso que por este camino no adelantaré contigo y, además, mi cabeza es, si quieres, demasiado débil para soportar un continuo deslumbramiento ante los ojos, o, como creo, demasiado sólida para encontrar placer en ello. Abordaré pues la cuestión por otro lado. Imagina un joven en la edad en que la vida comienza a tener verdadero significado para él; tiene buena salud, es sencillo, feliz, inteligente, lleno de esperanza y es la esperanza de cuantos lo conocen; imagínate —sí cuesta decirlo—, imagínate que se haya engañado respecto de

2. Como Josué alrededor de Jericó: Libro VI de Josué.

ti, que haya creído encontrar en ti un hombre serio, experimentado, sagaz, del cual podía con seguridad obtener indicaciones sobre los enigmas de la vida; imagínate que se haya dirigido a ti con la encantadora confianza que distingue a la juventud, con la exigencia apremiante que es el privilegio de la juventud, ¿qué le responderías? ¿Responderías: "Sí, no digo sino: *aut-aut?*" Supongo que no. O, como sueles hacerlo cuando deseas mostrar tu repugnancia a dejarte importunar por los asuntos sentimentales de los demás, ¿te asomarías a la ventana para decirle: "desengáñese"? ¿O lo tratarías como a otros que desean consultarte y pedirte indicaciones y que rechazas como a los que vienen a cobrar la retribución debida al pastor; le responderías que no eres sino un pensionista en la vida y no un hombre asentado o de un padre de familia? Una vez más, supongo que no. Un joven inteligente es alguien a quien estimas demasiado. Vuestras relaciones no serían tales como las hubieras deseado. Lo que te hubiese puesto en contacto con él no hubiera sido un encuentro fortuito, tu ironía no hubiese sido tentada. Aun cuando él fuese el más joven y tú el mayor, gracias a lo noble de su juventud él habría dado gravedad al momento. ¿No es así? ¿No desearías tú mismo volverte joven, no querrías sentir que hay algo hermoso en el hecho de ser joven, pero también algo muy grave, es decir, que el uso de la juventud no es algo indiferente, que se encuentra uno ante una elección, una verdadera alternativa, un verdadero *aut-aut?* Sentirías que lo que vale es madurar la propia personalidad antes que formar el espíritu. Tu benevolencia, tu simpatía quedarían conmovidas, si conforme a ellas querrías hablarle. Desearías fortalecer su alma,

confirmarlo en la confianza que el mundo le inspira; le asegurarías que hay en cada ser una potencia capaz de desafiar al mundo entero, le recomendarías vivamente que empleara bien su tiempo. Tú puedes hacer todo eso, y, si lo quieres, puedes hacerlo bien. Pero ahora, escucha bien lo que quiero decirte, joven: ya que, aunque no eres joven, siempre debe uno llamarte asi. ¿Qué harías en ese caso? ¿Reconocerías la importancia, que en general no quieres admitir, de un *aut-aut*, y por qué? Porque tu alma habría sido conmovida por el amor al joven; en cierto modo, sin embargo, te engañarías, pues tal vez él te volviera a encontrar en otras circunstancias en las que, de ningún modo, tendrías la oportunidad de reconocerlo. Ahí ves una triste consecuencia de la incapacidad de la naturaleza humana para manifestarse armónicamente. Creías proceder del mejor modo y, sin embargo, tal vez lo hayas perjudicado; frente a tu desconfianza de la vida hubiera podido defenderse mejor que entregándose a la confianza subjetivamente falsa que infundirías en su espíritu. Imagina que algunos años más tarde encuentras de nuevo a ese joven; es alegre, espiritual, agradable, osado en sus pensamientos, resuelto en sus expresiones; pero tu agudeza auditiva descubre fácilmente la duda en su alma, sospechas que él también habrá llegado a la equívoca sabiduría: "no digo sino" *aut-aut*. ¿Acaso no lo lamentarías por él, no sentirías que ha perdido algo, y algo esencial? Pero, en cuanto a ti, no lo lamentarás, estás contento, sí, orgulloso de tu sabiduría equívoca, sí, tan orgulloso que no puedes permitir que otro participe de ella, quieres ser el único que la posee. Y, sin embargo, desde otro punto de vista, lamentas que ese joven haya llegado a la misma sabiduría—y es tu opinión

sincera—. ¡Qué enorme contradicción! Toda tu naturaleza se contradice a sí misma. No puedes salir de esta contradicción sino con ayuda de un: *aut-aut* y yo, que te amo con más sinceridad que lo que tú amas al joven, yo, que en la vida he aprendido la importancia de la elección, te felicito por ser todavía bastante joven, incluso si todavía permaneces privado de algo, para poder, sin embargo, alcanzar lo principal de la vida, reconquistarte a ti mismo, adquirirte a ti mismo, con la condición de que poseas, o más bien quieras poseer, la energía necesaria para hacerlo.

Ahora, si alguien pudiese mantenerse continuamente en la cúspide del instante de la elección, si pudiese dejar de ser un hombre, si, en lo más profundo de su naturaleza, no fuese más que idea vaporosa, si la personalidad no significara sino ser un duende que participe de los movimientos y sin embargo permanece invariable, si todo eso fuese cierto, entonces sería absurdo decir que puede ser demasiado tarde para que un hombre elija, puesto que, en un sentido más profundo, no se podría hablar de una elección. La elección misma es decisiva para el contenido de la personalidad; por la elección ella se hunde en lo que ha sido elegido, y si no elige, se empobrece. En un momento dado puede ser, o parecer, que los dos objetos de la elección se encuentran fuera del que elige; no hay relación entre él y ellos, puede mantenerse indiferente ante ellos. Es el instante de la deliberación, pero éste, como el instante platónico [3], no tiene existencia verdadera, sobre todo en el sentido abstracto que le das; y cuanto más se lo mira, menos es. Lo que debe ser elegido se encuentra

3. *El instante platónico*: Platón, en el *Parménides*, designa el instante como la frontera entre el antes y el después.

en la más profunda relación con el que elige, y cuando se trata de una elección que concierne a una cuestión vital, el individuo ha de vivir al mismo tiempo y así llega fácilmente a desnaturalizar la elección postergándola, aunque delibere sin cesar pensando que así tiene bien separados uno de otro, los dos objetos contrarios de la elección. Si se mira en esta forma el *aut-aut* de la vida, no se tiene el fácil deseo de tomarlo a broma. Se percibe entonces que la voz interior de la personalidad no tiene tiempo para hipótesis, que continúa precipitándose hacia adelante y que de un modo u otro plantea alternativamente una u otra cosa, lo cual, en el instante siguiente, hace la elección más difícil, pues se debe retomar lo que ha sido dejado. Imagina a un segundo oficial a bordo de su navío, en el instante en que hay que hacer una maniobra; puede decir tal vez: "puedo hacer esto o aquello; pero, si no es un oficial mediocre, se dará cuenta también de que el navío, mientras tanto, sigue su curso ordinario y que así sólo hay un instante durante el cual es indiferente hacer esto o aquello. Y así ocurre con un hombre —si olvida calcular ese curso, al fin llegará un momento en que no se tratará de un *aut-aut*, no porque haya elegido sino porque ha descuidado hacerlo, o, si se quiere, porque otros han elegido por él, porque él mismo se ha perdido—.

De acuerdo con lo que acabo de desarrollar, verás también en qué difiere esencialmente mi concepto de la elección del tuyo, y he aquí la diferencia. El instante de la elección es para mí algo muy grave, no a causa del estudio profundo que implica la elección entre dos cosas distintas y de la multitud de pensamientos que se refieren a cada cosa en particular, sino, sobre todo, porque corro

el riesgo de no tener ya, un instante después, la misma posibilidad de elegir, porque, entre tanto, algo ya ha sido vivido y debe pues ser vivido una vez más; es un error creer que se pueda mantener un sólo instante la propia personalidad en blanco, o que se pueda, en sentido más estricto, detener o interrumpir la vida personal. Antes de la elección, la personalidad ya está interesada; y si se posterga la elección, la personalidad, vale decir las potencias ocultas en ella, elige incoscientemente. Si, como acabo de decir, no se está completamente distraído, se descubre, hecha la elección, que algo debe ser rehecho, debe ser retomado, y ello, a menudo, es muy difícil. En algunos cuentos [4] se habla de gentes a quienes las sirenas y los tritones mantenían bajo su poder. El cuento nos enseña que para ser desencantados era necesario que los encantados tocaran al revés una pieza de música sin equivocarse ni una sola vez. He aquí una imagen muy profunda, pero de realización muy difícil y, sin embargo, es así, y cada vez que nos equivocamos hay que recomenzar. Por eso es importante elegir y elegir en el momento oportuno. Tú tienes otro método; bien sé que el aspecto polémico que muestras al mundo no es tu verdadera naturaleza. Sí, si la tarea de una vida humana fuera el reflexionar, entonces estarías cerca de la perfección. Tomo un ejemplo. Para que se adapte a tu caso es necesario, naturalmente, que se trate de elementos marcadamente opuestos: o pastor o actor, he ahí el dilema. Ahora, toda tu apasionada energía despierta; la reflexión, con su centenar de brazos, se apodera de la

4. Wolff, *Mythologie der Feen und Elfen vom Ursprunge dieses Glaubens bis auf die neuesten Zeiten*, traducido del inglés, Weimar 1828, pág. 153.

idea de ser pastor. No encuentras reposo, día y noche piensas en ello; lees todas las obras que tienes a mano; los domingos vas a la iglesia tres veces, entras en relación con pastores, escribes sermones y los pronuncias para ti mismo; durante seis meses estás muerto para el mundo entero. Ahora has terminado, puedes hablar del estado de pastor con más competencia y, aparentemente, más experiencia que otro que ha sido pastor durante veinte años. Te irritas cuando esa persona que encuentras no sabe expresarse con inmensa elocuencia. "Eso es entusiasmo?", dices. "Yo, que no soy pastor, que no me he consagrado a ese estado, hablo, comparado con ellos, de un modo angélico". Tal vez sea cierto, pero no te has hecho pastor. Ahora te comportas del mismo modo respecto del segundo problema, y tu entusiasmo artístico sobrepasa tal vez tu elocuencia eclesiástica. En fin, estás próximo a la elección. Sin embargo, se puede estar seguro de que en la enorme acción intelectual en que has vivido muchas cosas no se han perdido, muchas generalidades y observaciones. Por consiguiente, esos desechos reaparecen en el momento en que debes elegir, se remueven, un nuevo *aut-aut* aparece: un hombre de ley, abogado tal vez —un abogado— tiene algo común con los otros dos. Ahora estás perdido. Pues, en ese mismo instante, ya eres bastante abogado para poder probar que es justo agregar un tercer objetivo. Tu vida pasa así. Después de haber perdido un año y medio en esas reflexiones, después de haber tendido todos los resortes de tu alma con admirable energía, no has avanzado ni un solo paso. Entonces el hilo del pensamiento se rompe, te vuelves impaciente, apasionado, pones todo a sangre y fuego; y ahora continúas: o peluquero o contador de un banco, sólo digo *aut-aut*.

No es sorprendente, por lo tanto, que esas palabras sean para ti un escándalo y una locura[5] "que te parezcan como los brazos de esa doncella cuyo abrazo era la pena capital"[6]. Desprecias a los hombres, los ridiculizas y te has convertido en lo que más detestas —un crítico, un crítico universal, ante todas las facultades—. A veces, cuando pienso en ti, no puedo dejar de sonreír y, sin embargo, es triste pensar que tus facultades verdaderamente superiores se dispersan así. Sin embargo, ahí se encuentra una vez más la misma contradicción de tu naturaleza; pues ves muy bien lo que es ridículo, y pobre del que cae en tus manos si lo es; y, sin embargo, tal vez toda la diferencia esté en que él se aflige y se derrumba mientras que tú te sostienes bien, te vuelves ligero y más alegre que nunca, y haces don a ti mismo y a otros del evangelio: *vanitas vanitatum vanitas*[7]. Y ya está. Pero eso no es una elección, es lo que en danés se dice, "sea", o lo que corresponde al precepto de no mirar las cosas muy de cerca. Ahora te sientes libre, te despides del mundo.

So zieh'ich hin in alle Ferne
Über meiner Mütze nur die Sterne[8]

Y bien, has elegido pero, seguramente, no la mejor parte, y pienso que tú mismo lo confesarás; pero en el

5. *Escándalo y locura*: 1er. cap., San Pablo a los Corintios, I, 23.
6. *Esta doncella*: Instrumento de tortura usado en la Edad Media. [redacted]
7. *Vanitas vanitatum*: Ver el Eclesiastés, I, 2.
8. *So zieh'ich hin*: y me voy hacia los países lejanos, con sólo las estrellas sobre mi cofia, Goethe, *West-östlicher Divan*, *"Freiheit"*.

fondo, de ningún modo has elegido, o has elegido en sentido figurado. Tu elección es una elección estética; pero una elección estética no es elección. En verdad, el hecho de elegir es una expresión real y rigurosa de la ética. Ahí, donde, en un sentido más estricto se trata de un *aut-aut*, se puede siempre estar seguro de que la ética interviene en cierto modo. El único *aut-aut* absoluto que existe es la elección entre el bien y el mal, y esa elección también es absolutamente ética. La elección estética es del todo inmediata, y por esa razón no es una elección, o bien se pierde en la diversidad. Por ejemplo, cuando una joven sigue la elección de su corazón, esa elección, cualquiera sea su belleza, no es, en sentido estricto, una elección, puesto que es enteramente inmediata. Cuando un hombre reflexiona estéticamente sobre numerosas tareas de la vida, como lo hacías en lo que antecede, no obtiene fácilmente un solo *aut-aut*, sino una multitud de ellos, porque lo que constituye el libre albedrío en la elección no está éticamente acentuado, y porque no eligiendo de un modo absoluto, sólo elige para ese momento y, en el momento siguiente, puede elegir otra cosa. La elección ética es por consiguiente, en cierto sentido, mucho más fácil, mucho más simple; pero, en otro sentido, infinitamente más difícil. Aquel que de modo ético desea determinar la tarea de su vida, por lo general no encuentra dónde elegir tan ampliamente; en cambio, el acto de la elección tiene para él una importancia mucho mayor. Si quieres comprenderme correctamente estoy dispuesto a decir que lo que más vale en la elección no es elegir lo que es justo, sino la energía, la seriedad y la pasión con las cuales se elige. En eso la personalidad se manifiesta en su íntima infi-

nitud, y es por eso que la personalidad queda a su vez consolidada. Por consiguiente, aun si se equivoca, comprenderá, sin embargo, y justamente a causa de la energía con la cual ha elegido, que había elegido en falso. Pues habiendo sido hecha la elección con toda la sinceridad de la personalidad, su naturaleza ha sido purificada y puesta en relación inmediata con la potencia eterna que, por su presencia en todas partes, penetra toda la existencia. El que sólo elige estéticamente jamás conocerá esta transfiguración, esta consagración superior. El ritmo en su alma no es, a pesar de toda su pasión, más que un *spiritus lenis*[9].

Como un Catón[10] te grito, pues, mi *aut-aut*, y sin embargo, no como un Catón, pues mi alma no ha adquirido aún el temperamento frío y resignado que él poseía. Pero sé que sólo este conjuro, si acaso tengo la fuerza necesaria, será capaz de hacer nacer en ti, no una actividad del pensamiento, pues no te falta, sino la seriedad del espíritu. Tal vez sin ella consigas hacer muchas cosas, tal vez llegues a sorprender al mundo (pues no soy mezquino), y, sin embargo, el bien superior, lo único que en verdad da importancia a la vida, se te escapará; ganarás tal vez el mundo entero[11] y te perderás a ti mismo.

¿Qué es, pues, lo que yo separo en mi *aut-aut*? ¿Es el bien o el mal? No, sólo deseo conducirte hasta el punto en que esa elección sea verdaderamente importante para ti. De eso se trata. Bastaría conducir a un hom-

9. *Spiritus lenis*: Aspiración ligera.
10. *Catón*, K.: piensa, naturalmente en la obstinación con la cual Catón en el Senado, reclamaba en cualquier ocasión la destrucción de Cartago.
11. *Ganar el mundo entero*: San Mateo, 16, 26.

bre hasta la encrucijada de tal modo que no hubiese para él más salida que la elección, para que eligiera con justeza. Si, por consiguiente, antes de que hayas podido leer este estudio, un poco más detallado, que, una vez más, se te envía bajo forma de carta, llegas a sentir que el momento de la elección ha llegado, entonces rechaza el resto, no te preocupes por él, nada habrás perdido; pero elige y verás lo legítimo que hay en ello; no, ninguna joven puede ser tan feliz a causa de la elección de su corazón, como un hombre que ha sabido elegir. Se debe vivir, o bien estéticamente, o bien éticamente. En sentido más estricto no es, como dije, cuestión de elegir, pues el que vive estéticamente no elige, y el que elige lo estético después de haber comprendido lo ético, no vive estéticamente, pues peca y se encuentra bajo las determinaciones éticas, aunque su vida deba ser calificada de no ética. He aquí una especie de *character indelebilis*[12] de la ética: aun cuando se presente modestamente, en condiciones de igualdad con la estética, ella es, sin embargo, el elemento que hace que la elección sea elección. Y lo triste cuando se considera la vida humana, es que hay tantas gentes que viven sus vidas en una tranquila perdición; se desgastan a sí mismos, no porque su riqueza interior se despliegue sucesivamente y sea poseída en ese despliegue; no, pero, como si al vivir saliesen de sí mismos, desapareciesen como sombras, su alma inmortal es arrastrada como por el viento, y no se preocupan de su inmortalidad, pues están disueltos antes de morir. No viven estéticamente, pero la ética, en su integridad, tam-

12. *Character indelebilis*: Se refiere al efecto indeleble que la Iglesia católica atribuye al bautismo y a la ordenación sacerdotal.

poco se ha mostrado a ellos; en el fondo, no la han rechazado y, por lo tanto, tampoco pecan, salvo en la medida en que es un pecado no ser nada, ni esto ni aquello; tampoco dudan, por supuesto, de su inmortalidad, pues aquél que por su propia cuenta duda de ella profunda y sinceramente hallará lo que es justo. Digo "por su propia cuenta", pues es hora de prevenir contra esa objetividad generosa y heroica con la cual muchos pensadores piensan por cuenta de todo el mundo y no por la suya propia. Si se llama a lo que aquí exijo amor a sí mismo, responderé: eso se debe a que no se tiene ninguna idea de lo que el yo representa, y agregaré que sería poco útil para un hombre el ganar el universo perdiéndose a sí mismo, y que una prueba debe necesariamente ser una pobre prueba si, en primer término, no convence a quien la presenta.

Ante todo, mi *aut-aut* no significa la elección entre el bien y el mal, significa la elección por la cual se elige el bien y el mal, o por la cual se los excluye. Se trata de saber bajo qué determinaciones se quiere considerar toda la existencia y vivir uno mismo. Bien cierto es que el que elige el bien y el mal, elige el bien, pero esto sólo aparece más tarde; pues la estética no es el mal, sino la indiferencia; y por eso decía que la ética constituye la elección. Por consiguiente, se trata menos de elegir entre las dos proposiciones: "querer el bien o querer el mal", que de elegir: "querer"; pero, por ese hecho, el bien y el mal están planteados por su lado. El que elige la ética elige el bien, pero el bien es aquí algo absolutamente abstracto, su existencia sólo está planteada y de ello no se deduce en absoluto, que quien elige no pueda a su vez elegir el mal, aun cuando haya elegido el bien. Ya ves qué

importante es que se haga una elección, y que lo que importa no es tanto la reflexión, sino ese bautismo de la voluntad, gracias a la cual ésta se incorpora a la ética. Cuanto más se avanza, más difícil es la elección; pues el alma se encuentra sin cesar en una de las partes del dilema, y cada vez se hace más difícil liberarse. Y, sin embargo, eso es necesario si hay que elegir y es muy importante si una elección tiene algún sentido, y te demostraré más adelante que es así.

Sabes que no tengo pretensiones de filósofo, sobre todo en mis relaciones contigo. Generalmente me presento como un esposo, para fastidiarte un poco y porque es realmente la situación que me es más cara, la más preciosa y, en cierto modo, la más importante de mi vida. No he consagrado mi vida, ni al arte ni a las ciencias, y, comparada con los objetivos de tu vida, mi situación es fútil, pero cuida, mi joven amigo, que las grandes cosas por las cuales realmente te sacrificas, no te engañen. Aunque no-filósofo, me veo obligado aquí a arriesgar una pequeña reflexión filosófica que te ruego tomes *ad notam* antes de criticarla. Pues el resultado polémico que resuena en todos tus himnos triunfales sobre la existencia se parece extrañamente a la teoría preferida de la filosofía moderna que suprime el principio de contradicción. Bien sé, que tu modo de ver es una abominación para la filosofía y, sin embargo, me parece que ella es culpable del mismo error; sí, que la razón por la cual no se comprende esto en seguida, es que ella no la plantea de un modo tan exacto como tú. Tú te sitúas sobre el terreno de la acción, ella, sobre el de la contemplación. Por consiguiente, en el instante en que se la quiere transferir al plano práctico, debe llegar al mismo resultado

que tú, aunque no se exprese así. Tú realizas la mediación de los contrarios en una locura superior, la filosofía la realiza en una síntesis superior. Tú te vuelves hacia el porvenir, pues la acción es esencialmente de orden futuro; dices puedo hacer esto o aquello, pero, cualquiera sea lo que yo hago, es un error, *ergo* no hago nada. La filosofía se vuelve hacia el pasado, hacia toda la historia vivida del mundo, muestra cómo los elementos discursivos se comprenden en una síntesis superior, sin cesar sigue haciendo mediación. Por el contrario, en nada parece responder a lo que yo pregunto; pues mis preguntas conciernen al porvenir. Hay que reconocer que tú respondes a ello en cierto modo, aunque tu respuesta sea un contrasentido. Supongo ahora que la filosofía tiene razón, que el principio de la contradicción sea realmente suprimido, o que los filósofos lo supriman a cada instante en la síntesis superior que tiene por objeto el pensamiento. Pero esto no puede aplicarse al porvenir; pues es necesario que los contrarios hayan existido antes de que yo pueda hacer la mediación. Si hay un contraste, hay un: "o lo uno o lo otro". El filósofo dice: hasta ahora han sido así las cosas; pregunto qué debo hacer si no quiero ser filósofo, pues si fuera mi intención serlo, bien veo que, como los otros filósofos, tendría que hacer la mediación del pasado. En primer término esto no es una respuesta a la cuestión que he planteado acerca de mi deber; pues si fuera la mejor cabeza filosófica que jamás hubiese existido en el mundo, algo mejor tendría que hacer que quedarme sentado y contemplar el pasado; además soy un esposo y de ningún modo una cabeza filosófica y me dirijo, con toda la deferencia debida, a los aficionados a esa ciencia para saber lo que debo ha-

cer. Pero no recibo ninguna respuesta, pues el filósofo hace la mediación del pasado, el filósofo, se precipita en el pasado con tal velocidad que sólo sus faldones, como dice un poeta de un anticuario, han quedado en el presente. Crees, como los filósofos, que la vida se detiene. Para el filósofo la historia del mundo ha terminado y él hace la mediación. Por eso el desagradable espectáculo de jóvenes que saben hacer la mediación de la cristiandad y del paganismo, y jugar con las fuerzas titánicas de la historia, de esos jóvenes que no saben decir a un espíritu sencillo que es lo que debe hacer en la vida y tampoco lo saben para ellos mismos está en el orden del día de nuestra época. Eres sumamente rico en expresiones que conciernen a tu resultado favorito; quiero subrayar aquí una de ellas, en la cual te asemejas notablemente al filósofo, aun cuando su seriedad verdadera o fingida, le impida participar de la ingeniosa salida de rigor con la cual tanto te diviertes. Cuando se te pregunta si quieres firmar una petición al rey, o si quieres una constitución o el derecho de votar los impuestos, o si quieres unirte a algún movimiento con fines benéficos, entonces respondes: "¡Muy honorables contemporáneos! Ustedes me comprenden mal, yo nada tengo que ver en el asunto, he salido, he salido como una pequeña *s* española". Lo mismo sucede con el filósofo, él también ha salido, nada tiene que ver, se ha sentado y envejece escuchando los cantos del pasado y las armonías de la mediación. Honro a la ciencia y a sus aficionados, pero la vida también tiene sus exigencias y si, al mirar cómo se pierde en el pasado una cabeza especialmente dotada, no supiese de qué modo pensar y juzgar, a pesar del respeto que pudiese tener por sus facultades intelectuales, actualmente

no titubeo, puesto que veo cantidad de jóvenes, que no pueden ser todos cabezas filosóficas, perdidos en la filosofía favorita de la época, o, como estoy tentado de decirlo, en la filosofía de los jovenzuelos de la época. Tengo una exigencia válida ante la filosofía, como la tienen todos aquellos a quienes ella no puede rechazar por falta total de inteligencia. Soy esposo, tengo hijos. Pues bien, si en nombre de ellos preguntara a la filosofía: ¿qué debe hacer un hombre en la vida? Tal vez sonreirías; en todo caso la juventud filosófica se sonreiría de un padre de familia. Sin embargo, pienso que constituye un terrible argumento en su contra que ella no pueda contestar nada. Si la marcha de la vida ha sido detenida, la generación actual tal vez pueda vivir con ayuda de la contemplación —pero la siguiente, ¿de qué vivirá?— ¿De la misma contemplación? Pero la generación anterior nada hizo, nada dejó que pueda ser objeto de mediación. Mira, aquí también puedo juntarte con los filósofos y decirles: el bien supremo se les escapa. En esto me ayuda mi condición de esposo para explicar mejor mi pensamiento. Si un esposo dijera que la más perfecta unión conyugal es la que no tiene hijos, se haría culpable del mismo malentendido que los filósofos. Haría de sí mismo un absoluto —pero todo esposo sentirá que eso no es verdadero ni bello, y que ser un elemento, como se llega a serlo por un niño, es mucho más verdadero—.

Sin embargo, tal vez haya ido demasiado lejos, me he ocupado de estudios que tal vez jamás hubiese debido emprender, no sólo porque no soy filósofo, sino porque no tengo la menor intención de tratar contigo un fenómeno de la época, sino de prevenirte, de hacerte comprender muy bien que eres tú el prevenido. Pero ya que he ido tan

lejos, quiero examinar, sin embargo, más de cerca adónde hemos llegado respecto de la mediación filosófica de los contrarios. Si lo que tengo que decir al respecto carece de precisión, tal vez se encuentre algo más serio y es por esa razon, exclusivameute, que te lo expondré; no es mi intención presentarme a una cátedra de filosofía, pero, ya que he tomado la pluma, defenderé la cuestión de otro modo y mejor.

Es verdad que hay un futuro, es verdad que hay un *aut-aut*. El tiempo en el cual el filósofo vive no es el tiempo absoluto, no es sino un momento y siempre es una circunstancia inquietante el que una filosofía sea estéril, sí, es una deshonra para ella, así como en el Oriente se considera que la esterilidad es una vergüenza. El tiempo mismo se hace momento, y la filosofía se convierte en un elemento en el tiempo. Nuestra época, a su turno, aparecerá ante la posteridad como un momento discursivo, y un filósofo de esa posteridad hará a su vez la mediación de nuestra época, y así sucesivamente. En esas condiciones, la filosofía está en su derecho, y hay que considerar como error fortuito de la filosofía de nuestra época el haber tomado nuestro tiempo por tiempo absoluto. Sin embargo, es fácil ver que la categoría de la mediación ha sido perjudicada por ese hecho y que la mediación absoluta sólo será posible cuando la historia haya terminado o, en otros términos, el sistema está en perpetua transformación. En cambio, lo que la filosofía ha conservado es el reconocimiento del hecho de la mediación absoluta. Ésto tiene para ella la mayor importancia, pues si se renuncia a la mediación se renuncia a la especulación. Por otra parte, es grave el reconocerlo, pues si se reconoce la mediación entonces no existe elección

absoluta, y, si ésta no existe, no hay ningún *aut-aut* absoluto. Ahí está la dificultad; creo, sin embargo, que la misma se debe a la confusión de dos esferas: la del razonamiento y la de la libertad. El contraste no existe para el pensamiento, el cual se resuelve en la otra cosa y, luego, en una síntesis superior. En cambio, el contraste existe para la libertad; pues ella lo excluye. De ningún modo confundo el *liberum arbitrium*[13] con la libertad positiva; pues si ésta tiene desde la eternidad, fuera de sí, el mal como una posibilidad impotente, no se vuelve más perfecta incorporando cada vez más el mal, sino excluyéndolo cada vez más; pero, justamente, la exclusión es el contraste de la mediación. Mostraré, más adelante, que debido a ello no llego a admitir un mal radical. Las esferas con las cuales se relaciona la filosofía esencialmente, las esferas esenciales del pensamiento, son la lógica, la naturaleza y la historia. Ahí es donde reina la necesidad, y por eso la mediación es legítima. Pienso que nadie negará que ése es el caso de la lógica y de la naturaleza; pero hay una cierta dificultad en lo que concierne a la historia, pues en ella, según se dice, reina la libertad. Creo, sin embargo, que se tiene una idea falsa de la historia y que de ahí proviene la dificultad. Pues la historia es algo más que un producto de los actos libres de individuos libres. El individuo obra, pero su acto se incorpora al orden de cosas que está en la base de toda existencia. El que actúa no sabe con certeza qué es lo que saldrá de su acto. Pero ese orden superior de las cosas que, por así decirlo, digiere los actos libres y los coordina con sus leyes eternas, es la necesidad, y esa necesidad es el movimiento en la historia universal; por

13. *Liberum arbitrium*: Voluntad libre.

tanto, es muy justo que la filosofía se sirva de la mediación, es decir, de la mediación relativa. Si considero algún personaje de la historia universal, puedo hacer la diferencia entre los actos que lo siguen, como dicen las Escrituras [14], y los actos por los cuales pertenece a la historia. La filosofía nada tiene que hacer con lo que puede llamarse el acto interior; pero el acto interior es la verdadera vida de la libertad. La filosofía considera el acto exterior, y, a su vez, no lo ve aislado, sino incorporado al proceso histórico y modificado por él. Ese proceso es, en el fondo, el objeto de la filosofía y es considerado por ésta bajo la determinación de la necesidad. Por eso la filosofía desecha el pensamiento quc intentaría significar que todo hubiese podido ser de otra manera, considera la historia universal de tal modo que ya no existe el problema de un *aut-aut*. A mí, al menos, me parece que en esta contemplación se introducen muchos conceptos estúpidos e ineptos; no niego que los que me parecen más ridículos son sobre todo esos jóvenes taumaturgos que quieren evocar los espíritus de la historia, y me inclino también profundamente ante los magníficos resultados que ha logrado nuestra época. La filosofía, como he dicho, ve la historia bajo la determinación de la necesidad, no bajo la de la libertad; pues se llama libre al proceso histórico en el mismo sentido en que se habla del proceso organizador de la naturaleza. Para el proceso histórico no se trata de un *aut-aut;* pero un filósofo, seguramente jamás ha tenido la idea de negar que se trate de eso para un individuo actuante. De allí se desprende, a su vez, el espíritu conciliador con el cual la filosofía mira la historia y sus héroes; pues los ve bajo la determinación

14. *Actos que lo siguen*: El Apocalipsis, 14, 13.

de la necesidad. De ese hecho proviene, igualmente, su impotencia para hacer que un hombre actúe a su disposición a dejar que todo se detenga; pues, en el fondo, exige que se obre por necesidad, lo que es una contradicción.

De ese modo, aun el individuo más insignificante tiene una doble existencia. El también tiene una historia que no es solamente producto de sus propios actos libres. Sus actos interiores, en cambio le pertenecen y le pertenecerán eternamente. Ni la historia, ni la historia universal pueden quitárselos; sus actos interiores lo seguirán, para su placer o para su desgracia. En ese mundo reina un *aut-aut* absoluto; pero la filosofía nada tiene que hacer con ese mundo. Si imagino un hombre de edad que mira hacia el pasado de una vida agitada, él también recibirá por el pensamiento una mediación, pues su historia estaba intercalada en la del tiempo; pero, interiormente, no habrá mediación. Allí, un *aut-aut* separará siempre lo que estaba separado cuando él elegía. Si pudiera hablarse en ese caso de una mediación, habría que decir que se trata de arrepentimiento; pero el arrepentimiento no es una mediación. Él no mira con envidia lo que debe ser el objeto de la mediación, su cólera lo devora; pero es, como la exclusión, el contraste de la mediación. Por esto se ve, además, que no admito un mal radical, puesto que establezco la realidad del arrepentimiento; el arrepentirse es una expresión de conciliación, pero es, además, una expresión absolutamente irreconciliable.

Tal vez admitas todo esto, tú, que, sin embargo, haces causa común con los filósofos de tantos modos, salvo en la medida en que te permites burlarte de ellos; tal vez pienses que, como esposo, esto puede bastarme y pueda usarlo en mi hogar. Sinceramente no pido más; pero qui-

siera saber cuál de las dos vidas es mejor, la del filósofo o la del hombre libre. Si el filósofo no es más que filósofo, perdido en ese oficio sin conocer la vida feliz de la libertad, entonces le falta algo muy importante, se apodera del mundo entero y se pierde a sí mismo; eso jamás puede suceder al que vive por la libertad, perdiera lo que perdiese.

Lucho, pues, por la libertad (en esta carta y también, especialmente, en mí mismo), por el porvenir y por *aut-aut*. Es el tesoro que pienso dejar a los que amo en este mundo. Sí, si mi joven hijo estuviese en edad de comprenderme y mi última hora hubiese llegado, en ese momento le diría: "No te dejo fortuna, ni títulos, ni cargos, pero sé dónde está oculto un tesoro que puede hacerte más rico que todo el mundo, y ese tesoro te pertenece y no debes agradecérmelo a fin de no comprometer tu salvación debiéndolo todo a otro ser; ese tesoro está encerrado en tu propio corazón: ahí hay un *aut-aut* que hace a un ser más grande que los ángeles."

Quiero interrumpir aquí esta meditación. Tal vez no te satisfaga, tus ojos ávidos la devoran sin que estés saciado; pero los ojos son los últimos [15] en quedar satisfechos, sobre todo cuando no se tiene hambre, como en tu caso, y no se sufre sino de una codicia de los ojos que no puede ser satisfecha.

Gracias a mi *aut-aut* aparece la ética. No se trata de la elección de algo, ni de la realidad de lo que ha sido elegido; sino de la realidad de la elección. Eso es lo decisivo y respecto de ello me esforzaré por abrirte los ojos. Un

15. *Los ojos son los últimos*: Se refiere al proverbio que dice que Dios satisface al vientre antes que a los ojos.

hombre puede ayudar a otro hombre pero una vez que éste está alerta, la influencia que uno puede ejercer sobre el otro es secundaria. En una carta anterior te decía que el hecho de haber amado crea en la naturaleza del hombre una armonía que jamás se pierde completamente; ahora diré que el hecho de elegir da a la naturaleza del hombre una solemnidad, una serena dignidad que jamás se pierde completamente. Muchos hay que dan gran importancia al haber mirado frente a frente a un personaje cualquiera que ha desempeñado un papel notable en la historia universal. Jamás olvidan esa impresión, ella ha dejado en su alma una imagen ideal que ennoblece su naturaleza; y, sin embargo, por significativo que sea ese momento, nada es en comparación con el instante de la elección. Cuando todo se ha vuelto sereno, solemne como una noche estrellada, cuando el alma está sola en el mundo entero, entonces aparece ante ella, no un ser superior, sino la potencia eterna misma, el cielo se entreabre, por así decir, y el yo se elige a sí mismo o, más bien, se recibe a sí mismo. Entonces el alma ha visto el bien supremo, lo que ningún ojo mortal puede ver y que jamás puede ser olvidado, entonces la personalidad recibe el espaldarazo que la ennoblece para la eternidad. No se convierte en algo distinto de lo que ya era, sino que llega a ser ella misma. Del mismo modo que un heredero no posee antes de la mayoría de edad los tesoros del mundo entero, aun cuando sea el heredero de ellos, así la personalidad más rica nada es antes de haberse elegido a sí misma y la personalidad más pobre que se pueda imaginar lo es todo cuando se ha elegido a sí misma; pues la grandeza no consiste en esto o en aquello, sino que se encuentra en el hecho de ser uno mismo; y todo hombre puede serlo si lo quiere. El hecho de que lo que aparece

del otro lado es lo estético, que es la indiferencia, te demuestra que, en cierto modo, no se trata de la elección de alguna cosa. Sin embargo, hay una elección, sí, una elección absoluta, pues sólo al elegir de un modo absoluto se puede elegir la ética. Por lo tanto, es la elección absoluta la que plantea a la ética, pero esto de ningún modo excluye a la estética. En la ética la personalidad está centrada en sí misma, la estética queda excluída en forma absoluta o bien es excluída como absoluto, pero permanece siempre de modo relativo. La personalidad, al elegirse a sí misma, se elige de modo ético y excluye la estética en forma absoluta; pero, desde que se elige a sí misma y continúa siendo ella misma, sin convertirse en otra naturaleza por el hecho de esa elección, toda la estética entra dentro de su relatividad.

El *aut-aut* que he establecido, es, por consiguiente, en cierto modo, absoluto, pues se trata de elegir o de no elegir. Pero, desde que la elección es una elección absoluta, el *aut-aut* es absoluto; el *aut-aut* absoluto no aparece en otro sentido sino en el momento de la elección, pues entonces aparece la elección entre el bien y el mal. Esta elección, planteada por la primera elección, ya no será aquí objeto de mis deliberaciones, sólo deseo llevarte hasta el punto en que aparece la necesidad de la elección y considerar luego la existencia bajo determinaciones éticas. A este respecto no soy rigorista, entusiasmado por una libertad formal y abstracta; sólo que, una vez planteada la elección, toda la estética vuelve y verás que sólo gracias a ello la existencia es bella y que sólo por ese medio un hombre consigue salvar su alma y adueñarse del mundo entero, hacer uso del mundo sin abusar.

II. LA VIDA ESTÉTICA

PERO ¿qué significa vivir estéticamente y vivir éticamente? ¿Qué es la estética en un hombre, y que es la ética en él? A esto responderé: la estética en un hombre es aquello por lo cual ese hombre es, inmediatamente, lo que es; la ética es aquello por lo cual deviene lo que deviene. El que vive en la estética, por la estética, de la estética y para la estética que hay en él, vive estéticamente.

No es mi intención considerar más de cerca todo lo que se encuentra en esta determinación de la estética. Me parece también superfluo informarte acerca de lo que es vivir estéticamente; lo has practicado con tanto virtuosismo, que soy yo quien necesita tus conocimientos. Esbozaré, sin embargo, algunas etapas para que lleguemos al punto de arranque de tu vida, lo que me importa a fin de que no te escapes con una de tus digresiones tan alambicadas. Además, no dudo de que en muchos aspectos te pueda informar acerca de la vida estética. Pues si es verdad que yo te enviaría como el guía más seguro a cuantos quisieran vivir estéticamente, no te enviaría a los que desearan comprender qué es vivir estéticamente en un sentido superior. Pues, a este respecto no podrías informarles, justamente porque tú mismo eres parcial; sólo el que está colocado más alto o vive éticamente puede informarles. Tal vez quieras

discutir conmigo sosteniendo que tampoco yo podría explicar con seguridad qué es vivir estéticamente, puesto que también soy parcial al respecto. Sólo conseguirás que dé algunas explicaciones suplementarias. La razón por la cual el que vive estéticamente no puede explicar en un sentido superior es que siempre vive en el instante y siempre su saber es, hasta cierto punto, relativo y limitado. Admito de buen grado que para vivir estéticamente, y cuando tal vida está en su apogeo, pueden ser necesarios múltiples dones, que, incluso, deben ser desarrollados en grado extraordinario; sin embargo, están sojuzgados y les falta transparencia. Así es como se encuentra, a menudo, especies de animales que tienen sentidos mucho más agudos y mucho más intensos que los hombres, pero que están sojuzgados dentro del instinto de los animales. Te tomo, de buen grado, como ejemplo. Nunca he negado tus dones superiores, como lo prueba el hecho de que a menudo te he reprochado el abusar de ellos. Eres espiritual, irónico, observador, dado a la dialéctica, lleno de experiencia en los goces, sabes prever, eres sentimental y, según las circunstancias, falto de corazón; pero en medio de todo esto, no vives más que el instante y por eso tu vida se disuelve y no sabes explicarlo. Si alguien desea aprender el arte de gozar, hace bien en dirigirse a ti; pero si quiere conocer la vida, anda mal encaminado. Lo que busca tal vez lo encuentre mejor junto a mí, aunque no tengo tus dones. Eres parcial y parece que el tiempo te faltara para emanciparte; no soy parcial, ni en mi juicio sobre la estética, ni en el que formulo sobre la ética; pues en la ética estoy justamente por encima del instante, estoy en la libertad; pero es una contradicción pensar que uno se puede volver parcial porque está en la libertad.

Por limitadas que sean sus dotes, por modestas que sean las condiciones de su vida, todo hombre siente la necesidad natural de formarse un concepto de la vida, una idea del significado y del objeto de la vida. El que vive estéticamente también lo hace, y la expresión común que se ha escuchado en todo tiempo y en las etapas más distintas es la siguiente: hay que gozar de la vida. Naturalmente, se introducen variantes según la idea que se tiene del goce, pero todos están de acuerdo sobre la fórmula: hay que gozar de la vida. Pero el que quiere gozar de la vida establece siempre una condición que se encuentra permanentemente fuera del individuo, o bien en el individuo, pero independientemente de su voluntad. Te ruego retengas bien los términos de esta frase, pues han sido elegidos con cierto propósito.

Recorramos brevemente sus etapas con el fin de llegar hasta ti. La expresión que he empleado para designar una vida estética tal vez te haya molestado, y, sin embargo, creo que no podrás negar su justeza. Se te oye, a menudo, burlarte de los que no saben gozar de la vida; en cambio, tú crees que has estudiado esa cuestión a fondo. Tal vez ellos no lo comprendan, y sin embargo, están de acuerdo contigo en cuanto a la expresión misma. Sientes seguramente que, en esta meditación, te verás acoplado a gente que, por otra parte, execras; piensas, tal vez, que yo debería ser lo suficientemente cortés y tratarte como artista, y pasar por alto los chambones que te molestan bastante en la vida y con los cuales nada quieres tener en común.

Sin embargo, no puedo ayudarte, pues tienes en común con ellos algo muy esencial —un concepto de la vida—. Y lo que te diferencia de ellos es, según mi opinión, algo de poca importancia. No puedo dejar de reírme de ti; mi-

ra, amigo mío, es como una maldición que te persigue: la multitud de cofrades de arte con los que te encuentras y que de ningún modo piensas reconocer. Corres el peligro de encontrarte en mala y pobre compañía, tú, que eres tan distinguido. Confieso que debe ser desagradable compartir un mismo concepto de la vida con cualquier calavera o mujeriego. A decir verdad, esto no es completamente exacto; pues, en cierto modo, te encuentras más allá del terreno estético, como te demostraré más adelante.

En fin, por grandes que puedan ser las diferencias dentro de lo estético, todas las etapas poseen, así mismo, un parecido esencial: el espíritu no está determinado como espíritu sino inmediatamente. Las diferencias pueden ser extraordinarias desde la más completa chatura hasta el más alto grado de espiritualidad; pero aún en la etapa en que el espíritu despunta, el espíritu no está determinado como espíritu sino como don.

No señalaré sino muy brevemente cada etapa particular y no me detendré más que en lo que, de uno u otro modo, pueda convertirte o en lo que me gustaría pusieras en práctica por tu propia cuenta. La personalidad determinada inmediatamente no es espiritual, sino física. Tenemos aquí un concepto de la vida según el cual la salud es el bien más precioso, alrededor del cual todo gira. La misma idea puede ser expresada en forma más poética si se dice: la belleza es la cosa suprema. Pero la belleza es un bien muy frágil y esta concepción de la vida rara vez se aplica. A menudo se encuentra un joven o una joven a los que halaga una pasajera belleza que pronto les faltará. Sin embargo, recuerdo un caso en que esa concepción fué aplicada con éxito poco común. Cuando era estudiante frecuentaba, a veces, durante las vacaciones, la casa de un

conde de provincia. El conde había pertenecido a la diplomacia; ya de edad avanzada, vivía en el campo, en su casa señorial. La condesa había sido en su juventud de extraordinaria belleza y, a pesar de su edad, era aún la mujer más bella que yo había visto. Cuando joven, el conde había tenido grandes éxitos con el bello sexo por su varonil hermosura; en la corte aún perduraba el recuerdo del hermoso gentilhombre de cámara. La edad no lo había vencido y una dignidad noble y verdaderamente distinguida lo hacía aun más hermoso. Quienes los habían conocido en su juventud afirmaban que era la más hermosa pareja que se pudiera ver; a mí, que tuve la felicidad de conocerlos en su ancianidad, me pareció natural que hubiera sido así, pues eran aún la más hermosa pareja que se pudiera ver. Tanto el conde como la condesa eran muy cultos y, sin embargo, la condesa centraba el concepto que tenía de la vida en la idea de que ellos eran la más hermosa pareja de todo el país. Recuerdo aún un hecho que me lo confirmó. Era un domingo de mañana; en la iglesia, cerca de la casa señorial, había una fiesta. La condesa, algo enferma, no se había atrevido a asistir a la fiesta; el conde, en cambio, había concurrido desde la mañana, revestido de todo su esplendor: el uniforme de gentilhombre de cámara con todas sus condecoraciones. Las ventanas del salón principal daban al camino que conducía a la iglesia. En una se encontraba la condesa; llevaba un exquisito arreglo de mañana y estaba realmente encantadora. Había ido a saludarla y conversaba con ella acerca de la regata que se disputaría el día siguiente, cuando apareció el conde en el camino. Ella calló, se volvió más hermosa que nunca; su rostro se había puesto casi melancólico. El conde estaba tan cerca que la podía ver en la ven-

tana. Ella le envió un beso con gracia y dignidad, y se volvió hacia mí diciendo: "¿No es cierto, Guillermito, que mi Ditlev es el hombre más hermoso del reino? Sí, ya veo que está un poco agobiado de un costado, pero eso nadie puede verlo cuando camino a su lado; somos siempre la más hermosa pareja del país". Ninguna jovencita de quince años podría estar más radiante al pensar en su novio, el hermoso gentilhombre de cámara, de lo que estaba la condesa al mirar al chambelán cargado de años.

Las dos concepciones de la vida concuerdan en la fórmula —que se debe gozar de la vida—, la condición que a ella se refiere se encuentra en el individuo mismo, pero no la plantea la voluntad del individuo mismo.

Vayamos más lejos. Encontramos concepciones de la vida que, mientras enseñan que hay que gozar de ella, colocan fuera del individuo lo que condiciona ese goce. Es el caso de toda concepción de la vida en que la riqueza, los honores, la nobleza, etc., son su objetivo y su contenido. También aquí mencionaré una especie de amor. Imaginemos una joven enamorada con toda el alma, cuyos ojos no tienen más deseo que ver al bien amado, cuya alma no tiene más pensamiento que él, cuyo corazón no tiene más deseo que el pertenecerle; para quien nada fuera de él tiene importancia, ni en el cielo ni en la tierra; también ésa es una concepción estética de la vida, cuya condición se encuentra fuera del individuo mismo. Naturalmente, pensarás que es absurdo amar así, que esto sólo sucede en las novelas. Sin embargo, ese amor se puede imaginar y, en todo caso, con seguridad, tal amor sería algo extraordinario para mu-

chos. Te explicaré más tarde por qué no puedo aprobarlo.

Sigamos. Encontramos concepciones de la vida que enseñan que hay que gozar de ella, pero la condición debe encontrarse fuera del individuo mismo, sin que él la ponga. En ese caso la personalidad está generalmente determinada como talento. Se trata de un talento práctico, un talento mercantil, un talento matemático, un talento poético, un talento artístico, un talento filosófico. Se busca la satisfacción, el goce de la vida en la expansión de esos talentos. No basta poseer el talento inmediato, se trata de desarrollarlo en toda forma; pero la condición de la satisfacción en la vida es el talento mismo, condición que el individuo no determina. Esta concepción de la vida se encuentra en esa gente de la cual tan constantemente te burlas a causa de su incansable actividad. Tú mismo piensas vivir estéticamente y de ningún modo quieres admitirlo en cuanto a esa gente se refiere. Es innegable que tienes otra concepción del arte de gozar de la vida, pero eso no es lo esencial, lo esencial es que se quiera gozar de la vida. Tu vida es mucho más distinguida que la suya, pero la de ellos es mucho más inocente que la tuya.

Puesto que todas estas concepciones de la vida tienen en común su estética, se parecen unas a otras por cierta solidaridad, cierta correlación; es algo preciso hacia lo cual todos sus pensamientos se vuelven. La base de su vida es, en sí misma, algo simple, que no puede ser diversificado, como bases que por sí mismas se hubiesen multiplicado. He aquí un ejemplo de concepción de la vida sobre la cual me detendré un poco más. Ella enseña: gozad de la vida, y luego dice, satisfaced vuestro

deseo. El deseo, en sí mismo es, sin embargo, una pluralidad y de ese modo, esta vida se dispersa en una pluralidad ilimitada, salvo que el deseo de un individuo en particular haya sido determinado desde su infancia como un solo deseo, y en ese caso sería mejor hablar de una inclinación, una tendencia, por ejemplo, para la pesca, la caza, la equitación, etc. Se comprende fácilmente que si esta concepción de la vida se dispersa en una pluralidad, entra en la esfera de la reflexión; pero esta reflexión, sin embargo, es siempre una reflexión finita y la personalidad permanece en lo inmediato. En el deseo mismo, el individuo es lo inmediato, y sea el deseo sutil y refinado o burdo, el individuo se encuentra en él como inmediato, en el goce se sitúa en el instante y cualquiera sea su pluralidad a este respecto, es siempre inmediato porque se sitúa en el instante. Vivir para satisfacer su deseo es naturalmente una ocupación muy distinguida en la vida y, Dios sea loado, las preocupaciones derivadas del camino que el hombre debe seguir en la vida terrestre, le impiden generalmente realizarlo. Fuera de duda, si no fuera por esas preocupaciones veríamos a menudo un espectáculo horrendo; pues siempre se encuentra gente que se queja porque se siente limitada por la vida prosaica, lo que, desgraciadamente, no significa sino que aspira a entregarse frenéticamente a todos los desórdenes hacia los cuales el deseo puede arrastrar a un hombre. Pues el individuo debe poseer una cantidad de condiciones exteriores para que tal concepción pueda ser realizada, y esa felicidad, o mejor, esa desgracia, rara vez toca en suerte a un hombre; digo: esa desgracia, porque ciertamente, esa felicidad no es enviada por los dioses misericordiosos, sino por los dioses coléricos.

Rara vez esa concepción de la vida se puede realizar en gran escala; en cambio, se encuentra a menudo gente que lo hace por momentos y que, desaparecidas las condiciones, piensa que si hubiese tenido lo necesario para realizarlos, habría alcanzado la felicidad y el placer a los cuales aspiraba en la vida. Sin embargo, se encuentran algunos ejemplos en la historia, y como pienso que puede ser útil comprender adónde lleva esta concepción de la vida, cuando todo la favorece, describiré a ese hombre todopoderoso que fué el emperador Nerón, ante el cual el mundo se inclinaba y que siempre se vió rodeado por una multitud solícita de mensajeros del deseo. Decías cierta vez, con tu habitual osadía, que no se podía criticar a Nerón por haber quemado a Roma sólo para formarse una idea del incendio de Troya, pero que uno podía preguntarse si era bastante artista para saber gozar del espectáculo. Es, ciertamente, uno de tus placeres imperiales no eludir ningún pensamiento ni dejarte atemorizar por él. Para eso no es necesario una guardia imperial, ni el oro o el dinero, ni los tesoros del mundo entero; se lo puede hacer enteramente solo, desarrollarlo en pleno silencio, de ese modo es más sensato, pero no menos terrible. Tu intención, ciertamente, no era defender a Nerón; pero, en cierto modo, lo defiendes cuando consideras no lo que hizo, sino la manera de hacerlo. Sé muy bien que esta temeridad en las ideas es algo propio de los jóvenes que, en esos momentos, por así decir, tantean el mundo y se sienten arrastrados a exaltarse a sí mismos, sobre todo cuando se les escucha. Sé muy bien que sienten, tanto como yo, como cualquiera, hasta como el mismo Nerón, el horror que inspira tal brutalidad, y, sin embargo, jamás aconsejaría a al-

guien que no creyera que, en el fondo de sí mismo, posee la fuerza necesaria para convertirse en un Nerón. Cuando diga lo que, a mi parecer, constituía la naturaleza de Nerón, la palabra te parecerá demasiado caritativa, sin embargo, no soy juez indulgente, aunque en otro sentido, jamás juzgue a ningún hombre. Creéme, la palabra no es demasiado caritativa, expresa la verdad, pero al mismo tiempo, muestra qué cerca puede estar el hombre de semejante desvarío; sí, podemos decir que para todo hombre que no pase su vida como un niño, llega un momento en que se sospecha la posibilidad de esa perdición. La naturaleza de Nerón se llama melancolía. El ser melancólico es algo que en nuestros días, ha adquirido grandeza, comprendo que por eso la palabra te parezca caritativa; pero me adhiero a una vieja doctrina de la Iglesia que ponía a la melancolía entre los pecados capitales. Si tengo razón, será en verdad una noticia muy desagradable para ti, pues trastrocará completamente tu concepto de la vida. De inmediato haré observar por prudencia, que un hombre puede soportar durante toda su vida penas y angustias, y que ello puede ser hasta bello y verdadero; pero que sólo por su propia culpa se vuelve un hombre melancólico.

Imagino al voluptuoso emperador. Está rodeado de lictores, no sólo cuando sube al trono o se dirige a la asamblea del senado, sino también, y en particular, cuando sale para satisfacer sus deseos y para que se puedan preparar los medios para sus expediciones de bandolero. Lo imagino de cierta edad, su juventud ha pasado, su espíritu ágil lo ha abandonado; ya conoce a fondo todos los placeres imaginables y está harto de ellos. Esta vida, por corrompida que sea, ha madurado su alma, y, a pe-

sar de todo su conocimiento del mundo, a pesar de toda su experiencia, es todavía un niño o un joven. La inmediatez del espíritu no puede abrirse paso y, sin embargo, quiere una salida, exige una forma superior de vida. Pero si esto ha de suceder, llegará un momento en que el brillo del trono, la fuerza y la potencia disminuirán. Y no tiene el coraje de exponerse a ello. Se aferra, entonces, a los deseos; toda la perspicacia del mundo debe imaginar nuevos deseos para él, pues el descanso sólo existe en el momento del deseo; una vez pasado éste, jadea por falta de vigor. De nuevo el espíritu quiere abrirse paso, pero no lo consigue, es engañado continuamente, Nerón quiere ofrecerle el hartazgo del deseo. Entonces el espíritu se condensa en si mismo como una oscura nube; la cólera se incuba en su alma y se convierte en una angustia que no se detiene ni en el instante del goce. Por eso sus ojos son tan sombríos que nadie puede mirarlos, tan llameantes que asustan, pues detrás de los ojos el alma está hundida en la oscuridad. A esa mirada se la llama una mirada imperial, y el mundo entero tiembla ante ella; sin embargo, su naturaleza más íntima es la angustia. Un niño puede asustarlo mirándolo de un modo al cual no está habituado, y así la mirada del que pasa puede ser la del hombre que lo domine; pues el espíritu quiere abrirse camino en él, quiere que su conciencia se apodere de él, pero no lo logra, y el espíritu es rechazado y acumula nueva cólera. Ya no se domina; sólo se tranquiliza cuando el mundo tiembla ante él, porque entonces nadie se atreverá a poseerlo. Esto explica el miedo que la gente le inspira, el miedo que Nerón comparte con todas las personalidades de ese tipo. Está como poseído, oprimido en sí mismo, y por

eso parece que toda mirada quiere sujetarlo. Él, el emperador de Roma, puede temer la mirada del esclavo más miserable. Una mirada lo hiere, y sus ojos devoran al hombre que se atreve a mirarlo así. Un malvado se encuentra al lado del emperador, comprende esa mirada salvaje, y aquel hombre ya no existe. Nerón no tiene sobre su conciencia ningún asesinato, pero el espíritu tiene una nueva angustia. Sólo encuentra reposo en el instante del deseo. Quema la mitad de Roma, pero su tortura no cambia. Pronto esas cosas ya no lo divierten. Un deseo aún mayor existe, quiere angustiar a la gente. Es enigmático por sí mismo, y la angustia es su naturaleza, ahora quiere ser un enigma para el mundo entero y deleitarse en su angustia. Eso explica su sonrisa imperial que nadie puede comprender. Algunos se acercan a su trono, él les sonríe amistosamente y, sin embargo, una angustia terrible se apodera de ellos, esa sonrisa es tal vez la sentencia de muerte, quizás se abra el suelo y se hundan en el abismo. Una mujer se acerca al trono, él le sonríe graciosamente y, sin embargo, ella casi se desvanece de angustia, esta sonrisa tal vez ya la haya designado como víctima de su voluptuosidad. Esa angustia le procura placer. No quiere imponerse, quiere perturbar. No se presenta orgulloso en su dignidad imperial; sino que, débil, impotente, avanza con paso silencioso; esa falta de vigor perturba más aún. Parece un moribundo, su respiración es débil y, no obstante, es el emperador de Roma y la vida de la gente está en sus manos. Su alma languidece, sólo la broma y la conversación son capaces de darle aliento por un instante. Pero el aliento del mundo está agotado y, sin embargo, si se detiene, no puede respirar. Sería capaz de sacrificar

un niño ante los ojos de su madre para ver si su desesperación puede dar a la pasión una nueva expresión que lo divierta. Si no fuera emperador de Roma, tal vez terminaría en el suicidio, pues, en verdad, hay dos maneras de expresar la misma cosa: lo que Calígula[16] desea, que las cabezas de todos los hombres se asienten sobre un solo cuello para poder aniquilar al mundo de un solo golpe, o que un hombre se mate a sí mismo.

Se encuentra a menudo en personalidades de esta especie, una cierta simpatía; no sé si ése era el caso de Nerón, pero, si la tuvo, no dudo de que los que lo rodeaban no estuvieran dispuestos a llamarla benevolencia. Se trata de una modalidad curiosa que atestigua, además, y de nuevo, la inmediatez que, al ser reprimida, constituye la verdadera melancolía. Ocurre entonces, que mientras los tesoros y la magnificencia del mundo entero no bastan para divertirlo, una sola palabra, un simple objeto, la apariencia de un hombre o cualquier otra cosa insignificante en sí misma, pueden causarle un placer extraordinario. Un Nerón puede regocijarse de ello como un niño. Como un niño; ésa es justamente la verdadera expresión, pues ahí es donde se muestra toda la inmediatez del niño, inalterada e inexplicable. Una personalidad completa no puede alegrarse en esa forma, pues si bien ha conservado en ella la ingenuidad de la infancia, ha dejado de ser un niño. Por consiguiente, Nerón es generalmente un anciano; a veces, pero raramente, un niño.

16. *Calígula. Una sola cabeza sobre un solo cuello.* Ver Suetonio, *Calígula,* 30: Calígula habría expresado el deseo de que el pueblo romano no tuviese más que un cuello, para que su cabeza pudiese ser cortada de un solo hachazo.

Interrumpo este pequeño cuadro que, al menos a mí, me ha causado una gran impresión. Nerón inquieta aún después de muerto; pues, por muy corrompido que sea, es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos y aun en un monstruo hay algo humano. No he descrito ese cuadro para ocupar tu fantasía; no soy autor que busque las alabanzas del lector, sobre todo las tuyas y, como sabes, de ningún modo soy escritor, sólo escribo por ti. Tampoco he trazado ese cuadro para darnos la oportunidad a ti, a mí y al fariseo[17] de agradecer a Dios el ser hombres tan diferentes. En mí evoca otros pensamientos, aunque agradezca a Dios que mi vida haya sido tan poco agitada y, no haya sospechado ese horror sino de lejos y que ahora sea esposo feliz; en lo que a ti se refiere, me alegra que seas aún bastante joven para extraer una enseñanza. Que cada uno, en fin, comprenda lo que pueda; ambos podemos comprender que la desgracia de un hombre jamás proviene del hecho de que él no es dueño de las condiciones externas, pues eso es lo que, justamente, lo haría completamente desgraciado.

¿Qué es, entonces, la melancolía? Es la historia del espíritu. En la vida del hombre llega un momento en que la inmediatez, por decirlo así, ha madurado, en que el espíritu aspira a una forma superior en la que quiere apoderarse de sí mismo como espíritu. El hombre, en cuanto espíritu inmediato, es función de toda la vida terrestre y el espíritu, concentrándose sobre sí mismo, quiere salir de esa dispersión y transfigurarse en sí mismo; la personalidad quiere tomar conciencia de sí misma en su validez eterna. Si esto no sucede, el movimien-

17. *Como al fariseo*: San Lucas, 18, 11.

to queda detenido y, si la personalidad es reprimida, entonces aparece la melancolía. Mucho se puede hacer para hundirla en el olvido, se puede trabajar, se pueden utilizar medios mucho más inocentes que los de un Nerón, pero la melancolía queda. En la melancolía hay algo inexplicable. El que tiene penas y preocupaciones conoce su causa. Si se pregunta a un melancólico cuál es la causa de su melancolía, de lo que le oprime, contestará que no lo sabe, que no puede explicarlo. En eso consiste lo infinito de la melancolía. Y la respuesta es del todo exacta pues, desde el momento en que lo sabe, la melancolía deja de existir, mientras que la pena del afligido no cesa por el hecho de conocer la causa de la aflicción. La melancolía es un pecado, es, en el fondo, un pecado *instar omnium*, es el pecado de no querer profunda y sinceramente, y por eso es la madre de todos los pecados. Esta enfermedad o, más correctamente, este pecado, es hoy muy frecuente; bajo él gime toda la juventud de Alemania y de Francia. No quiero irritarte, por lo general te trato con toda la indulgencia posible. Confieso de buena gana que el ser melancólico no es mal síntoma, pues la melancolía, por lo general, ataca las naturalezas mejor dotadas. Tampoco te fastidiaré pretendiendo que todos los que digieren mal tienen por eso el derecho de llamarse melancólicos. Es, por otra parte, lo que hoy se ve muy a menudo, pues el ser melancólico es casi un mérito que todos ambicionan. Pero el que pretende poseer una gran inteligencia, debe aceptar que yo le atribuya la responsabilidad de ser más culpable que otros. Si quiere entender al respecto con justeza, tampoco verá allí disminución de su personalidad aunque ello le enseñe a inclinarse humildemente ante la potencia

eterna. Terminado el movimiento, la melancolía ha dejado esencialmente de existir y, sin embargo, el mismo individuo puede tener en su vida muchas angustias y penas, y sabes muy bien que, al respecto, estoy muy lejos de pensar que es inútil afligirse, que las penas no deben ser tomadas en cuenta. Tendría vergüenza de presentarme con tales palabras ante un hombre afligido. Pero aun el hombre cuya vida tiene el movimiento más tranquilo, apacible y oportuno, sentirá siempre un poco de melancolía; eso se debe a algo más profundo, al pecado original, y ella explica que ningún hombre pueda ser transparente para sí mismo. En cambio, los seres cuya alma ignora totalmente la melancolía, son aquellos en cuya alma no está la idea de una metamorfosis. De ellos no tengo por qué ocuparme aquí, pues no escribo sino acerca de ti y para ti. Creo que esta explicación te satisfará, pues supongo que no piensas, como muchos médicos, que la causa de la melancolía reside en lo físico; y, lo que es curioso, a pesar de ello, los médicos no pueden dominarla. Sólo el espíritu puede hacerlo, pues la melancolía reside en el espíritu y, cuando éste se encuentra a sí mismo, todos los pequeños pesares desaparecen como así también las causas que, según algunos, son causa de su melancolía, por ejemplo, el no dar con el camino para entrar en el mundo, el entrar en la vida, ya sea demasiado pronto o demasiado tarde, el no encontrar un lugar en la vida; pues el que se posee a sí mismo eternamente no entra en el mundo ni demasiado pronto ni demasiado tarde y el que se posee a sí mismo en su validez eterna, de algún modo encontrará su importancia en esta vida.

Espero me perdones esta digresión, pues ella se ha producido por tú causa. Vuelvo a la concepción de la

vida según la cual se ha de vivir para satisfacer el deseo. Una prudente perspicacia comprende fácilmente que esa concepción no puede ser realizada, y que, por consiguiente, es inútil comenzar; un egoísmo refinado comprende que, en el goce, pierde lo esencial. He ahí, pues, una concepción de la vida que enseña lo siguiente: goza de la vida, y que, al mismo tiempo, expresa este pensamiento de ti mismo; debes gozar de ti mismo en el goce. Es una reflexión superior; sin embargo, no penetra naturalmente la personalidad misma que permanece en su inmediatez fortuita. La condición para ese goce es, aquí también, una condición exterior que no depende del individuo; pues aunque éste goce de sí mismo, como dice, sólo puede hacerlo en el goce que depende a su vez de una condición externa. Toda la diferencia estriba en que goza de un modo reflejo y no inmediatamente. Así, pues, ese epicureísmo depende de una condición que no está en su poder. Una rectificación de la razón indica de inmediato este recurso: goza de ti mismo rechazando siempre las condiciones exteriores. Pero es evidente que el que goza de sí mismo rechazando las condiciones exteriores, depende de esas condiciones tanto como el que goza de ellas. Su reflexión vuelve siempre sobre sí mismo y, dado que su goce depende de que tenga el menor contenido posible, él, por así decir, se ahueca a sí mismo, puesto que esa reflexión finita no es capaz de ampliar su personalidad.

Creo haber delineado bastante claramente, al menos para ti, el terreno de la concepción estética de la vida, todos sus momentos tienen un punto común: el objetivo de la vida es lo que hace de cada uno lo que inmediatamente es; pues la reflexión nunca se eleva bastante alto

como para alimentarse de algo que se encuentre más allá de ese límite. Sólo he dado algunas indicaciones rápidas, pero no deseaba extenderme más, pues lo que vale para mí, no son los diferentes períodos, sino el movimiento, el cual, como voy a demostrarlo, es necesario. Te ruego fijes tu atención en él.

Parto ahora del supuesto de que el hombre que vivía sólo preocupado por su salud se encontraba —para usar una de tus expresiones— más sano que nunca el día de su muerte; que aquellos esposos bailaron el día de sus bodas de oro y que un murmullo se oyó en el salón, como cuando bailaron el día de la boda; supongo que las minas del hombre rico fueron inagotables; que la gloria y la dignidad señalaron el paso del hombre feliz por la vida; supongo que la joven encontró al hombre que amaba; que el hombre de talento comercial extendió sus relaciones a las cinco partes del mundo; y que su Bolsa dominó todas las Bolsas del mundo; que el hombre de talento mecánico unió el cielo con la tierra; supongo que Nerón nunca jadeaba, sino que, a cada instante, un nuevo goce se le ofrecía, que, a cada instante ese astuto epicúreo pudo regocijarse de sí mismo; que el hombre cínico tuvo siempre condiciones que podía rechazar para poder alegrarse de su liviandad; si lo que supongo fué así, entonces todos fueron felices. Probablemente no lo digas y, más tarde explicaré por qué; pero pienso que admitirás de buen grado que muchos pensarían así y, aún más, creerían decir algo muy inteligente si agregaran que a esa gente le faltó no saber apreciar esos bienes. Ahora, supondré el movimiento contrario. Nada de todo eso tuvo lugar. Entonces, ¿qué? Entonces se desesperan. Supongo que no dirás esto. Tal vez digas: eso no vale la

pena. Explicaré más adelante por qué no quieres admitir la desesperación; ahora lo único que te pido es que convengas en que mucha gente estaría desesperada. Veamos ahora por qué se desesperan; ¿porque descubrieron que la base de su vida era efímera? ¿Pero ésa es acaso una razón para desesperar? ¿Ha sufrido la base de su vida una modificación esencial? ¿Es una modificación esencial de lo que es efímero? Y, si no lo es, ¿es algo sólo fortuito y no esencial? Nada nuevo ha sucedido que pueda justificar una modificación. Por consiguiente, si se desesperan eso debe provenir de una desesperación anterior. Toda la diferencia está en que no lo sabían, pero es una diferencia totalmente fortuita. Parece pues, que toda concepción estética de la vida es desesperación, y que todo individuo que vive estéticamente es un desesperado, lo sepa o no. Pero, si se lo sabe, y tú lo sabes, se impone una forma superior de la existencia.

Con pocas palabras quiero explicar mi juicio respecto a la joven y de su amor. Sabes que, por mi condición de esposo, tengo la costumbre en toda ocasión de sostener contra ti la realidad del amor, ya sea verbalmente o por escrito, por eso quiero explicarme aquí, para evitar todo malentendido. Un hombre inteligente, en sentido finito, tal vez se inquiete ante tal amor, tal vez adivine su fragilidad y, por oposición, tal vez dé a su miserable mesura la expresión siguiente: ámame un poco y ámame mucho tiempo. ¡Como si toda su sabiduría no fuese más miserable y más débil aún que el amor de la joven! Comprenderás entonces, fácilmente, que de ese modo no puedo desaprobarlo. Me es bastante difícil construir hipótesis en el terreno del amor; he amado sólo una vez, en ese amor soy siempre indescriptiblemente feliz, y me

es difícil imaginarme como objeto del amor de otra mujer que no sea la que está ligada a mí, o de un modo distinto de aquel mediante el cual ella me hace tan feliz. Pero lo intentaré. Admitamos, pues, aunque sea inverosímil, que yo me haya convertido en el objeto de tal amor. No me haría feliz y no lo admitiría, no porque lo desdeñe —por cierto preferiría tener sobre mi conciencia a un asesinato que el haber desdeñado el amor de una joven— pero, por ella misma, no lo aceptaría. Si estuviera en mi poder lograrlo, quisiera ser amado por todos; quiero ser amado por mi mujer, tanto como un hombre puede ser amado por otro ser, y sería penoso para mí que no fuera así, pero también, y es todo cuanto deseo, no admitiría que otro ser comprometiera su salvación por amarme; yo lo amaría demasiado para aceptar que se envileciera de ese modo. Para el espíritu orgulloso hay algo seductor en el hecho de ser amado en tal forma y hay quienes conocen el arte de encantar a una joven de tal modo que ésta lo olvide todo por ellos; que se preocupen por justificarse. La mayoría de las veces la joven será suficientemente castigada; lo ruin es permitir que tal cosa suceda. Ahí ves, por qué decía, y lo repito, que la desesperación de la joven estaba tanto en obtener al bien amado como en no obtenerlo; pues sería una circunstancia fortuita que el hombre amado fuese bastante recto para ayudarla a vencer la aberración de su corazón, y, si los medios que él empleara fueran rígidos, yo diría, que su conducta hacia ella habría sido la de un hombre recto, sincero, fiel y caballeresco.

Es evidente que toda concepción estética de la vida es desesperación y, por lo tanto, parecería muy natural tender al movimiento por el cual se afirma lo ético. Hay

sin embargo, otro estadio, una concepción estética de la vida, la mas pura y la mas importante de todas, que examinaré minuciosamente; pues ahora te ha llegado el turno. Puedes aceptar tranquilamente todo lo que hasta aquí he desarrollado, en cierto modo, no lo decia para ti; la verdad es que de nada serviria hablarte de ese modo o explicarte que la vida es vanidad. Lo sabes muy bien y has tratado de desenvolverte a tu manera. Si he hablado de todo ello, es porque queria ponerme a resguardo e impedirte reaccionar de inmediato. Esta última concepción de la vida es la desesperación misma. Es una concepción estética de la vida, pues la personalidad permanece en su inmediatez, es la última concepción estética de la vida, pues, en cierto modo, ha incorporado a ella la conciencia de la nulidad de tal concepción. Sin embargo, hay desesperación y desesperación.

Imagino un artista, un pintor, por ejemplo, que se vuelve ciego. Probablemente se desesperará, si no hay en él algo más profundo. Su desesperación proviene solamente de eso y cesaría si recobrara la vista. Contigo no puede pasar eso; tus dotes intelectuales son demasiado altas y tu alma, en cierto modo, demasiado profunda para que te pueda suceder eso. Y, desde el punto de vista externo, tampoco te ha sucedido. Todavía tienes en tu poder todos los elementos de una concepción estética de la vida, tienes fortuna, independencia, tu salud no se ha debilitado, tu espíritu es aún fecundo y todavía no te ha hecho desgraciado el hecho de que una joven no haya querido amarte. Y, sin embargo, estás desesperado. No es una desesperación actual, sino una desesperación del espíritu. Tu espíritu se ha precipitado hacia adelante, has adivinado la vanidad de todas las cosas, pero no has

hecho nada. Por momentos te entregas y abandonándote al goce un solo instante tienes en él la conciencia de que todo es vanidad; estás así siempre fuera de ti mismo, es decir, te encuentras en la desesperación. Resulta de ello que tu vida se halla entre dos enormes contrarios; tienes, a veces, una energía prodigiosa, a veces, una indolencia igualmente grande.

A menudo he observado que, cuanto más espléndido es el licor con el cual un hombre se embriaga en la vida, tanto más difícil es su curación, la embriaguez parece más hermosa y menos perniciosas las consecuencias. El que se embriaga con caña pronto experimenta las consecuencias y hay esperanza de salvarle. El que recurre al champagne se cura más difícilmente. Y tú, has elegido la más preciosa, ninguna embriaguez es tan hermosa como la de la desesperación, ninguna tan sentadora, tan atrayente, sobre todo ante las jóvenes (bien lo sabes), sobre todo cuando se tiene la habilidad de contener los estallidos violentos, de hacer pensar que esa desesperación es algo como un incendio lejano que no se refleja más que en el exterior. Da elegancia a la manera de llevar el sombrero, a todo el cuerpo, da una mirada altanera y arrogante. Los labios sonríen con soberbia. Da en la vida una liviandad indescriptible, una prestancia real. Y cuando tal personaje se acerca a una joven, cuando esa orgullosa cabeza se inclina sólo para ella, para ella sola en el mundo entero, eso halaga y, desgraciadamente, siempre habrá alguna bastante inocente para creer en esta falsa reverencia. No es vergonzoso que un hombre así... pero no, no quiero lanzarme a una requisitoria fulminante, eso no serviría más que para excitarte, tengo medios mejores; tengo al joven que da randes espe-

ranzas; tal vez ese enamorado se dirige a ti, está engañado acerca tuyo, cree que eres un hombre fiel y recto, quiere consultarte y, en realidad, puedes cerrar tu puerta a todo joven fatal de esa clase, pero no puedes cerrarle tu corazón; incluso si no deseas que él sea testigo de tu humillación, ella no por eso tardará, pues no eres bastante corrompido, y cuando estás a solas, la bondad de tu corazón es tal vez más grande de lo que uno se imagina.

He aquí pues, tu concepción de la vida, y, créeme, podrás explicar muchas cosas en tu vida si, junto conmigo, la consideras como desesperación del espíritu. Eres enemigo de la actividad y eso es muy justo, pues para que la actividad tenga sentido, es necesario que la vida tenga continuidad, y continuidad es lo que falta a tu vida. Es cierto que te ocupas de tus estudios y hasta eres asiduo en ellos, pero sólo por ti mismo y esto del modo menos teleológico posible. Además, eres ocioso; eres como esos obreros del Evangelio[18] que estaban en la plaza sin hacer nada. Pones las manos en los bolsillos y miras la vida. Entonces descansas en la desesperación. No te ocupas de nada, no te defiendes de nada; "aun cuando me tiraran piedras no me apartaría." Eres como un moribundo, mueres cada día, no en el sentido profundo y grave que se da por lo general a esa palabra, sino que tu vida ha perdido realidad y "calculas siempre la duración de tu vida desde un término hasta el próximo término." Dejas que todo pase ante ti sin impresionarte, pero, de pronto, algo te atrae, una idea, una situación, la sonrisa de una joven y, entonces, ya estás "al día"; en otras circunstancias estás dispuesto y plenamente, para actuar. Donde hay un aconte-

18. *En el Evangelio*: San Mateo, 20, 3.

cimiento, ahí estás, tu comportamiento en la vida es igual al que tienes en medio de una muchedumbre apretada, "te infiltras en el grupo más denso, te las arreglas, si puedes, para que te alcen de modo que quedes acostado sobre ellos y te acomodas lo mejor posible; también de esa misma manera te dejas llevar a través de la vida." Pero cuando el asunto ha terminado, cuando la muchedumbre se ha dispersado, te quedas ahí, en una esquina, y miras pasar a la gente. Se sabe que un moribundo tiene energía sobrenatural, lo mismo te pasa a ti. Si hay que ahondar una idea, leer una obra, realizar un proyecto, vivir una pequeña aventura —aunque sea comprar un sombrero—, entonces te entregas con gran energía. Trabajas sin descanso, según las circunstancias, durante todo un día o durante un mes, sientes placer en comprobar que siempre tienes la misma plenitud de energía. No descansas, "no hay quien rivalice contigo". Si trabajas con otros, los dejas agotados. Pero, pasado el mes o los seis meses, que para ti siempre son un máximo, interrumpes tu trabajo, dices que el asunto ha terminado; te retiras, dejas todo al otro, o, si has estado solo, ya no hablas con nadie del asunto. Entonces quieres hacer creer a los demás y a ti mismo que estás hastiado, y te complaces con la idea vana de que habrías podido seguir trabajando con la misma intensidad si lo hubieses querido. Pero se trata de un gran engaño. Habrías conseguido realizar tu trabajo, como lo consigue la mayoría, si lo hubieses querido pacientemente, pero también habrías aprendido que es menester un tipo de perseverancia que no tienes. Así, pues, te has engañado a ti mismo, y nada has aprendido para tu vida futura. Te voy a decir algo. No ignoro cuánto engaña el corazón, qué fácil es engañarse a sí mismo, sobre todo cuando se

posee, como tú, el poder liberador de la dialéctica, que no sólo absuelve de todo, sino que disuelve y borra todo. Por eso, cuando algo me pasaba en la vida, cuando decidía algo que más tarde habría podido tomar para mí un aspecto distinto, cuando realizaba algo que habría podido interpretar más tarde de modo distinto, a menudo anotaba por escrito, en pocas palabras precisas, lo que había querido, o lo que había hecho y por qué lo había hecho. Y, cuando lo necesitaba o cuando no tenía idea clara de cuál había sido mi decisión, entonces extraía mis anotaciones y me juzgaba a mí mismo. Tal vez te parezca pedantería, prolijidad y pensarás que no es necesario andar con tantas vueltas. He aquí lo que puedo responderte: no lo hagas, si no lo sientes como algo muy necesario, si tu conciencia jamás te traiciona o si tu memoria siempre te es fiel. Pero no lo creo, pues lo que más te falta es memoria, no la memoria de esto a aquello, de las ideas, de las bromas o de los caminos retorcidos de la dialéctica —lejos de mí tal pensamiento—, sino la memoria de tu propia vida, la memoria de lo que has vivido. Si la tuvieras, tu vida no habría reproducido tantas veces el mismo fenómeno, tú no habrías hecho tantos trabajos que llamaré trabajos de media hora, puedo llamarlos así aun cuando te hubieran llevado seis meses, puesto que nunca los terminaste. Pero te gusta engañar a los otros y a ti mismo. Si fueras siempre tan fuerte como lo eres en el instante de la pasión, entonces serías, no se lo puede negar, el hombre más fuerte que haya conocido. Pero no lo eres y lo sabes muy bien. Por eso retrocedes, juegas a las escondidas contigo mismo y, de nuevo, descansas en la indolencia. Tu celo momentáneo y la justificación que en él buscas para burlarte de los demás, te hacen casi ridículo ante mis ojos, a los cuales

no siempre puedes escapar. Había una vez dos ingleses que fueron a Arabia para comprar caballos. Llevaban con ellos caballos ingleses de carrera y querían probarlos para comparar sus méritos con los caballos árabes. Propusieron una carrera; los árabes aceptaron y dejaron que los ingleses eligieran los caballos árabes que quisieran. Pero los ingleses no quisieron hacerlo de inmediato, pues, explicaron que necesitaban cuarenta días para el entrenamiento. Pasaron los cuarenta días, el premio fué fijado, los caballos ensillados, y entonces los árabes preguntaron cuanto tiempo se debía correr. "Una hora", fué la respuesta. Esto sorprendió a uno de los árabes, quien respondió lacónicamente: "Pensaba que debíamos correr durante tres días". Pues bien, eso es lo que pasa contigo. Si se trata de correr contigo una carrera de una hora, ningún diablo puede contigo, pero si es de tres días, estás vencido. Rècuerdo que un día te referí el cuento, me respondiste que era algo serio correr una carrera de caballos durante tres días, que se corría el riesgo de alcanzar tal velocidad que ya no fuera posible detenerse, y por eso te abstenías prudentemente de semejante violencia, "a veces doy una vuelta a caballo, pero ni deseo ser caballero, ni ocupar en la vida un puesto que pueda encarnizarme con algo". En cierto modo, es muy cierto, pues siempre temes la continuidad, sobre todo porque te priva de la posibilidad de engañarte a ti mismo. La fuerza que posees es la fuerza de la desesperación; es en general, más intensa que la fuerza humana, pero también dura menos.

Planeas siempre por encima de ti mismo, pero el éter superior, la sublimidad más fina en que te has volatilizado, es la nada de la desesperación. Por debajo de ti ves una gran cantidad de conocimientos, de nociones,

de estudios, de observaciones que no tienen ninguna realidad para ti, pero que usas y combinas caprichosamente, y con los cuales adornas lo mejor posible el palacio para el desenfreno del espíritu en el cual resides ocasionalmente. No sorprende, pues, que la existencia sea para ti un cuento, que, a menudo, tengas ganas de comenzar tus discursos así: "había una vez un rey y una reina que no podían tener hijos", y que luego olvides el resto de la aventura para observar qué extraño resulta que en los cuentos siempre es motivo de pena no tener hijos, cuando, en general, uno se lamenta de tenerlos; lo atestiguan los asilos y otras instituciones similares. Has tenido la idea de que "la vida es un cuento". Estás dispuesto a sacrificar un mes entero a la lectura de cuentos, haces estudios metódicos, comparas y verificas, y tus estudios no son infructuosos. ¿Para qué sirven? Para la diversión de tu espíritu. Quemas todo en un espléndido fuego artificial.

Planeas por encima de ti mismo y lo que ves por debajo de ti es una gran cantidad de estados de ánimo y de situaciones que empleas para encontrar analogías interesantes con la vida. Puedes ser sentimental, insensible, irónico, espiritual —hay que reconocer que, al respecto, te has perfeccionado—. Apenas algo te saca de tu indolencia, estás en plena actividad con toda tu pasión, y tu actividad no está desprovista de arte, puesto que de sobra tienes a tu servicio ingenio, sutileza y otros dones del espíritu. Como dices jactanciosamente, nunca eres tan descortés que te presentes sin un ramillete de espíritu, aromático y recién cortado. Cuanto más se te conoce, tanto más llama la atención tu calculada perspicacia que penetra todo lo que haces durante el breve lapso en

que la pasión obra en ti; pues la pasión nunca te enceguece, lo que hace es abrirte más los ojos. En ese momento olvidas tu desesperacióny todo lo que, de otro modo, pesa sobre tu espíritu. Sólo te ocupa el contacto fortuito que has establecido con otro hombre. Quiero recordarte un acontecimiento que tuvo lugar en mi propia casa. La conferencia que nos ofrecías se debía, sin duda, a la presencia de dos jóvenes suecas. La conversación había tomado un giro serio y había llegado a un punto que no te era agradable; yo me había declarado disconforme con el respeto adecuado y tan propio de nuestra época, que se profesa por las facultades intelectuales; había sostenido que lo esencial es otra cosa, algo íntimo para lo cual la lengua no tiene sino una palabra: la fe. Tal vez eso te había colocado en una situación poco favorable, y como comprendiste que a nada llegarías por el camino emprendido, quisiste ensayar lo que llamas la locura pura, es decir, el modo sentimental. "¿Que yo no tengo fe? Creo que en el silencio profundo y solitario del bosque donde los árboles se reflejan en las aguas sombrías, en el oscuro secreto del bosque, donde a mediodía reina el crepúsculo, habita un ser, una joven, una ninfa; creo que es más hermosa que todo lo que se pueda imaginar; creo que por la mañana trenza coronas de flores, que a mediodía se baña en las aguas frescas y de noche saca las hojas de las coronas; creo que sería feliz —el único hombre que merecería ser llamado así— si pudiera tomarla y poseerla; creo que en mi alma hay un deseo que escudriña al mundo, creo que sería feliz si ese deseo pudiera ser satisfecho; creo en una palabra, que el mundo tiene un sentido, ¡si pudiera encontrarlo! Y ahora no digas que mi fe no es fuerte y que mi espíritu no está

inflamado". Tal vez pienses que esas palabras podrían ser un discurso de ingreso que te hiciera digno de ser miembro de un symposium griego; pues, entre otras cosas, a eso te preparas y, para ti, lo más hermoso de la vida, sería reunirte todas las noches con algunos adolescentes griegos, estar sentado, con flores en los cabellos, y pronunciar el elogio del amor o de cualquier otro tema que se presentara a tu espíritu, sí, te entregarías enteramente a la tarea de pronunciar elogios. Esa idea, por ingeniosa que sea, no es más que galimatías, aun cuando, en el primer momento pueda impresionar, sobre todo cuando puedes exponerla con tu elocuencia febril. Me parece, además, que es la expresión de tus disposiciones confusas, pues es frecuente que quienes en nada participan del modo de pensar de los demás hombres, crean en seres enigmáticos; sucede a menudo en la vida que quien nada teme, ni en el cielo ni en la tierra, se asusta de las arañas. Sonríes, piensas que he caído en la trampa, que he creído que tú creías en lo que está más lejos de tu espíritu. Tienes razón, pues tus discursos siempre terminan en el más puro escepticismo; pero por inteligente y reflexivo que seas, no puedes negar que por momentos, te estimula el enfermizo calor que tal exaltación comporta. Tal vez tu intención sea engañar a la gente, sin embargo, en un momento dado te engañas a ti mismo, pero no lo sabes.

Lo que se aplicaba a tus estudios, se aplica a todos tus actos, vives en el instante y, en el instante, pareces de grandeza sobrenatural, hundes en él tu alma aún con la energía de una voluntad, pues, por un instante, posees en forma absoluta todo tu ser. Quien no te vea sino en ese instante, se engañará fácilmente, mientras que el que

espere el instante siguiente triunfará fácilmente de ti. Tal vez recuerdes el conocido cuento de *Musaeus*[18] acerca de los tres donceles de Rolando. Uno recibió un dedal que lo hacía invisible, regalo de la vieja bruja que visitaron en el bosque. Gracias a él penetró en la cámara de la hermosa princesa Urraca, a quién declaró su amor; ella se impresionó mucho pues, como no veía a nadie, creyó que quien le ofrecía su amor, era un príncipe maravilloso, y pidió al joven que se hiciera presente. Ahí estaba la dificultad, pues, en cuanto se mostrara, desaparecería el encantamiento y, si no podía ser visto, no podría gozar de su amor. Tengo aquí, a mano, los cuentos de *Musaeus*, voy a copiar un breve pasaje que te ruego leas por tu bien. "Er willigte dem Anscheine nach ungern ein, und die Phantasie der Prinzessin schob ihr das Bild schönstes Mannes vor, der sie mit gespannter Erwartung zu erblicken vermeinte. Aber welcher Kontrast zwischen Original und Ideal da nichts als allgemeines Alltagsgesicht zum Vorschein kam, einer von den gewöhnlichen Menschen, dessen Physiognomie weder Genie — Blick noch Sentimental-Geist verrieht!" *

Tú también consigues lo que deseas obtener mediante ese tipo de contacto con la gente; pero, más inteligente que el doncel del cuento, comprendes fácilmente que revelarse no conduce a nada. Cuando has hecho espejear una imagen ideal ante los ojos de alguien y hay que re-

18. Musaeus: *Volkmärchen der Deutschen*, Gotha, 1787, I, p. 164.

* "Consintió en aparecer contra su voluntad; la imaginación de la princesa había ya creado la imagen del hombre más hermoso que, en apasionada espera, ella creía poder contemplar. ¡Pero qué contraste entre el original y lo ideal cuando lo que apareció fué un rostro vulgar, un hombre común, en cuya fisonomía no había ni la mirada del genio, ni un espíritu sentimental!"

conocer que, en cualquier forma, sabes mostrarte ideal— te retiras prudentemente y sientes el placer de haber engañado a un hombre. Logras además, romper la coherencia de tu concepción y obtener un elemento más para recomenzar.

Desde el punto de vista teórico el mundo ya no existe para ti, lo finito no puede existir para tu pensamiento, y, en cierto modo, desde el punto de vista práctico tampoco existe, por lo menos en el sentido estético. A pesar de eso, no tienes ningún concepto de la vida. Tienes algo que parece ser un concepto y eso da a tu vida cierta tranquilidad que no hay que confundir con la confianza segura y confrontadora de la vida. Sólo tienes tranquilidad si se te compara con los que andan tras el espejismo del goce, *per mare pauperiem fugiens, per saxa, per ignes*[19]. Opones al goce un altivo orgullo. Eso es lo justo, puesto que has terminado con todo lo finito y, sin embargo no puedes abandonarlo. Comparado con los que persiguen la satisfacción, estás satisfecho, pero, de lo que más satisfecho estás, es del absoluto descontento. No te importa ver los esplendores del mundo entero, pues por el espíritu estás más allá de ellos y, si los mismos te fueran ofrecidos, dirías, como siempre: sí, se les podría sacrificar un día. No te importa no ser millonario, y si te ofreciera serlo, responderías sin duda: sí, eso podría ser interesante, podría dedicarle un mes. Si se te pudiera ofrecer el amor de la joven más hermosa, responderías, sin duda: sí, durante seis meses sería agradable. No quiero gritar quejumbrosamente que eres in-

19. *Per mare*, etc.: Huyendo de la pobreza por el mar, por las rocas, a través del fuego. Horacio, *Epístolas* 1, I, 46.

saciable, como a menudo se hace, prefiero decir que, en cierto modo, tienes razón; pues nada finito, ni siquiera el mundo entero, podrá satisfacer el alma de un hombre que siente la necesidad de lo eterno. Si se te pudieran ofrecer la gloria y el honor, la admiración de tus contemporáneos —y éste es tu punto más flaco— responderías: sí, por poco tiempo, estaría bien. En el fondo, no aspiras a ello y no darías un solo paso con ese fin. Comprenderías que para que eso tuviera importancia, deberías tener verdaderamente dones superiores, que eso fuera la verdad; y aún en ese caso, el más alto grado de inteligencia sería algo efímero en tu espíritu. Por ello tu polémica alcanza un acento todavía superior cuando, debido a tu amargo juicio de la vida, podrías desear ser el hombre más necio y, sin embargo, ser admirado y adorado por tus contemporáneos como si fueras el más prudente, lo cual sería una burla de toda la existencia, mucho más profunda que si el hombre verdaderamente más hábil fuese honrado como tal. Por eso no deseas nada, no aspiras a nada; lo único que desearías sería una varita mágica con la que pudieras conseguir todo, y si la tuvieras la usarías para limpiar la pipa. Has acabado, pues, con la vida, "y no necesitas hacer testamento, pues nada dejas". Pero es imposible que te mantengas en esa cúspide, pues tu espíritu te ha privado de todo sin darte nada en cambio. Un instante después, te cautiva una bagatela. Es verdad que la miras con el aire espléndido y altanero que te da tu espíritu presuntuoso, la desdeñas como a un juguete miserable del cual estás cansado antes de haberlo tomado; sin embargo, te entretiene y, si no es la cosa misma, es el hecho de bajar hasta ella lo que te entretiene. En cuanto te relacionas con la gente, tu carácter

se vuelve pérfido, lo que no se te puede reprochar desde el punto de vista ético pues te sitúas fuera de las determinaciones éticas. Felizmente, como eres muy poco compasivo con los demás, eso no se percibe. Vienes a menudo a casa y sabes que eres bien recibido, pero sabes también que nunca se me ocurriría invitarte a tomar parte en algo. Ni siquiera a pasearte conmigo. Sé muy bien que puedes ser alegre y divertido, pero siempre hay algo falso en tu presencia; si algo realmente te agrada es, con seguridad, algo que no agradaría a los demás, ni la misma excursión, sino algo que tienes *in mente* y, si no encuentras placer, no es porque otras preocupaciones te pongan de mal humor, lo que también nos puede suceder, sino porque, desde el momento mismo de la partida, has adivinado la inanidad de ese placer. Te perdono de buen grado, pues tu alma está siempre por demás conmovida, y tú estás —según la certera expresión que tú mismo te aplicas— como una parturienta y, cuando se está así, no es extraño que uno sea algo distinto de los demás.

Pero el espíritu no permite que se blasfeme contra él, se venga de ti, te ata con las cadenas de la melancolía. Mi joven amigo, he aquí el camino para convertirte en un Nerón; salvo que haya en tu alma una seriedad original, en tu espíritu una profundidad innata y con la condición de que seas emperador de Roma. Pero sigues otro camino. En este momento se te revela una concepción distinta de la vida que parece ser la única que pueda satisfacerte, es decir, hundir tu alma en la melancolía y la pena. Tu espíritu, sin embargo, es demasiado sano para que tal concepción de la vida pueda ser puesta a prueba; pues la existencia es tan efímera para esta pena

estética, como para cualquier otra concepción estética de la vida. Cuando un hombre no puede afligirse más profundamente, se puede sostener que la pena perece tanto como el placer, pues todo lo que es finito debe perecer. Y si muchos encuentran consuelo en la desaparición de la pena, esa idea me parece tan afligente como la idea de la desaparición del placer. Tu espíritu anula pues, a su vez, esa concepción de la vida y, cuando se ha anulado la pena, lo que se conserva es la alegría; a cambio de la pena has elegido un placer que es el sucedáneo de la pena. En fin, has elegido ese placer, esa risa burlona de la desesperación. De nuevo vuelves a la vida; la existencia bajo ese aspecto cobra un interés nuevo para ti. Así como te es muy grato hablar con niños de modo que ellos te puedan comprender, así encuentras placer engañando a la gente con tu risa, aun cuando el sentido para ti es distinto. Triunfas del mundo cuando puedes hacer reír a la gente, haces que ésta lance gritos de alegría y encuentre placer en tu compañía —entonces te dices a ti mismo: ¡ah, si supierais de qué os reís!

Sin embargo, el espíritu no permite que se blasfeme contra él [20], y las tinieblas de la melancolía se condensan a tu alrededor y la brusca luz de una broma tonta te lo hace ver aún más clara y terriblemente. Nada te divierte, los placeres del mundo entero carecen de importancia para ti y, aun cuando envidies a la gente sencilla su absurdo placer de la vida, tú no buscas ese placer. El deseo no te tienta. Y por triste que sea tu estado, es, en verdad una gran felicidad. No tengo la intención de alabar en ti la altivez que desdeña al placer, sino la

20. *Blasfemia contra el espíritu*: San Mateo, 12, 31.

gracia que retiene a tu espíritu; pues si el deseo te tentara, estarías perdido. Pero el hecho de que no te tiente, te muestra el camino a seguir —el camino hacia adelante y no hacia atrás—. Ahí se encuentra otro camino falso, no menos terrible, pero también ahora tengo confianza, no en tu altivez, sino en la gracia que siempre te sostiene. Cierto es que eres altivo, y que para un hombre es mejor ser altivo que vanidoso; cierto es que en tu espíritu hay una terrible pasión, a la cual consideras como un crédito que no tienes la intención de abandonar, cierto es "que prefieres considerarte en el mundo como un acreedor que no ha sido pagado, antes que anular el crédito"— y, sin embargo, toda la altivez humana es una garantía poco sólida.

Mira, mi joven amigo, esta vida es desesperación, ocúltalo a los otros, pero no te lo puedes ocultar a ti mismo, es desesperación. Y, sin embargo, esta vida, en otro sentido, no es desesperación. Eres demasiado frívolo para desesperar y demasiado melancólico para no entrar en contacto con la desesperación. Estás como una parturienta y, sin embargo, detienes siempre el momento y quedas dolorido. Si una mujer en ese trance creyera que iba a dar a luz un monstruo o si empezara a reflexionar sobre la naturaleza de lo que va a parir, tendría cierto parecido contigo. Sus tentativas por detener el curso natural serán vanas, mientras que tu tentativa es posible; pues lo que permite al hombre crear, en sentido espiritual, es el *nisus formativus* [21] de la voluntad, que está en el poder del hombre mismo. ¿Qué temes pues? No debes dar nacimiento a otro ser sino a ti mismo. Y, sin

21. *Nisus formativus*: El esfuerzo para formar la virtud creadora.

embargo, lo sé muy bien, hay en ello algo muy grave que sacude toda el alma. El instante en que se toma conciencia de uno mismo es, en su validez eterna, lo más importante del mundo. Es como si fueras capturado y enlazado y no pudieras ya escapar ni ahora ni en toda la eternidad; como si te perdieras a ti mismo, como si dejaras de existir; como si, en el instante siguiente lo lamentaras, pero no pudiera ser hecho por segunda vez. Es grave e importante el instante en el cual uno se liga por la eternidad a una potencia eterna, cuando uno mismo se considera como aquel cuyo recuerdo no será borrado por el tiempo, el instante en el cual, en sentido eterno e indefectible, se toma conciencia de sí mismo como lo que se es. Y, sin embargo, puede no hacerse. He aquí un *aut-aut*. Permíteme que te hable como no lo haría en presencia de terceros, porque, en cierto modo, no estoy autorizado a hacerlo, y quiero, ante todo, hablarte del porvenir. Si no quieres, si quieres continuar distrayendo tu alma con las futilidades y la vanidad del espíritu hazlo entonces, deja la casa, expatríate, vè a París, ofrécete al periodismo, busca la sonrisa de las mujeres fáciles, refresca su sangre ardiente con la frescura de tu espíritu, que la noble actividad de tu vida sea alejar el hastío de una mujer frívola, o las sombrías ideas de un voluptuoso fatigado. Olvida que has sido niño, que había piedad en tu alma e inocencia en tus pensamientos. Ahoga en tu pecho toda voz superior. Vegeta en la miseria esplendorosa de los saraos. Olvida que hay en ti un espíritu inmortal. Sangra a tu alma por cuatro venas; y, cuando el espíritu se haya apagado, habrá todavía bastante agua en el Sena y pólvora en las armerías y compañeros de viaje para cualquier hora del día. Pero

si no puedes, si no quieres —y ni lo puedes ni lo quieres—, entonces, esfuérzate, ahoga cualquier pensamiento sedicioso que tuviera la audacia de cometer una alta traición contra lo mejor de tu naturaleza, desprecia toda la miseria que te envidiará por tus dones espirituales, ambicionándolos para hacer de ellos un uso todavía peor, desprecia la virtud hipócrita que soporta el peso de la vida de mala gana, y desea, sin embargo, que se le rinda homenaje porque soporta; pero no desprecies por eso la vida, estima todo esfuerzo honesto, toda actividad modesta que se oculta en la humildad, y, ante todo, respeta un poco más la mujer. Creéme, de ella viene la salvación, tan seguro como que del hombre viene la ruina. Soy esposo y, en ese sentido, parcial, pero estoy convencido de que aun en el caso de haber arruinado a un hombre, la mujer también lo ha corregido, con buena fe y sinceridad, y sigue haciéndolo; pues, sobre cien hombres que se pierden en el mundo, noventa y nueve se salvan por mujeres y uno es salvado por gracia divina inmediata. Y como sé que es propio del hombre perderse de uno u otro modo, y que ésa es la verdad para la vida del hombre, así como lo es para la mujer permanecer en la paz pura e inocente de la inmediatez, entonces comprendes fácilmente, cómo, para mí, la mujer compensa fácilmente el daño que ha podido causar.

¿Qué debes hacer? Otro te diría tal vez: "cásate, tendrás así la obligación de pensar en muchas otras cosas". Es verdad, pero falta saber si eso te place y, cualesquiera sean tus ideas sobre el otro sexo, eres demasiado caballero para casarte por esa razón y, por añadidura, no puedes mantenerte, difícil será que encuentres quien lo haga por ti. También se podría decir: "pide un em-

pleo, lánzate a los negocios, eso distrae y olvidarás tu melancolía; trabaja, es lo mejor que puedes hacer". Tal vez llegues a un punto en que la melancolía parezca olvidada; pero no lo está. Por momentos resurgirá más terrible que nunca, y tal vez esté en condiciones de tomarte de improviso, cosa que hasta ahora no pudo hacer. Agrega, además, que cualesquiera sean tus opiniones sobre la vida y sus ocupaciones, tienes de ti mismo una idea demasiado alta para elegir un empleo por esa razón, pues sería, en verdad, una especie de mentira, del mismo modo que un matrimonio contraído por esa razón. Entonces, ¿qué hacer? Sólo tengo una respuesta: ¡desespera!

Soy esposo, mi alma se siente indefectible y firmemente unida a mi mujer, a mis hijos, a esta vida cuya belleza siempre alabaré. Por eso, cuando te digo "desespera", no es un joven exaltado quien desea hacerte girar en el vórtice de las pasiones; ni un demonio burlón que lanza un consuelo al náufrago. Te lo grito, no como un consuelo, no como un estado en el que debes permanecer, sino como un acto que exige toda la fuerza del alma, toda su seriedad y toda su concentración —pues ésa es mi convicción, mi victoria sobre el mundo: el hombre que no ha probado la amargura de la vida, ha desconocido la importancia de la vida, por hermosa y rica en placeres que ella haya sido—. No engañas al mundo en el cual vives, no estás perdido para él, porque lo has vencido —tan cierto como me atrevo a pretender que soy un esposo honesto, aunque yo también haya desesperado.

Si interpreto así tu vida, te consideraré feliz; pues, en verdad, es de extrema importancia que un hombre, en el instante de la desesperación, no se equivoque sobre

la vida; tan peligroso es para él equivocarse como para la parturienta. El que desespera por una razón particular corre el peligro de que su desesperación no sea ni verdadera ni profunda, que sea una decepción, un pesar debido a esa razón particular. No debes desesperar de ese modo, pues todavía no se te ha quitado nada particular, lo posees todo. Si el desesperado se equivoca, si cree que su desgracia depende de causas múltiples, ajenas a él, su desesperación no es verdadera y le hará odiar al mundo en vez de hacérselo amar; pues, si bien es cierto que el mundo te importuna, pues parece que quisiera ser para ti lo que puede ser, también es verdad que, cuando hayas alcanzado la desesperación, lo amarás por ser lo que es. Si una mala conciencia, la culpabilidad, los pecados, son los que empujan a un hombre a la desesperación tal vez, será difícil recobrar la placidez. Desespera, pues, con toda tu alma, con todo tu espíritu, cuanto más esperes más duras serán las condiciones, y el crédito será el mismo. Te lo grito como esa mujer que ofrecía a Tarquino[22] una colección de libros; después que éste hubo rehusado el precio que ella pedía, la mujer quemó un tercio de los libros y pidió el mismo precio por el resto; como él rehusara de nuevo, ella quemó otro tercio y pidió el mismo precio; finalmente, el pagó el precio pedido al comienzo pero no tuvo más que el último libro de la colección.

La condición de tu desesperación es hermosa, pero hay otra más hermosa aún. Imagina un joven tan inteligente como tú. Admitamos que ama a una joven, que

22. *Esta mujer que ofreció a Tarquino*: Se trata de la tradición romana referente a la adquisición de los libros sibilinos por Tarquino. Ver Dionisio de Halicarnaso, IV, 62.

la ama tanto como a sí mismo. Admitamos que, en una hora de tranquilidad, medite sobre la base de la vida de cada uno de ellos. Tienen en común el amor; pero él quiere percibir las diferencias. Tal vez tenga ella el don de la belleza, pero eso no tiene importancia para él, y la belleza es siempre algo muy frágil; tal vez tenga ella el feliz espíritu de la juventud, pero ese placer tampoco tiene para él mucha importancia; lo que él tiene, es la potencia del espíritu y lo siente en toda su fuerza. Desea ciertamente amar a la joven y, por consiguiente, no quiere atribuirle a ella esa potencia, y el alma humilde de la joven tampoco puede pretenderla— hay ahí una diferencia y él siente que esa diferencia debe desaparecer para que pueda amar verdaderamente a la joven. Entonces su alma se hundirá en la desesperación. No desespera por él mismo, sino por ella y, sin embargo, también a causa de sí mismo, pues la ama tanto como a sí mismo. Entonces la fuerza de la desesperación lo devorará todo, hasta que él se recupere en su eterna validez. Pero entonces, también habrá encontrado a la joven. Ningún caballero al regreso de sus más peligrosas hazañas se sentirá más feliz y contento que él al regresar de esa lucha contra la carne y la sangre y contra todas las vanas diferencias de lo finito; pues el hombre que desespera encuentra al hombre inmortal, y en éste todos somos iguales. Es para él absurdo embotar su espíritu, o descuidar su formación a fin de restablecer la igualdad; quiere conservar los dones del espíritu, pero, en el fondo de su corazón, sabrá que él, que los posee, es igual al que no los posee. De lo contrario imagínate un espíritu profundamente religioso que por verdadero y sincero amor a su prójimo se hunde en el océano de la desesperación

hasta que encuentre lo absoluto, el punto en el cual es indiferente que una frente sea aplanada o se alce en bóveda más altiva que el cielo, el punto donde lo que reina no es la indiferencia sino la validez absoluta.

Tienes algunas ideas buenas, muchas ideas raras, una gran cantidad de ideas absurdas, consérvalas todas, no te pregunto por ellas, pero tienes una idea que te ruego retengas, una idea que prueba que mi espíritu es congénere del tuyo. Has dicho, a menudo [23], que preferirías ser cualquier cosa en el mundo antes que poeta, puesto que la existencia de un poeta es, en general, un sacrificio humano. No negaré que haya habido poetas que se hicieron dueños de sí mismos antes de escribir poesías, pero también es cierto que la existencia de un poeta, como tal, se encuentra en esa oscuridad que es consecuencia de la desesperación que no ha sido llevada hasta su término, en la que el alma sigue vibrando, en la que el espíritu no puede alcanzar su verdadera transfiguración. El ideal poético es siempre un ideal falso, pues el ideal verdadero pertenece siempre a la realidad. Cuando el espíritu no puede tender el vuelo hasta el mundo eterno del espíritu, se detiene en el camino y se regocija contemplando las imágenes que espejean en las nubes, cuyo carácter efímero lamenta. La existencia de un poeta, como tal, es, por consiguiente, una existencia desgraciada; es superior a lo finito y, sin embargo, no es lo infinito. El poeta ve los ideales, pero debe huir del mundo para gozar de ellos; en medio de las perplejidades de la vida no

23. *Diapsalmata, Ou bien... ou bien* (Gallimard, París 1953) págs. 17 y 32.

puede llevar en sí esos figurines de divinidades[24], no puede seguir tranquilamente su camino insensible a la caricatura que se muestra por todas partes, menos aún sería capaz de revestirse de ella. Por eso la vida del poeta es, a menudo, objeto de mísera compasión de parte de aquellos que, habiéndose quedado con lo finito piensan quedar con el pájaro en la mano. Me decías una vez, en un momento de abandono, que, seguramente, había gente que ya había resuelto íntimamente su posición frente a ti y estaba pronta a saldar tu cuenta con las condiciones siguientes: serías reconocido como una gran cabeza, pero, en cambio, sucumbirías y perderías tu papel de miembro activo de la sociedad. Sí, es innegable, en la sociedad existe cierto tipo de bajeza que quiere vencer de ese modo a todo el que sobresale, aunque más no sea en una pulgada. Que esto no te perturbe, no la desafíes, no la desprecies, y diré lo que sueles decir: no vale la pena. Pero, si no quieres ser poeta, no te queda otra salida que la que ya te he indicado: ¡desespera! Elige, pues, la desesperación —la misma desesperación es elección; pues se puede dudar sin elegir el dudar, pero no se puede desesperar sin elegir la desesperación. Y, al desesperar, se elige de nuevo, ¿qué es lo que se elige? A uno mismo, no dentro de la inmediatez, no como a un individuo cualquiera; uno se elige a sí mismo en su validez eterna.

Me esforzaré en explicar esto un poco más, refiriéndome a ti. La filosofía moderna ha dicho, más de lo necesario, que la duda está en la base de toda especulación;

24. *Figurines de divinidades*: Alcibíades, en *El Banquete* de Platón, lo dice de Sócrates. Ver pág. 755 en la edición de la Pleiade.

pero, cuando, ocasionalmente, he podido ocuparme de tales cosas, en vano he buscado una explicación acerca de la diferencia existente entre la duda y la desesperación. Intentaré aquí explicar esa diferencia y espero que ello contribuirá a orientarte y a situarte con acierto. Muy lejos estoy de creer que tengo alguna habilidad filosófica. No tengo tu virtuosismo para manejar las categorías, pero lo que constituye la importancia de la vida, en su sentido más profundo debe ser accesible a la comprensión del hombre más simple. La duda es la desesperación del espíritu, la desesperación es la duda de la personalidad, por eso doy tanta importancia al establecimiento de la elección, que es mi palabra de mando, el nervio de mi concepción de la vida, pues tengo una, aunque de ningún modo pretendo poseer un sistema.

La duda es el movimiento en el interior del espíritu mismo, y, en mi duda, soy tan impersonal como sea posible. Ahora establezco que, cuando la duda se realiza, el espíritu encuentra lo absoluto y descansa en él; no descansa en virtud de una elección, sino en virtud de la necesidad misma por la cual dudaba, pues la duda misma es una determinación de la necesidad, y el reposo también lo es. Eso es lo que constituye la grandeza de la duda, la razón por la cual ha sido tantas veces alabada y denigrada por gente que, a menudo, no entendía mucho lo que decía. Pero si la duda es una determinación de la necesidad, la personalidad por entero no participa del movimiento. Por eso es muy justo que un hombre diga: quisiera creer, pero no puedo, debo dudar. Y, a menudo, se ve que un hombre que duda puede poseer en sí mismo un valor positivo existente fuera de toda comunicación con el espíritu, que puede ser un hombre muy conscien-

te, que no duda acerca de la legitimidad del deber y de lo que debe regular sus actos, y que no duda de muchos sentimientos y estados de alma altruistas. Por otra parte, se ve sobre todo hoy, gente profundamente desesperada que, sin embargo, ha vencido la duda. Eso me ha llamado la atención, sobre todo al observar a algunos filósofos alemanes. Su espiritu está tranquilizado, el espíritu objetivo y lógico descansa en su objetividad correlativa y, sin embargo, son desesperados, aunque se distraigan por la especulación objetiva, pues un hombre puede distraerse de muchos modos y no hay estupefaciente más eficaz que la especulación abstracta, porque ella permite permanecer tan impersonal como sea posible. La duda y la desesperación responden, pues, a esferas completamente distintas; son conmovidas por diferentes aspectos del alma. Pero no estoy satisfecho, pues de ese modo la duda y la desesperación estarían en un mismo plano, y no es así. La desesperación representa una expresión mucho más profunda y mucho más completa que la duda, y su movimiento es mucho más amplio. La desesperación es justamente representativa de toda la personalidad, la duda sólo lo es del espíritu. La pretendida objetividad de que tanto se precia la duda es, justamente, una de sus imperfecciones. La duda descansa, por lo tanto, en la diferencia; la desesperación, en lo absoluto. Es necesario tener talento para dudar, pero no para desesperar; pero el talento, como tal, es una diferencia, y lo que para hacerse valer exige una diferencia jamás puede ser lo absoluto. El hombre más modesto, el menos inteligente, puede desesperar; una joven que nada tiene en común con la especulación filosófica, puede desesperar, pero nadie sería tan absurdo como para decir de ellos que dudan.

La razón por la cual un hombre desesperado —calmada su duda— se sobrepone, es que, en el fondo, él no quiere desesperar. En suma, nadie puede desesperar si no quiere; para desesperar de verdad hay que quererlo de verdad, pero, cuando se lo quiere de verdad, entonces, verdaderamente se ha sobrepasado la desesperación; cuando de verdad se ha elegido la desesperación, entonces se ha elegido verdaderamente lo que la desesperación elige: el yo mismo y su eterna validez. La personalidad sólo se puede serenar en la desesperación, no con ayuda de la necesidad, pues nunca se desespera por necesidad, sino con ayuda de la libertad y, sólo en la libertad se alcanza lo absoluto. Pienso que, a este respecto, nuestra época progresará, si es que puedo formarme una opinión de nuestra época, que sólo conozco por la lectura de los diarios, alguna obra y mis conversaciones contigo. Tal vez no esté lejano el día en que aprendamos, a expensas nuestras, que el verdadero punto de partida para encontrar lo absoluto no es la duda, sino la desesperación.

Vuelvo a mi categoría; no soy un lógico, no tengo más que una categoría, pero te aseguro que es la elegida de mi corazón y de mi espíritu, el placer de mi alma y la suprema felicidad; vuelvo a la importancia de la elección. Al elegir en sentido absoluto elijo la desesperación, y en la desesperación elijo lo absoluto, pues yo mismo soy lo absoluto, planteo lo absoluto, y soy yo mismo lo absoluto. Pero para expresar lo mismo de otro modo debo decir: elijo lo absoluto que a mí me elige, planteo lo absoluto que se me plantea, pues, si no tengo presente que esta segunda expresión es también lo absoluto, entonces mi categoría de la elección es falsa; pues es justamente la identidad de las dos. Lo que elijo no lo planteo,

pues si ya no estuviese planteado yo no podría elegirlo; y, sin embargo, si por el sólo hecho de elegirlo no lo planteara, entonces no podría elegirlo. Eso existe, pues si no existiera no podría elegirlo; eso no existe, pues sólo existirá por el hecho de que yo elija —de otro modo mi elección no sería más que ilusión.

Pero, entonces ¿qué es lo que elijo? ¿Esto o aquello? No, pues elijo en sentido absoluto, y de ese modo, precisamente, elijo por el hecho de resolver o elegir esto o aquello. Elijo lo absoluto, y ¿qué es lo absoluto? Es yo mismo en mi eterna validez. Como absoluto nunca puedo elegir otra cosa que yo mismo, pues si elijo otra cosa, lo elijo como algo finito y, por lo tanto, no lo elijo en sentido absoluto. Incluso al judío que eligiera a Dios no lo elegiría de ese modo, pues, si bien elegiría lo absoluto, no lo haría en sentido absoluto y, por lo tanto, dejaría de ser lo absoluto para ser algo finito.

III. CRÍTICA DE LA VIDA ESTÉTICA

PERO, ¿qué es éste yo mismo? Si quisiera hablar de un primer instante, designarlo mediante una expresión primera, mi respuesta sería ésta: es lo que a la vez es lo más abstracto y lo más concreto —es la libertad—. Permíteme una pequeña observación psicológica. A menudo uno escucha personas que dan rienda suelta a su descontento, quejándose de la vida y que, a menudo, expresan deseos. Imagina a un pobre hombre de ese tipo; dejemos de lado los deseos que no hacen al caso, pues tienden a lo que es enteramente fortuito. Dice: ¡oh si tuviera el talento de ese hombre o su espíritu! Esto se oye a menudo, pero ¿has oído alguna vez que un hombre deseara seriamente convertirse en otro? ¡Lejos de él tal cosa! Y, precisamente, porque una de las características de esas personalidades que se llaman desgraciadas es adherirse a sí mismas lo más posible, no desear por nada del mundo ser otra que ellas mismas, a pesar de todos sus sufrimientos —lo que se explica porque tales personalidades están muy cerca de la verdad y porque tienen el sentimiento de la validez eterna de la personalidad, no en su bendición sino en su tortura; conservan la expresión completamente abstracta del placer que hay para ellas en seguir siendo ante todo ellas mismas. Además, el que tie-

ne numerosos deseos piensa, sin embargo, seguir siendo él mismo, aun cuando todo hubiera cambiado. Hay en él, pues, algo que es absoluto en relación a cualquier otra cosa, algo por lo cual él es lo que es, aun cuando obtuviera mediante su deseo el mayor cambio posible. Demostraré, más adelante, que está equivocado, pero ahora sólo deseo encontrar la expresión más abstracta de ese "sí mismo" que hace de él lo que es. No es sino la libertad.-Por esa vía se podría llegar a la prueba más plausible de la validez eterna de la personalidad; sí, incluso el que se mata no quiere en el fondo separarse de sí mismo, también él tiene otro deseo, aspira a encontrar otra forma para sí mismo, por eso se puede dar con un ser perfectamente convencido de la inmortalidad del alma, pero tan dominado su carácter por prejuicios, que podría pensar que el suicidio le permitirá alcanzar la forma absoluta de su espíritu.

Cuando un individuo cree que puede ser cambiado continuamente y, al mismo tiempo, permanecer siendo él mismo, como si su naturaleza más íntima fuese una magnitud algebraica que puede significar cualquier cosa, es porque ese individuo está mal orientado, porque no se ha elegido a sí mismo, porque no tiene ninguna idea de lo que eso significa; sin embargo, su inteligencia menguada reconoce la validez eterna de la personalidad. Él se elige a sí mismo, no en sentido finito, pues entonces ese "sí mismo" se convertiría en un finito que se encontraría entre otros finitos, sino en sentido absoluto; y, sin embargo, él se elige a sí mismo y no a otro. Ese sí mismo que elige es infinitamente concreto, pues es él mismo y, a pesar de ello, es absolutamente diferente de su sí mismo anterior, pues él no ha elegido en sentido abso-

luto. Ese sí mismo no existió antes, pues existe a raíz de la elección y, sin embargo, ha existido, pues es, con seguridad, "él mismo".

La elección realiza aquí simultáneamente dos movimientos dialécticos, lo que es elegido no existe y sólo existe por la elección, y lo que es elegido existe, pues, de otro modo, no habría elección. Pues si lo que yo elijo no existiera, pero se volviera absoluto por la elección, yo no elegiría sino que crearía; pero yo no me creo a mí mismo, sino que me elijo a mí mismo. Mientras la naturaleza es creada de la nada, mientras yo mismo en cuanto personalidad inmediata soy creado de la nada, como espíritu libre he nacido del principio de la contradicción, o he nacido por el hecho de que me he elegido a mí mismo.

El individuo de que hablamos descubre ahora que el "sí mismo" que ha elegido encierra una riqueza infinita, en la medida en que tiene una historia, una historia en la cual reconoce la identidad consigo mismo. Esa historia es de especies diferentes, pues se encuentra en relación con otros individuos de la familia y con toda la familia; esa historia contiene algo doloroso, y, sin embargo, sólo por ella él es lo que es. Por eso, hace falta coraje para elegirse a uno mismo; pues en el momento en que uno parece aislarse más, más penetra en la raíz por la cual se relaciona con el conjunto. Eso lo preocupa y, sin embargo, no hay nada que hacer; pues cuando la pasión de la libertad ha despertado en él—y despertó en la elección, del mismo modo que se presupone a sí misma en la elección— entonces él se elige a sí mismo y lucha por esa posesión como si fuera su salvación; y es su salvación. Nada puede abandonar de todo esto, ni lo

más doloroso ni lo más cruel, y, sin embargo, la expresión de esa lucha, de esa adquisición, es el arrepentimiento. Su arrepentimiento se remonta al pasado, y su objeto es él mismo, la familia, la raza —y, finalmente, se encuentra a sí mismo en Dios. Sólo con esa condición puede elegirse a sí mismo, y ésa es la única condición que quiere, pues sólo así puede elegirse a sí mismo en sentido absoluto. ¡Ah!, ¿qué es un hombre sin amor? Pero hay muchas especies de amor; es distinto mi amor por un padre de mi amor por una madre, y mi amor por mi mujer también es distinto y, del mismo modo, cada amor tiene su expresión propia; pero existe el amor con el cual amo a Dios, y ese amor tiene en el lenguaje una sola expresión: el arrepentimiento. Si no amo a Dios en esa forma, no lo amo en sentido absoluto, con el amor de lo más íntimo de mi naturaleza. Todo otro amor por lo absoluto es un malentendido, pues para alcanzar lo que de ordinario tanto se alaba y que yo también honro, cuando el espíritu con todo su amor tiende a lo absoluto, no es lo absoluto lo que amo —no amo en sentido absoluto—, pues amo por necesidad; en cuanto amo libremente y amo a Dios, entonces me arrepiento. Y si no hubiese otra razón para que la expresión de mi amor por Dios fuese el arrepentimiento, habría en todo caso ésta: él me ha amado antes. Sin embargo, sería una razón incompleta, pues sólo eligiéndome a mí mismo como culpable, es como me elijo en sentido absoluto sin crearme a mí mismo; y si la culpa del padre hubiese sido transmitida por herencia al hijo, este último también se arrepentiría de esa culpa, pues sólo así podría elegirse a sí mismo en sentido absoluto; y si las lágrimas quisieran redimirlo todo, él seguiría arrepintiéndose, pues

sólo así se elige a sí mismo. Su "sí mismo" se encuentra como fuera de él y debe ser adquirido, y el arrepentimiento es su amor, puesto que lo elige, en sentido absoluto, por la mano de Dios eterno.

Lo que acabo de decirte no es sabiduría de cátedra, es algo que cualquiera puede exponer, que cualquiera puede querer, si lo quiere. No lo he aprendido en las salas de conferencias, lo he aprendido en la sala o, si quieres, en la pieza de los niños, porque cuando veo a mi hijo, tan feliz y contento, jugar sobre el piso, pienso: ¿quién sabe si, después de todo, no he ejercido sobre él una influencia mala? Dios sabe cuánto lo cuido, pero este pensamiento no me tranquiliza. Entonces pienso: llegará un momento en su vida, en el cual también madurará su espíritu en el instante de la elección, entonces se elegirá a sí mismo, entonces se arrepentirá también de la culpa que a través de mí, puede pesar sobre él. Es hermoso que un hijo pueda arrepentirse por la culpa del padre; sin embargo, no lo hará por mí, sino porque sólo de ese modo puede elegirse a sí mismo. ¡Que pase entonces lo que tenga que pasar! A menudo, lo que se cree lo mejor tiene para un hombre las peores consecuencias; pero todo esto no es nada. Puedo serle muy útil a mi hijo, y me esforzaré en ello, pero sólo por él mismo puede alcanzar la cúspide. Por eso es tan difícil que las personas se elijan a sí mismas; porque el aislamiento absoluto es aquí idéntico a la continuidad más profunda, porque mientras uno no se ha elegido a sí mismo existe la posibilidad de ser, de uno u otro modo, algo distinto.

Esto es, según mi modesta opinión, lo que es elegir y arrepentirse. Estaría fuera de lugar amar a una joven

como si fuese vuestra madre, o amar a vuestra madre como si fuese una joven, cada amor tiene su particularidad. El amor a Dios tiene su particularidad absoluta y su expresión es el arrepentimiento, ¿y qué otro amor puede ser comparado con ése? Frente a él todos son balbuceos de niño. No soy un joven excitado que trata de recomendar sus teorías, soy esposo, y me atrevo a decir en presencia de mi mujer que todo amor comparado con el arrepentimiento es balbuceo de niño; y sé perfectamente que soy un buen esposo, "yo que lucho aún como esposo[25] bajo la bandera victoriosa del primer amor" sé que ella participa de esa opinión, y por ello no quería ser amado por la joven de la que antes hablé, porque ella no podría compartir ese parecer.

Sé que aquí aparecen caminos difíciles, nuevos, terribles; que el que se arrastra por el suelo está menos expuesto a caerse que aquel que asciende hasta la cumbre de las montañas; que el que permanece junto al hogar está menos expuesto a extraviarse que el que anda por el mundo; pero, así mismo, tengo plena confianza en mi elección.

Un teólogo tendría aquí el punto de partida para muchas meditaciones, no insistiré en ellas, pues no soy sino un profano. Deseo solamente aclarar lo que precede diciendo que sólo en el cristianismo el arrepentimiento ha encontrado su verdadera expresión. El judío piadoso sentía que la falta de sus padres pesaba sobre él y, sin embargo, estaba lejos de sentirlo tan profundamente como el cristiano; pues el judío piadoso no podía arrepentirse, porque no podía elegirse a sí mismo en sentido

25. *La legitimidad estética al matrimonio, Ou bien... ou bien...* (Gallimard, París, 1953), pág. 374.

absoluto. La falta de los padres pesaba sobre él, lo cubría; él se doblegaba bajo la carga, suspiraba, pero no podía levantarla; sólo el que se elige a sí mismo en sentido absoluto puede hacerlo ayudado por el arrepentimiento. Cuanto mayor es la libertad, mayor es la falta, y, ése es el secreto de la salvación y, si no es cobardía, al menos es pusilanimidad no querer arrepentirse por la culpa de los padres; si no es bajeza, al menos es falta de grandeza de alma y de magnanimidad.

La elección de la desesperación es, por consiguiente, "yo mismo"; pues es muy cierto que al desesperar desespero tanto de mí mismo como de cualquier otra cosa; pero el yo mismo del cual desespero es un finito como cualquier otro finito, el yo mismo que elijo es el yo mismo absoluto, o el yo mismo en su validez eterna. Si es así, comprenderás una vez más por qué decía, en lo que precede, y por qué sigo diciendo, que el *aut-aut* que yo planteaba entre la vida estética y la vida ética no es un dilema completo, puesto que, en el fondo, no se trata sino de una elección. Por esa elección no elijo, en el fondo, entre el bien y el mal, pues elijo el bien —y al elegir el bien, elijo *eo ipso* la elección entre el bien y el mal. La elección originaria está siempre presente en toda elección subsiguiente.

Por lo tanto, desespera, y tu frivolidad ya no te hará errar como un espíritu inconstante, como un fantasma entre las ruinas de un mundo perdido para ti; desespera, y tu espíritu ya no suspirará a causa de la melancolía, pues el mundo será de nuevo para ti bello y hermoso, lo mirarás, sin embargo, con ojos distintos, y tu espíritu liberado se lanzará hasta el mundo de la libertad.

Podría : traíd al punto que

quería; pues en él te encuentras si así lo quieres. Quería ver cómo te arrancabas a ti mismo de las ilusiones de la estética y de los ensueños de una semidesesperación para que tuvieras conciencia de lo serio del espíritu. Pero no tengo la intención de detenerme, pues desde este punto de vista, quiero exponerte ahora una concepción de la vida, una concepción ética de la vida. Sólo puedo ofrecerte algo mediocre, porque mis dones no están a la altura de la tarea y porque la mediocridad es cualidad principal de todo lo que es ético; cualidad que puede sorprender a quien viene de la opulencia de lo estético. Se trata aquí de *nil ad ostentationem, omnia ad conscientiam*[26]. Por una razón distinta, detenerse aquí podría parecer enojoso, pues se podría creer que, a pesar de todo, terminaré en una especie de quietismo, en el cual la personalidad vendría a descansar, con la misma necesidad que el espíritu, en lo absoluto. ¿Para qué poseerse a sí mismo, para qué haber encontrado un arma capaz de dominar al mundo entero, si sólo se la ha de usar para guardarla en la vaina?

Sin embargo, antes de entrar a exponer este concepto ético de la vida, indicaré en pocas palabras el peligro que, para un hombre, importa el momento de la desesperación, el escollo a causa del cual puede naufragar y perderse completamente. La Escritura dice[27]: "¿Y para qué le serviría a un hombre ganar el universo, si pierde su alma? o ¿qué daría un hombre en cambio de su alma?" La Escritura no habla de la antítesis, pero ella está dentro de su enunciado. La antítesis sería ésta: ¿qué

26. *Nil ad ostentationem*, etc.: Nada por la apariencia, todo según la conciencia.

27. *La Escritura dice*: San Mateo, 16, 26.

perdería un hombre si perdiera el mundo entero sin perder su alma?, ¿qué necesitaría en cambio? Existen expresiones que parecen sencillas por sí mismas y que, sin embargo, llenan el alma de extraña angustia, porque cuanto más se piensa en ellas, tanto más oscuras se vuelven. Tomemos un ejemplo religioso, las palabras "pecado contra el Espíritu" [28] es una de esas expresiones. No sé si los teólogos han conseguido dar una explicación precisa; yo no puedo hacerlo, pero yo no soy más que un profano. Sin embargo, la expresión: "perder su alma" es una expresión ética, y quien piensa tener una concepción ética de la vida también debe pensar que puede explicar esa expresión. Es empleada a menudo, y, sin embargo, el hombre que quiera comprenderla debe haber vivido profundos movimientos del alma, sí, ha debido desesperar, pues son los movimientos de la desesperación los que han encontrado en esas palabras su expresión: por un lado el mundo entero; por otro lado, la propia alma. Comprenderás que si no se abandonan esas palabras se llegará a la misma determinación abstracta del alma que de las palabras "sí mismo" a la que hemos llegado ya en nuestras meditaciones psicológicas sobre la posibilidad de desear cambiar sin convertirse en otro. Por consiguiente, si puedo conseguir el universo perdiendo mi alma, es necesario que en esa palabra "universo" se encuentren también todos los finitos que poseo inmediatamente. Mi alma se muestra, frente a ellos, en estado de indiferencia. Si puedo perder el universo sin perder mi alma, todas las determinaciones de lo finito que poseo como el alma en sentido inmediato, se encuentran de

28. *Pecado contra el espíritu:* San Mateo, 12, 31.

nuevo en la palabra universo, y, sin embargo, mi alma está sana y salva, y, por consiguiente, en estado de indiferencia frente a ello. Puedo perder mi fortuna, puedo, ante los demás, perder mi honor, puedo perder mi energía y, sin embargo, no perder mi alma; puedo, a un tiempo, ganarlo y perderlo todo. ¿Qué es entonces mi alma, mi naturaleza más íntima, que puede permanecer insensible ante esa pérdida y ser comprometida por esa ganancia? Ése es el movimiento que se muestra a quien está dispuesto a desesperar; no es una expresión retórica, sino la única expresión adecuada a la situación en la cual uno ve, por un lado al mundo entero, y, por el otro lado, a sí mismo, a su alma. La separación aparece en el instante de la desesperación y, entonces se trata de la manera de desesperar; pues, como expliqué anteriormente al hablar de la concepción estética de la vida, ganar el mundo entero perdiendo el alma es la desesperación y, sin embargo, estoy convencido de que la desesperación es para el hombre la verdadera salvación. De nuevo vemos que es importante querer su desesperación, quererla en sentido infinito, en sentido absoluto, pues tal querer equivale al olvido absoluto de sí mismo. En cambio, si quiero mi desesperación en sentido finito, pierdo mi alma, porque entonces mi naturaleza más íntima no se manifiesta en la desesperación —al contrario se encierra en ella, se endurece, de modo que la desesperación acaba por ser endurecimiento; la desesperación absoluta en cambio, es extensión a lo infinito. Cuando, en mi desesperación, conquisto el mundo entero, pierdo mi alma por el hecho de volverme finito yo mismo, pues tengo en él mi vida; si me desespero por la pérdida del mundo entero, entonces pierdo mi alma, pues la vuelvo finita

de la misma manera, ya que veo nuevamente a mi alma enfrentada a lo finito. Está demás decir que un hombre puede conquistar el mundo entero mediante crímenes y, sin embargo, perder su alma; pero esto también sucede de modo aparentemente más inocente. Por eso te decía que aquella joven de la cual te hablé, obtuviese o no al que amaba, habría estado igualmente desesperada. Toda desesperación finita es una elección de lo finito, pues elijo lo finito tanto cuando lo obtengo como cuando lo pierdo; pues el hecho de obtener no está en mi poder, pero sí el de elegir. La desesperación es, por lo tanto, una desesperación que no es libre; en el fondo, no quiere la desesperación, quiere lo finito, pero es desesperación. Un hombre puede permanecer en ese punto y, mientras está en él, no me atrevo a decir que ha perdido su alma. Está en un punto sumamente peligroso. A cada instante tiene la posibilidad de perderla. La desesperación está ahí, pero todavía no ha atacado su naturaleza más íntima; el hombre ha perdido su alma cuando, en sentido finito, se endurece en la desesperación. Su alma está como adormecida en la desesperación; y, cuando, al despertar el hombre, elige un camino para salir de la desesperación, entonces pierde su alma; él se ha cerrado, su alma razonable ha sido sofocada y se ha transformado en una bestia salvaje que no retrocede ante ningún medio, pues para él todo es legítimo. El pensamiento de la pérdida de un alma encierra una angustia terrible y, sin embargo, quien haya desesperado ha sospechado ese mal camino, esa perdición. Si es seguro que un hombre por ese camino puede perder su alma, no se puede comprobar que ella haya sucedido en un caso particular. ¡Que ningún hombre se atreva aquí a juzgar a otro hombre! La

vida de un hombre puede tener un aspecto extraño y uno puede creer que el hombre también es extraño y, sin embargo, puede haber una explicación completamente distinta que lo convenza a él mismo de lo contrario; por otra parte, un hombre puede haber perdido el alma sin que nadie lo advierta, pues la pérdida no se refleja exteriormente, se encuentra en la naturaleza más íntima del hombre, es como la podredumbre en el carozo de la fruta; mientras por fuera puede ser grato mirarla, lo hueco está por dentro y la cáscara nada deja sospechar.

Ahora bien, al elegirte a ti mismo en sentido absoluto descubres fácilmente que ese ti mismo no es ni una abstracción ni una tautología; se lo podría creer, a lo sumo, en el instante de la orientación, en los momentos en que se titubea hasta encontrar la expresión más abstracta de uno mismo; pero, aún entonces, es una ilusión considerarla como enteramente abstracta y vacía, pues no es la conciencia de la libertad en general, sino una determinación del espíritu; ese uno mismo se ha producido gracias a una elección, él es la conciencia de ese ser, preciso y libre, que es uno mismo y nadie más. Ese uno mismo contiene en sí mismo una rica concreción, una gran cantidad de determinaciones y cualidades, en una palabra, es el ser estético completo que ha sido elegido éticamente. Por consiguiente, cuanto más te concentres en ti mismo tanto más te darás cuenta de la importancia de lo que es insignificante, no en sentido finito, sino en sentido infinito, porque eres tú quien lo ha planteado; al elegirlo de ese modo, en sentido ético, no es solamente una reflexión sobre uno mismo, cabría aquí recordar, para expresar ese acto, la palabra de la Escri-

tura[29]; "los hombres darán cuenta de toda palabra vana que hayan proferido"; pues cuando la pasión de la libertad despierta, es celosa de sí misma y no permite que permanezcan mezclados confusamente lo que pertenece a uno y lo que no le pertenece. Por consiguiente, la personalidad se presenta en el instante primero de la elección aparentemente tan desnuda como el niño recién nacido; un instante después es concreta en sí misma, y si el hombre puede permanecer en ese período es gracias a una abstracción arbitraria. Él permanece siendo el mismo, totalmente el mismo que antes, hasta la más insignificante particularidad; sin embargo, se vuelve otro pues la elección penetra y modifica todo. Su personalidad finita se hace así infinita en la elección por la cual él se elige a sí mismo en sentido infinito.

Ahora ya se posee a sí mismo, planteado por él mismo, es decir, elegido por él mismo en cuanto es libre. Pero cuando uno se posee a sí mismo en esa forma, aparece una dificultad absoluta, la que existe entre el bien y el mal. Esa diferencia está latente mientras uno no se ha elegido a sí mismo. En suma, ¿de qué modo se produce la diferencia entre el bien y el mal? ¿Acaso ella se deja pensar, es decir, existe para el pensamiento? No. He llegado de nuevo al punto que había alcanzado antes, y se podría creer que la filosofía ha suprimido en realidad el principio de contradicción, cuando, en verdad, todavía no lo ha logrado. En cuanto yo pienso entro necesariamente en relación con lo que pienso, pero es justamente por esa rázón que la diferencia entre el bien y el mal no existe. Piensa lo que quieras, piensa la categoría más

29. *Palabra de la Escritura*: San Mateo, 12, 36.

abstracta o la más concreta, jamás pensarás bajo la determinación del bien y del mal; piensa la historia, pensarás el movimiento necesario de la idea, pero jamás pensarás bajo la determinación del bien y del mal. Piensas siempre las diferencias relativas, nunca la diferencia absoluta. Se puede, según mi opinión, dar la razón a la filosofía cuando dice que no puede pensar una contradicción absoluta, pero de eso no se deduce de ningún modo que la contradicción absoluta no exista. Al pensar, yo también me vuelvo infinito, pero no absoluto, pues desaparezco en lo absoluto; me vuelvo infinito en sentido absoluto, cuando me elijo a mí mismo en sentido absoluto, pues yo mismo soy lo absoluto, pues sólo a mí mismo puedo elegir en sentido absoluto, y esa elección libre de mí mismo es mi libertad; y sólo después de haberme elegido a mí mismo en sentido absoluto, llego a plantear una diferencia absoluta, la que existe entre el bien y el mal.

A fin de subrayar el elemento de libre albedrío del razonamiento, la filosofía dice [30]: "lo absoluto existe porque lo pienso"; pero como ella misma comprende que en esa forma es designado el pensamiento libre y no el pensamiento necesario que es el que generalmente ella estima, emplea otra expresión: "pensar lo absoluto en mí es el *pensamiento de sí mismo*, de lo absoluto."

Esta expresión, no es de ningún modo idéntica a la anterior, pero es muy significativa pues mi pensamiento es un elemento dentro de lo absoluto, y en eso consiste la necesidad de mi razonamiento, en eso consiste la nece-

30. *La filosofía dice*: Lo que sigue es una de las ideas fundamentales del sistema filosófico de Hegel, y lo que precede se refiere igualmente a él.

sidad con la cual l
bien. El bien exist
no existe. Ésa es l
sucede con el mal
Las determinacion
disminuidas, ni r
La validez absolu
contrario, expresa
sí, y es la libertad
La expresión
luto, podría pare
que he elegido al
do igualmente ab
necían de modo
malentendido, h
toda la existenc
el mal me perte
que no me pert
pertenece de m
en mí hubiera
absoluto, enton
sino solamente
Quiero ahc
de mostrar cóm
sidera la perso
mejor entendi
que hice ante
estética y la
de la vida es
tanto sobre lo
de existir. Ést
vida, pues ba

sidad con la cual lo pienso. Algo distinto sucede con el bien. El bien existe porque yo lo quiero, de lo contrario no existe. Ésa es la expresión de la libertad, y lo mismo sucede con el mal: no existe sino cuando yo lo quiero. Las determinaciones del bien y del mal no están por eso disminuídas, ni reducidas a determinaciones subjetivas. La validez absoluta de esas determinaciones está, por el contrario, expresada. El bien es lo que existe en sí y para sí, y es la libertad.

La expresión "elegirse a sí mismo" en sentido absoluto, podría parecer inquietante, pues podría hacer creer que he elegido al mismo tiempo el bien y el mal en sentido igualmente absoluto, y que el bien y el mal me pertenecían de modo igualmente esencial. Para impedir este malentendido, he dicho que me he arrepentido fuera de toda la existencia. Pues el arrepentimiento expresa que el mal me pertenece esencialmente y, al mismo tiempo, que no me pertenece de modo esencial. Si el mal no me pertenece de modo esencial, no podría elegirlo; pero si en mí hubiera una cosa que no pudiera elegir en sentido absoluto, entonces yo mismo tampoco sería lo absoluto, sino solamente un producto.

Quiero ahora interrumpir estas meditaciones a fin de mostrar cómo una concepción ética de la vida considera la personalidad, la vida y su importancia. Para un mejor entendimiento, vuelvo a algunas observaciones que hice anteriormente acerca de la relación entre la estética y la ética. Dije que toda concepción estética de la vida es desesperación, debido a que estaba basada tanto sobre lo que puede existir, como sobre lo que no puede existir. Éste no es el caso de la concepción ética de la vida, pues basa la vida sobre el hecho de que lo esencial

para ella es existir. Dije que lo estético es en el hombre aquello por lo cual él es inmediatamente lo que es; lo ético es aquello por lo cual deviene lo que deviene. No hay que llegar a la conclusión de que el que vive estéticamente no se desarrolla; sino que se desarrolla con necesidad, no con libertad, ninguna metamorfosis tiene lugar en él, ni el movimiento infinito por el cual llega al punto desde el cual él deviene lo que deviene.

Cuando un individuo se considera a sí mismo como estético, toma conciencia de sí mismo como concreción determinada, en sí misma, de muchos modos; pero, a pesar de toda la semejanza íntima, todo constituye su naturaleza, todo eso tiene igual derecho a manifestarse y exigir ser satisfecho. Su alma es como un terreno donde crecen toda clase de yuyos, todos con igual derecho a desarrollarse; su sí mismo descansa en esa variedad y no tiene ningún sí mismo superior a éste. Si tiene lo que a menudo mencionas, la seriedad estética, y un poco de experiencia de la vida, verá que es imposible que todo crezca uniformemente. Entonces quiere elegir y lo determinante es para él un más o un menos, lo que es una diferencia relativa. Si fuera posible imaginar que un hombre viva sin entrar en contacto con la ética, ese hombre podría decir: tengo disposiciones para ser un Don Juan, un Fausto, un jefe de bandoleros, perfeccionaré ahora esa disposición, pues la seriedad estética exige que me convierta en algo preciso, que deje que esa cosa precisa, cuyo germen ha sido depositado en mí, se desarrolle en toda su integridad. Tal concepción de la vida y tal desarrollo de la personalidad serían una concepción estética enteramente justa. Ya ves, por consiguiente, lo que significa un desarrollo estético; es un desarrollo parecido

al de una planta, y, aunque el individuo se transforme, se transforma en lo que él es inmediatamente. El que considera la personalidad éticamente encuentra de inmediato una diferencia absoluta, la que existe entre el bien y el mal, y aun si encuentra en él más mal que bien, eso significa no que el mal deba manifestarse, sino que el mal debe ceder y que el bien debe manifestarse. El individuo al desarrollarse éticamente deviene, por consiguiente, lo que deviene; pues cuando deja que la estética también conserve su validez (y en ese caso la estética significa para él algo distinto de lo que es para el que no vive sino estéticamente), la estética pierde, no obstante, autoridad. Incluso lo serio estético es, como todo lo serio, útil para el hombre; pero nunca puede salvar a éste enteramente. Creo que en cierto modo, eso es lo que te ha pasado; pues si el ideal siempre te ha perjudicado porque, a fuerza de mirarlo, te has enceguecido, también te ha sido útil en la medida en que la idea del mal ha tenido sobre ti un efecto tan aterrador. Lo serio estético, naturalmente, no puede curarte, lo más que harás será renunciar al mal porque no lo puedes realizar de modo ideal; pero no renuncias al mal porque es el mal o porque te inspira horror. No has llegado sino al punto en que tienes la sensación de ser tan impotente para hacer el bien como el mal. Por otra parte, tal vez nunca obre con más seducción el mal como cuando se manifiesta bajo determinaciones estéticas; es necesario un alto grado de seriedad ética para rehusarse a concebir el mal dentro de categorías estéticas. Tal concepción se introduce subrepticia y solapadamente en todo hombre, y la cultura principalmente estética de nuestra época es, en gran parte, responsable de ello. Por eso se oye a menudo moralistas que

declaman contra el mal de tal modo que se ve que el declamador, a pesar de alabar el bien, goza de la satisfacción de haber podido ser el hombre más astuto y artificioso, pero de haberlo desdeñado, eligiendo ser hombre de bien. Eso demuestra una oculta debilidad que prueba que no ve claramente, en toda su importancia, la diferencia entre el bien y el mal. Queda tanto bien en cada hombre, que él comprende que el soberano bien es ser un buen hombre; pero a fin de distinguirse un poco del montón, reclama mucho reconocimiento porque, con tantas disposiciones para ser malo, él, a pesar de todo, se ha vuelto bueno. Es, así, verdaderamente, como si el hecho de tener muchas disposiciones para ser malo constituyera un mérito, y como si, al insistir tanto en ello, no se manifestara preferencia por esas disposiciones. Por eso se encuentra, a menudo, hombres que realmente, en el fondo de su corazón, son buenos, pero no tienen el coraje de reconocerlo para no caer bajo determinaciones demasiado triviales. También para ellos el bien es lo soberano, pero no tienen el coraje de reconocer el mal por lo que es. A menudo, también, se escucha la frase: "¡Qué pobre fin tiene esta historia", generalmente se puede estar seguro de que en esa forma se anuncia y saluda a la ética. Si un hombre, por una u otra razón, se ha hecho enigmático para los demás, cuando, por fin, se encuentra la explicación y se demuestra que, contrariamente a lo que la gente había esperado y pensaba con regocijo, no era un impostor solapado y pérfido, sino un hombre de buen corazón y digno, entonces se dice: "¿nada más" y "¿eso es todo?" Sí, realmente, es necesario mucho coraje ético para reconocer al bien como soberano, pues en esa forma se cae bajo determinaciones muy

generales. Esto cuesta a la gente, a quien le gusta tener sus vidas en las diferencias. Quien quiera puede ser un buen hombre, pero se necesita talento para ser malo. Por eso tantas personas quieren ser filósofos y no cristianos pues hay que tener talento para ser filósofo, y humildad para ser cristiano, y cuantos quieran pueden tener humildad. También tú puedes sacar provecho de lo que digo, pues en lo hondo de tu naturaleza no eres malo. No te enfades, no es mi intención insultarte, sabes que he tenido que hacer de tripas corazón y, como no tengo tus condiciones, es necesario que trate de honrar el hecho de ser un buen hombre.

En nuestros días se ha tratado de debilitar la concepción ética también de otros modos. Aunque parezca que es una situación bastante pobre en la vida ser un buen hombre, se tiene, sin embargo, cierto respeto por esa situación, pero se prefiere no hablar mucho de ello. De ningún modo pienso que el hombre debe ostentar su virtud y, en cada oportunidad, demostrar a la gente que es un buen hombre, pero tampoco debe ocultarlo ni temer reconocer su tendencia. Si lo hace, el griterío se levanta en seguida contra él: quiere hacerse el importante; quiere ser mejor que los demás; pronto se ponen de acuerdo sobre la niñería: seamos hombres, ante Dios no hay grandeza que valga. No necesito decírtelo, sino ponerte en guardia contra la demasiada actividad a la cual tus burlas, a menudo, te arrastran. En el drama moderno la regla es que el mal sea representado por los más grandes talentos, en cambio, para el bien, para la probidad, basta el dependiente de una casa de comercio [31]. Sí, mi joven amigo,

31. Kierkegaard piensa sin duda en un personaje de una obra

hace falta mucho coraje ético para, seriamente, no querer vivir la vida en las diferencias sino en lo general. A este respecto, nuestra época necesita una sacudida que, sin duda, ya no se hará esperar; pues ha de llegar el momento en que los más excelentes individuos, en sentido estético, aquellos cuya vida se encuentra justamente en las diferencias, se sentirán desesperados por encontrar lo general, y eso también será beneficioso para nosotros, la gente común, sí, a veces, nos sentimos preocupados porque no podemos a causa de nuestra inferioridad, vivir nuestra vida en las diferencias, y porque no somos bastante grandes para desdeñarlas.

Por eso todo hombre cuya vida es puramente estética siente por la desesperación un oculto horror, pues sabe muy bien que la desesperación hará surgir lo general y que su vida se encuentra en la diferencia. Cuanto más se distingue un individuo, más diferencias ha aniquilado o ha desesperado más de ellas, pero siempre retiene una diferencia que no quiere aniquilar, aquella en la cual se encuentra su vida. Es curioso ver cómo la gente, aun la de espíritu más simple, descubre con notable seguridad lo que podríamos llamar su diferencia estética, por insignificante que sea. Y la lucha absurda que se entabla para determinar cuál es la diferencia más importante, es una de las miserias de la vida. Los espíritus estéticos expresan también su repugnancia por la desesperación diciendo que ella es una ruptura. Esta expresión sería enteramente justa si el desarrollo de la vida consistiera en un despliegue necesario de lo inmediato.

de Th. Overskou, autor dramático danés, titulada *Calle del Este y calle del Oeste.*

De lo contrario, la desesperación no es una ruptura, sino una transfiguración. Solamente el que desespera por algo particular tendrá una ruptura, porque no desespera completamente. Los estetas temen también que la vida pierda la variedad creadora que posee cuando se la comprende de tal modo que cada individuo en particular viva bajo determinaciones estéticas. He ahí otro malentendido, que ha sido causado por varias teorías rigoristas. Nada sucumbe en la desesperación, toda la estética permanece en el hombre, sólo que ha sido avasallada, y gracias a ello ha podido ser conservada. Sí, ciertamente, no se vive en ella como antes, pero eso no significa de ningún modo que se haya perdido; si se la puede usar en otra forma, ello no quiere decir que haya desaparecido. El moralista persigue a fondo la desesperación ya comenzada por el esteta superior, pero arbitrariamente interrumpida por él; pues, por grande que sea la diferencia, ella no es sino relativa. Y cuando el esteta mismo confiesa que la diferencia que da importancia a su vida es efímera, pero agrega que, sin embargo, es mejor gozar de ella mientras se la posee, en el fondo manifiesta una cobardía que ama cierta especie de comodidad, que no tiene mucho vuelo y es indigna de un hombre. Es como si un hombre se regocijara de algo basado sobre un malentendido, el cual, sin embargo, deberá aclararse tarde o temprano, que no tuviera el coraje de comprenderlo o confesarlo y, sin embargo se regocijara de él tanto tiempo como fuera posible. No es éste tu caso; pues estás como aquel que habiendo comprendido el malentendido y abandonado lo que constituía su base, sigue todavía despidiéndose de él.

La concepción estética considera también la perso-

nalidad en relación con lo que la rodea y la expresión de esto, en su retorno a la personalidad, es el goce. Pero la expresión ética del goce, en su relación con la personalidad, es el estado de ánimo. Pues la personalidad está presente en el estado de ánimo, pero de modo vago. El que vive estéticamente trata lo más posible de perderse enteramente en el estado de ánimo, trata de ocultarse en él enteramente, de modo que no quede en sí mismo nada que no pueda ser replegado en el estado de ánimo, pues tal resto tiene siempre un efecto turbador: es la continuidad que quiere retenerlo. Entonces, cuanto más vagamente aparece la personalidad en el estado de ánimo, más está el individuo en el instante; y ésta es, una vez más, la expresión más adecuada de la existencia estética: ella está en el instante. De ahí proceden las enormes oscilaciones a que está expuesto el que vive estéticamente. El que vive éticamente conoce también el estado de ánimo, pero éste no es para él el bien soberano; habiéndose elegido a sí mismo en sentido infinito, ve al estado de ánimo por debajo de él. Lo demás, lo que no quiere absorberse en el estado de ánimo, es justamente la continuidad, que, para él, es el bien soberano. El que vive éticamente tiene, para recordar una expresión anterior, la memoria de su vida; el que vive estéticamente no la tiene. El que vive éticamente no aniquila el estado de ánimo, lo examina un momento, pero ese momento lo salva de vivir en el instante, ese momento le da el dominio sobre el deseo. Pues el arte de dominar el deseo consiste menos en aniquilarlo o en renunciar enteramente a él, que en determinar el momento. Elige un deseo cualquiera, su secreto, su potencia consiste en ser absoluto en el instante. A menudo se oye decir que

la única manera es abstenerse de él. Ése es un método muy injusto que, por otra parte, sólo tiene éxito durante cierto tiempo. Imagina a un hombre entregado al juego. El deseo despierta con toda su pasión, si él no puede satisfacerlo es como si su vida peligrara; si puede decirse a sí mismo: no quiero jugar ahora, pero quiero jugar dentro de una hora, entonces está curado. Esa hora es la continuidad que lo salva. El estado de ánimo del que vive estéticamente es siempre excéntrico porque tiene su centro en la periferia. La personalidad tiene su centro en sí misma, y el que no se posee a sí mismo es excéntrico. El estado de ánimo del que vive éticamente está centralizado. Él no está en el estado de ánimo, no es un estado de ánimo, sino que posee al estado de ánimo, lo tiene en sí. Trabaja en vista de la continuidad que siempre es dueña del estado de ánimo. Su vida no carece de estado de ánimo, sí, tiene un estado de ánimo total; pero éste ha sido adquirido, es lo que se podría llamar *aequale temperamentum* [32], pero éste no es un estado de ánimo estético, y ningún hombre lo posee por naturaleza, ni inmediatamente.

Pero, al fin, el que se ha elegido a sí mismo en sentido infinito, ¿puede decir acaso: ahora me poseo a mí mismo y no pido más y, frente a todas las vicisitudes del mundo expongo el altivo pensamiento: soy lo que soy? ¡De ningún modo! Si un hombre se expresara así, se comprendería fácilmente que anda por mal camino. Entonces el error fundamental sería también no haberse elegido a sí mismo en sentido más estricto; él se habría elegido a sí

32. *Aequale temperamentum*: Temperamento uniforme, serenidad de espíritu.

mismo, pero fuera de sí mismo; habría comprendido la elección de modo completamente abstracto y no se habría poseído a sí mismo en su concreción; no habría elegido de manera de devenir él mismo en la elección y de revestirse de sí mismo; se habría elegido de acuerdo con su necesidad, no de acuerdo con la libertad; habría hecho la elección ética de modo estético o superficial. Cuanto más importante en su verdad es lo que ha de surgir, tanto más peligrosos son los malos caminos, y también aquí aparece un camino terriblemente malo. En el momento en que el individuo se posee en su validez eterna, ésta lo abruma con toda su plenitud. Lo temporal desaparece para él. En el primer momento, esto lo llena de indescriptible felicidad y le da una confianza absoluta. Luego, si se pone a mirarlo fijamente, de manera parcial lo temporal hace valer sus derechos. Éstos son rechazados; lo que lo temporal puede ofrecer, lo que, de cuando en cuando aparece aquí, es para él muy insignificante comparado con lo que posee eternamente. Todo se detiene para él, como si hubiese llegado a la eternidad antes de tiempo. Cae en la contemplación, se mira a sí mismo fijamente, pero esa fijeza de la mirada no puede llenar el tiempo. Entonces descubre que el tiempo, lo temporal, es su pérdida; pide una forma perfecta de existencia y aquí, de nuevo, aparece la fatiga, la apatía, que semeja la lasitud que acompaña al goce. Esta apatía puede oprimir con tal fuerza a un hombre que le haga parecer que el suicidio es la única solución. Ninguna fuerza puede sacarlo de sí mismo, excepto el tiempo, que tampoco puede, en verdad, sacarlo de sí mismo; pero el tiempo lo detiene, lo retiene y retarda ese abrazo del espíritu con el cual se posee a sí mismo. No se ha

elegido a sí mismo, como Narciso[33] se ha enamorado de sí mismo. Semejante estado a menudo ha conducido con seguridad al suicidio.

El error consiste en que no ha elegido de modo justo, no porque no haya sabido apreciar sus faltas, sino porque se ha visto a sí mismo bajo la determinación de la necesidad; ha visto el "sí mismo", esta personalidad con toda esa multitud de determinaciones, lo ha visto como algo que se relaciona con el trajín del mundo, lo ha visto frente a la potencia eterna cuyo fuego lo ha penetrado sin consumirlo. Pero no se ha visto en su libertad, en ella no ha elegido. Si lo hace, entonces en el preciso instante en que se elige a sí mismo está en movimiento; por concreto que sea su "sí mismo", se ha elegido, sin embargo, a sí mismo según su posibilidad y, en el arrepentimiento, se ha rescatado a sí mismo para permanecer en su libertad, pero no puede permanecer en su libertad sino realizándola continuamente. Por consiguiente, el que se ha elegido a sí mismo es *eo ipso* activo.

Podría señalar, en pocas palabras, una concepción de la vida que te agrada mucho, sobre todo en tu condición de docente y también, a veces, en tu condición de hombre práctico. Tiende nada menos que ha demostrar que el hecho de estar afligido es, en el fondo, lo importante de la vida, y que el más desgraciado es el más feliz. Esta concepción no parece ser a primera vista, una concepción estética de la vida; pues el goce no puede ser su voz de mando. Sin embargo, tampoco es ética. Se encuentra en ese momento peligroso en el cual lo que es estético debe fundirse en lo que es ético, ese momento

33. *Narciso:* Ver Ovidio, *Metamorfosis,* III, 407 pp.

en el cual el alma tan fácilmente se deja arrastrar por el encanto de una observación casual sobre una teoría de la predestinación. Profesas varias doctrinas falsas; ésta es, posiblemente la peor, pero sabes también que es la más útil cuando tratas de acercarte furtivamente a la gente y atraerla hacia ti. Puedes ser un desalmado, puedes burlarte de todo, aun del dolor de un hombre. No ignoras que eso puede tentar a la juventud y, sin embargo, mediante ese procedimiento llegas casi a eliminar toda intimidad con ella, porque tal proceder atrae tanto como rechaza. Si se trata de una joven que quieres engañar de ese modo, no olvides que el alma femenina tiene demasiada profundidad para ser cautivada durante largo tiempo por tales cosas; incluso si por un instante has podido ocupar su espíritu, pronto ella se cansará de tales cosas y casi te tomará aversión, pues su alma no necesita tales estímulos. Entonces cambias tus métodos; por algunas manifestaciones enigmáticas, que sólo ella puede comprender, insinúas que una lejana melancolía explica todo. Sólo a ella te confías, pero con tanta prudencia que, en suma, ella nunca sabrá nada muy preciso; dejas que su fantasía presente a su espíritu la profunda melancolía que ocultas en lo más profundo de ti mismo. Eres inteligente, no se puede negar, probablemente termines haciéndote jesuíta, como decía una joven. Cuanto mayor es la astucia con que los llevas a penetrar profundamente en los secretos de la melancolía, más feliz te sientes, más seguro de atraerlos hacia ti. No pronuncias largos discursos, no proclamas tu dolor con fieles apretones de manos ni con "una mirada fija y romántica dirigida a los ojos románticos de un alma sincera", eres demasiado inteligente para hacerlo. Evitas los testigos y te dejas sorpren-

der sólo un instante. En cierta edad la melancolía es el más peligroso veneno para una joven, lo sabes, y ese conocimiento, como cualquier otro, puede ser bueno en sí, pero no alabo el uso que haces de él.

Así como has engañado a tu alma para que pueda percibir toda la existencia en categorías estéticas, es natural que el pesar no haya escapado a tu atención, pues el pesar, en el fondo, es tan interesante como el placer. La imperturbabilidad con que retienes lo que es interesante, donde aparezca, es ocasión constante para quienes te rodean de desconocerte, de creerte un desalmado o bien un hombre realmente benévolo, aun cuando, en el fondo, no seas ni lo uno ni lo otro. El hecho de buscar el pesar, tan a menudo como la compañía del placer, con tal de que haya una idea tanto en el pesar como en el placer —pues sólo gracias a esto despierta tu interés estético—, puede ser la causa de tal malentendido. Si pudieras ser bastante frívolo para causar la desgracia de alguien, podrías dar motivo a la decepción más extraña. No te retirarías entonces como otros que, pérfidamente, no buscan más que el placer, no buscarías el placer por otras vías, no, el pesar de ese mismo individuo sería para ti más interesante que el placer; permanecerías junto a él, te hundirías en su pesar. Tienes la experiencia, el sentimiento íntimo, la potencia de la palabra, el *pathos* de la tragedia, sabes ofrecer alivio al que sufre, el único alivio que desea quien, estéticamente, tiene pesar: las palabras. Te complace ver cómo el afligido descansa con los acordes de estados de ánimo que haces oír; pronto él ya no podrá estar sin ti, pues las palabras lo alejan de la sombría morada del pesar. Pero él no te es indispensable

y pronto comenzará tu fatiga. Pues para ti no es sólo el placer el que:

Er liig en flygtig Ven,
Som paa en Reise man möder *

sino también el pesar, puesto que siempre estás de viaje. Cuando has consolado al afligido y, en compensación de tus molestias, has extraído lo interesante que había en él entonces, saltas al coche y gritas: ¡En camino! Si se te pregunta ¿a dónde? contestas como el héroe de Don Juan: "al placer, a la alegría". Pues ya estás harto del pesar y tu alma busca el contraste.

No siempre te conduces tan despreciablemente como acabo de describirlo, y confieso de buen grado que, a menudo, das prueba de real interés por el que está afligido, que te empeñas en curarlo y disponerlo al placer. Te lanzas, entonces, según dices, como un corcel impetuoso y tratas de arrancarlo a las seducciones del pesar. No escatimas ni tu tiempo ni tus fuerzas y, a veces, tienes éxito. No obstante no puedo alabarte; pues en todo eso hay algo oculto. Estás celoso del pesar, no te gusta que otro tenga un pesar, o un pesar que no se deje vencer. Cuando curas a los afligidos gozas de la satisfacción de poder decirte a ti mismo: pero nadie sabrá curar mi propio pesar. Es algo que guardas siempre *in mente*. Ya busques el descanso del placer o el del pesar, jamás olvidará tu alma que hay un pesar que no se deja suprimir.

He llegado así al punto en que piensas que lo importante en la vida sería tener pesares. Lo que caracteri-

* Se parece a un amigo fugitivo
Que se encuentra en un viaje.
(Versos de E. Frankenau, médico danés.)

za toda la evolución moderna, es que en ella se encuentra una tendencia mayor a la voluntad de afligirse que a la de ser feliz. Se la considera como una concepción superior de la vida, y es cierto en la medida en que la voluntad de felicidad es natural y la voluntad de pesar es contranatural. Hay que agregar a esto que el hecho de ser feliz importa para cada uno la obligación de estar agradecido aún cuando en el turbado pensamiento no se sepa a quién estarlo. El hecho de tener un pesar dispensa de ello, y la vanidad queda satisfecha. Además, nuestra época ha hecho de tan diversos modos la experiencia de la vanidad de la vida, que no cree en la alegría y, para poder creer en algo, cree en el pesar. La alegría pasa, se dice, pero el pesar permanece y, por consiguiente, el que basa sobre el pesar su concepción de la vida, da a esta última un fundamento firme.

Si se prosigue y se pregunta cuál es el pesar de que hablas, tú eres bastante inteligente para eludir el pesar ético. No piensas en el arrepentimiento, sino en el pesar estético y, sobre todo, en el pesar reflejo. No es debido a una falta, sino a una desgracia, al destino, a una triste disposición, a la influencia ajena. Todo esto lo conoces muy bien a través de las novelas. Si lo lees en éstas, te ríes; si lo oyes decir a otros, te burlas; pero cuando tú mismo lo proclamas, entonces eso tiene sentido, encierra una verdad.

Aun cuando la concepción que considera el pesar como lo que da importancia a la vida, pueda parecer bastante triste, quiero demostrarte en un aspecto que tal vez te sorprenda, que es desesperada. Repito lo que dije: del mismo modo que se dice que la alegría pasa, se dice que el pesar pasa. No necesito llamar tu atención sobre

esto; puedes saberlo por Scribe, tu maestro, que tan a menudo se ha burlado de la sentimentalidad que cree en un pesar eterno. El que dice que el pesar constituye lo importante de la vida, tiene a la felicidad fuera de sí, del mismo modo que el que quiere ser feliz tiene al pesar fuera de él. La felicidad puede llegar y sorprenderlo del mismo modo como el pesar puede sorprender al otro. Su concepción de la vida está ligada a una condición que no está en su poder; pues, en definitiva, nadie tiene el poder de no ser feliz, como tampoco el de no estar afligido. Pero toda concepción de la vida que tiene una condición fuera de ella, es desesperación. Así es como la voluntad de sufrimiento es desesperación exactamente como lo es la voluntad de placer, pues siempre es desesperación tener la vida en lo que puede pasar. Sé, pues, tan inteligente e ingenioso como quieras, asusta al placer por tu aspecto llorón, o, si prefieres, engáñalo por tu aspecto con el fin de conservar el pesar —el placer puede, sin embargo, sorprenderte, pues el tiempo consume a los hijos del tiempo[34] y semejante pesar es hijo del tiempo; y la eternidad, de la cual se apropia mediante la mentira, es un engaño.

Cuanto más profunda es la causa del pesar, más se podría pensar que se deja conservar durante toda la vida, que nada hay que hacer, que está descontado que permanece. Si se tratara de un acontecimiento particular, sería ya muy difícil. Esto lo comprendes muy bien, y por eso, hablando de la importancia del pesar para toda la vida, tienes en vista, sobre todo, las individualidades

34. *El tiempo consume a los hijos del tiempo*: Como Cronos, la divinidad griega.

desgraciadas y los héroes trágicos. Toda la disposición espiritual de la individualidad desgraciada está en no poder llegar a ser ni feliz ni alegre; una fatalidad pesa sobre ella y también sobre el héroe trágico. En este caso es justo que lo importante de la vida sea el pesar, y aquí llegamos a un fatalismo puro y simple que siempre tiene en sí mismo algo seductor. A esto llegas tú también con la pretensión que tiende nada menos a sostener que tú eres el hombre más desgraciado. Y es innegable que este es el pensamiento más arrogante, más insolente que pueda nacer en la cabeza de un hombre.

Te contestaré como mereces. En primer lugar, la verdad es que no sientes ningún pesar. Esto lo sabes muy bien, pues tu expresión favorita es que el más desgraciado es el más feliz. Pero es falso, es una mentira más terrible que todas las otras, es una mentira que se vuelve contra la potencia eterna que dirige al mundo, es una rebelión contra Dios, tanto como el reír cuando hay que llorar, hay, sin embargo, una desesperación que se atreve a ello, un desafío que enfrenta a Dios. Pero es, además, una traición al género humano. Es verdad que distingues entre los pesares, sin embargo, piensas que hay uno cuya diferencia es tan grande que es imposible soportarlo. Pero, si tal pesar existe, no te pertenece a ti decidir cuál es; una diferencia es tan buena como otra, y has traicionado el derecho o la gracia más profunda y más sagrada del hombre. Es una traición en contra de lo grande, una baja envidia; pues claramente deriva de ello que los grandes de este mundo no se han visto frente a las pruebas más peligrosas, que han tenido todas las facilidades para alcanzar la gloria, que ellos también habrían sucumbido si les hubiese llegado la tentación sobrehumana de la que ha-

blas. ¿Tienes la intención de honrar lo que es grande disminuyéndolo? ¿de concederle patente de distinción, renegando de ello?

En fin, compréndeme bien. No soy de los que piensan que no debemos afligirnos, desdeño esa miserable sabiduria, y si no puedo elegir, más que entre esas dos cosas, elijo el pesar. No, sé que hay algo hermoso en la aflicción, y que hay fuerza en las lágrimas, pero también sé que no hay que afligirse como alguien que no tuviese ninguna esperanza. Hay entre nosotros un contraste que nunca se puede suprimir. Yo no puedo vivir bajo determinaciones estéticas, siento que lo más sagrado que hay en mi vida sucumbiría, necesito una expresión superior, y la encuentro en lo ético, sólo así encuentra el pesar su importancia verdadera y profunda. No te desagrade lo que digo, no te detengas en el hecho de que hable de niños al hablar del sufrimiento que sólo los héroes pueden soportar. Es señal de buena educación que un niño esté inclinado a pedir perdón, sin averiguar demasiado si tiene o no razón; del mismo modo, es señal de ser hombre generoso, de alma profunda el estar dispuesto a arrepentirse, a no sentirse alejado de Dios, sino a arrepentirse y amar a Dios en su arrepentimiento. Fuera de esto la vida es nada, nada más que espuma sobre el agua. Sí, te lo aseguro, si mi vida hubiese sido, a pesar mío, mezcla de dolores y sufrimientos tales que pudiera considerarme como el más grande héroe trágico, regocijarme con mi pesar, y espantar al mundo con sólo nombrarlo, mi elección está hecha: me despojo del traje del héroe y del *pathos* de la tragedia; no soy el atormentado que se siente orgulloso de sus sufrimientos, soy el humillado consciente de su falta, no tengo más que una sola expre-

sión para lo que sufro: la culpa; una sola expresión para mi dolor: el arrepentimiento; una sola esperanza ante mis ojos: el perdón. Y si me fuera difícil hacerlo, ¡oh, es lo único que pido!, me arrodillaría e invocaría la potencia eterna que gobierna al mundo implorando noche y día una sola gracia, la del arrepentimiento; pues no conozco más que un pesar capaz de reducirme a la desesperación, de hundirme en ella; que el arrepentimiento sea una decepción, una decepción no respecto al perdón que implora, sino respecto a la atribución que implica.

¿Y piensas que el pesar no merece esta conducta, que reniego de él? ¡De ningún modo! Lo hago entrar en mi naturaleza y, por consiguiente, jamás lo olvidaré. En verdad, es falta de fe en la validez del espíritu no atreverse a creer que puedo poseer algo en mí, sin estarlo mirando a cada instante. Lo que uno mejor desea conservar en la vida diaria se deposita en un lugar al que no se va diariamente, y lo mismo pasa en sentido espiritual. Llevo en mí un pesar y sé que él quiere formar parte de mi naturaleza, lo sé con mayor seguridad que aquel que, por temor de perderlo, lo exhibe cada día.

Mi vida nunca ha sido bastante agitada para sentir la tentación de querer perturbar toda la existencia de manera caótica; pero en la vida diaria he experimentado, a menudo, que es útil dar una expresión ética al pesar; no suprimir en el pesar lo que es estético, sino dominar éticamente lo que es estético en el pesar. No temo el pesar mientras es tranquilo y sumiso; si se vuelve violento, apasionado y sofístico, si en el abatimiento me encanta, entonces me sublevo. No admito ninguna rebeldía, no quiero que algo en el mundo me arrebate lo que he recibido de la mano de Dios como una gracia. Y si el pesar no

es debido a falta mía, me arrepiento de no haberlo referido a Dios, lo que hubiera impedido que me sedujera.

Perdóname si otra vez hablo de niños. Cuando un niño se pone a lloriquear y no quiere hacer nada, se le dice: quieres, sin duda, tener motivo para lloriquear, y ese método debe ser excelente. Lo mismo me pasa a mí; pues aun cuando se alcance con creces la edad de razón, siempre se es un poco niño. Por eso, cuando lloriqueo, me digo a mí mismo: sin duda deseas algo que te haga llorar; entonces opero la transformación. Y puedo asegurarte que para un hombre es muy saludable; pues las lágrimas que el afligido estético vierte sobre sí mismo son lágrimas hipócritas que no traen frutos; pero el sentirse culpable merece realmente ser llorado, y en las lágrimas del arrepentimiento hay una bendición eterna. Cuando el Salvador [35] se acercó a Jerusalén y lloró sobre la gran ciudad que no había conocido las cosas necesarias a la paz, es muy posible que también hubiera podido hacerla llorar, pero hubieran sido lágrimas estéticas, que no hubiesen servido para mucho y, sin embargo, el mundo no ha visto muchas tragedias comparables a ésa en la que el pueblo elegido fué reprobado. Si hubiesen sido lágrimas de arrepentimiento, habría sido fuerza en ellos; y habría sido el caso de arrepentirse por algo más que la propia falta, pues la generación viviente en ese entonces no era la única culpable; y la culpa de los antepasados pesaba sobre ella. Ahí es donde aparece todo el profundo significado del arrepentimiento, el cual me liga indisolublemente a mi raza aunque, en otro sentido, me aleje de ella, pues mi vida en el tiempo no comienza en la nada y, si no

35. *El Salvador*: San Lucas, 19, 45, etc.

me puedo arrepentir del pasado, la libertad es una ilusión.

Tal vez comprendas ahora por qué me ocupo de esta concepción de la vida; la personalidad es vista aquí, de nuevo, sin la determinación de la necesidad, y toda la libertad que queda es apenas suficiente para, obrando como pesadilla, mantener al individuo despierto, extraviarlo en el laberinto de los sufrimientos y de los golpes providenciales, donde siempre puede verse a sí mismo y, sin embargo, no puede volver en sí. La frivolidad con que se trata a veces estos problemas es increíble. Aun los espíritus filosóficos y sistemáticos lo tratan como fenómenos naturales y se limitan a describirlos sin darse cuenta que, si tales fenómenos existieran naturalmente, todo lo demás de su sabiduría no sería sino contrasentido e ilusión. Por eso la concepción cristiana es superior a la sabiduría de todos los filósofos. Esta concepción lo atribuye todo al pecado; la filosofía es demasiado estética para tener el coraje ético de hacer lo mismo. Y este coraje, sin embargo, es lo único que puede salvar la vida y el hombre, a menos que no se quiera, por puro capricho, renunciar al escepticismo y ponerse de acuerdo sobre la verdad con algunas personas animadas de los mismos sentimientos.

La primer forma que adquiere la elección es un completo aislamiento. Pues al elegirme a mí mismo me aíslo de mis relaciones con el mundo entero, hasta que en ese aislamiento termine en la identidad abstracta. Como el individuo se ha elegido según su libertad, es *eo ipso* actuante. Sin embargo, su acción no tiene ninguna relación con lo que lo rodea pues esto ha sido anulado por el individuo que no existe más que para sí mismo. Pero la concepción de la vida que aquí aparece es una concep-

ción ética. En Grecia[36] tuvo su expresión en el esfuerzo de un solo individuo por hacerse a sí mismo, y convertirse en un modelo de virtudes. Ese individuo se retiró de las actividades de la vida, como más tarde, en la cristiandad, los anacoretas, no para absorberse en meditaciones metafísicas, sino para obrar, no sobre el exterior, sino sobre sí mismo. Esta acción interior fué a la vez su tarea y su satisfacción; pues su intención no era la de perfeccionarse a sí mismo para, más tarde, poder servir mejor al Estado, no, él se bastó a sí mismo en ese perfeccionamiento, y dejó la política para nunca más volver a ella. En realidad, no se retiró de la vida; por el contrario, permaneció dentro de su complejidad, porque el contacto con ella, en sentido pedagógico, era necesario para él mismo. Pero la política, como tal, carecía de importancia para él; por una especie de sortilegio, la había hecho inofensiva, indiferente, sin importancia para él. Las virtudes que desarrolló no eran las virtudes burguesas, (esas virtudes que, sin embargo, fueron las verdaderas virtudes del paganismo, correspondientes a las virtudes religiosas del cristianismo), sino virtudes personales: el coraje, el valor, la abstinencia, la sobriedad, etc. Naturalmente, es raro ver realizada en nuestros días esa concepción de la vida, pues todos están demasiado bajo la influencia religiosa para entregarse a una determinación tan abstracta de la virtud. Lo imperfecto de esa concepción de la vida salta a la vista. El error estaba en que el individuo se había elegido a sí mismo de modo enteramente abstracto, y por eso, la perfección que ambi-

36. Kierkegaard piensa en los cínicos y, particularmente, en los estoicos.

cionaba y que alcanzó fué también abstracta. Por esa razón observé que el hecho de elegirse a sí mismo y el hecho de arrepentirse son dos cosas idénticas; pues el arrepentimiento pone al individuo en la más íntima relación con lo que lo rodea, y lo une punto por punto con él.

Frecuentemente se ha visto, y en el mundo cristiano se lo ve todavía, concepciones de la vida análogas a ésa, pero que en el cristianismo se embellecen y enriquecen por el aporte de lo místico y de lo religioso. Una individualidad griega que se perfecciona a sí misma hasta convertirse en un modelo completo de todas las virtudes personales, por más que alcance más alto grado de virtud posible, no será por ello más inmortal que el mundo cuya tentación venció por su virtud, su felicidad suprema es un bastarse a sí mismo solitario, efímero como todas las cosas. La vida de un místico es mucho más profunda. Él se ha elegido a sí mismo en sentido absoluto; pues, aunque sea raro escuchar a un místico expresarse así, dado que, más a menudo, emplea la expresión aparentemente contraria: "elegir a Dios", se trata, sin embargo, como he demostrado antes, de lo mismo, pues, si no se hubiese elegido a sí mismo en sentido absoluto, no se encontraría en relación libre con Dios, y es justamente en la libertad donde se encuentra el rasgo característico de la piedad cristiana. En el lenguaje del místico esa relación libre es a menudo expresada por el Tú absoluto. El místico se ha elegido a sí mismo, en sentido absoluto, por lo tanto, según su libertad, él es, por consiguiente, *eo ipso* actuante, pero su acción es interior. El místico se elige a sí mismo en su aislamiento completo, el mundo entero ha muerto y está aniquilado para él; el alma fatigada elige a Dios o a sí misma. No hay que equivocarse

sobre el sentido de "alma fatigada" y no abusar de esta expresión para rebajar al místico, como si fuera escabroso que el alma para elegir a Dios debiese estar fatigada del mundo. El místico emplea, esa expresión sin duda, para designar su arrepentimiento de no haber elegido antes a Dios, y su fatiga no debe ser considerada como idéntica a la repugnancia de la vida. Esto te demuestra hasta qué punto la vida del místico está en realidad poco basada éticamente, puesto que la expresión suprema del arrepentimiento es la de arrepentirse de no haber elegido antes a Dios, antes que se hiciese concreto en el mundo, de no haberlo hecho en el momento en que su alma no estaba determinada sino como abstracta, es decir, en el momento en que era niño.

Habiendo elegido, el místico es *eo ipso* actuante; pero su acción es interior. En tanto que actuante, su vida tiene entonces un movimiento, un desarrollo, una historia. Un desarrollo puede, sin embargo, ser metafísico o estético a tal punto que se puede dudar de llamarlo una historia, puesto que con esa palabra se designa un desenvolvimiento bajo la forma de la libertad. Un movimiento puede ser caprichoso a tal punto que no se atreve uno a llamarlo desarrollo. Por ejemplo, cuando un movimiento consiste en las idas y venidas de un elemento, sí, tal vez se llegue a descubrir una ley para ese movimiento, pero no se encuentra uno ante un desarrollo, la repetición en el tiempo carece de importancia y la continuidad falta. La vida de un místico es eso en su más alto grado. Es terrible leer las quejas de un místico sobre los momentos de lasitud. Pasados éstos, llega el momento favorable y su vida cambia de ese modo continuamente. Su vida tiene un movimiento pero no un desarrollo, carece de conti-

nuidad. Lo que da continuidad a la vida del místico es un sentimiento, un deseo, que ese deseo se vuelva hacia el pasado o hacia lo que debe venir. Pero el hecho de que sea un sentimiento lo que por consiguiente constituye el intervalo muestra, justamente, que hay falta de cohesión. El desarrollo de un místico está tan determinado metafísica y estéticamente que no se lo podría llamar historia, salvo en el sentido en que se habla de la historia de una planta. El mundo entero ha muerto para el místico; él está enamorado de Dios. El desarrollo de su vida es el florecimiento de ese amor. Del mismo modo que dos amantes llegan a parecerse el uno al otro hasta en su aspecto, en su fisonomía, en sus rasgos, así el místico se absorbe en la contemplación de la divinidad, cuya imagen se refleja cada vez más en su alma enamorada y así renueva el místico y evoca la imagen perdida de Dios en el hombre. Cuanto más contempla, tanto más claramente se refleja esa imagen en él, tanto más se parecerá él a esa imagen. Su acción interior no consiste pues en la adquisición de las virtudes personales, sino en el desarrollo de las virtudes contemplativas o religiosas. Pero incluso esto es una expresión demasiado ética para su vida, por ello la oración es su verdadera vida. No negaré que la oración pertenece también a la vida ética, pero cuanto más éticamente vive un hombre, más intención pone en el carácter de la oración, de modo que hasta en la acción de gracias hay un elemento de intención. Otra cosa sucede con la oración del místico. Para él la oración es erótica, cuanto más exaltada por un amor ardiente, tanto más importante es. La oración es la expresión de su amor, la lengua en la cual puede hablar a la divinidad de la cual está enamorado. Del mismo modo que en la vida

terrestre desean los amantes el momento en que pueden exhalar su mutuo amor, en que pueden confundir sus almas en un dulce murmullo, así desea el místico el instante en el cual, por la oración, puede, por así decirlo, insinuarse en Dios. Del mismo modo que los amantes encuentran la más alta felicidad en ese murmullo, aunque nada tengan que decirse, así, tanto más saludable es la oración para el místico, más feliz es su amor, menos sustancia tiene la oración, más desaparece el murmullo en su suspiro. No estará fuera de lugar señalar aquí lo que hay de falso en tal vida, tanto más cuanto que toda personalidad bastante profunda, se siente siempre apenada por ello. No te faltan, por ejemplo, elementos para místico. Por otra parte, en ese terreno se encuentran los más grandes contrastes, las almas más puras y más inocentes, junto a la gente más criminal; los más inteligentes junto a los simples de espíritu.

En primer término, y con toda sencillez, hablaré de lo que, en tal tipo de vida, me choca. Éste es un juicio personal. Más adelante trataré de demostrar que la existencia de las cosas peligrosas que indico es auténtica; mostraré sus causas y los terribles errores a que conducen, los cuales saltan a la vista.

A mi modo de ver, no se puede disculpar al místico por una cierta indiscreción en sus relaciones con Dios. ¿Quién puede negar que un hombre debe amar a Dios con toda su alma, con todo su espíritu; que no sólo debe hacerlo, sino que de ello depende su salvación? Pero de esto no se deduce, en forma alguna, que el místico debe desdeñar la existencia, la realidad, en la cual Dios lo ha colocado; pues, al desdeñarla desdeñaría el amor de Dios o pedirá de él una expresión distinta de la que Dios mis-

no quiso dar. Aquí la palabra grave de Samuel[37] es verdadera: la obediencia a la voz del Eterno es mejor que la grasa de los carneros. Pero esta indiscreción puede tomar formas más inquietantes. Por ejemplo, cuando un místico basa sus relaciones con Dios sobre el hecho de que él es quien es, cuando, por el hecho de una contingencia cualquiera, se cree objeto de la predilección de la divinidad. Por ello degrada a Dios y a sí mismo. A sí mismo, pues siempre es degradación ser esencialmente indiferente de los demás a consecuencia de algo fortuito; a Dios, porque hace de Él un ídolo, y, de sí mismo un favorito en la corte de Dios.

Además, lo que me desagrada en la vida del místico, es la blandura y la debilidad que no tienen disculpa. ¿Quién podría negar que es hermoso y verdadero que un hombre, en lo hondo de su corazón, desee estar seguro de amar a Dios de verdad y sinceramente, que sienta, a menudo, el deseo de estar seguro de ello, que puede rogar a Dios que deje que el Espíritu mismo[38] atestigüe a su espíritu que él lo hace? Lo cual no significa de ningún modo que a cada instante repetirá ese esfuerzo, que a cada instante dará prueba de su amor. Quiere tener bastante grandeza de alma para creer en el amor de Dios, y entonces también quiere tener la franqueza de creer en su propio amor y de ser feliz en el lugar que le ha sido asignado, justamente porque en eso él encuentra la más segura expresión de su amor, de su humildad.

Por último, la vida de un místico me desagrada porque la considero como un engaño para la gente con la

37. *Samuel*: 1er. libro de Samuel, 15, 22.
38. *Porque el Espíritu mismo*: Epístola de Pablo a los Romanos,

cual el místico está ligado o con la cual habría entrado en relación si no hubiese resuelto hacerse místico. El místico elige generalmente la vida solitaria, pero esto no resuelve el asunto; queda por saber si tiene el derecho de elegirla. Al elegirla no engaña a los demás, pues al hacerlo dice: no quiero tener ninguna relación con ustedes. Queda por saber si tiene el derecho de decirlo, de obrar así. Mi vida familiar tiene también su ἄδυ τον,[39] pero si yo fuera místico, debería tener otro, sólo para mí y sería un mal esposo. Mi opinión, que desarrollaré más adelante, es que todos deben casarse y, como no puedo pensar que uno se debe casar para ser un mal esposo, comprenderás fácilmente mi antipatía por todo lo místico.

El que parcialmente se abandona a una vida mística se hace al final ajeno a cuanto lo rodea al punto de que todo se le hace indiferente, aun la relación más tierna e íntima. No es en este sentido que hay que amar a Dios[40] más que al padre y a la madre, Dios no es tan egoísta. Tampoco es un poeta que desea atormentar a la gente con los choques más terribles y, ¿puede imaginarse choque más terrible que el que se produce entre el amor a Dios y el amor a la gente por la cual Él ha llenado de amor nuestros corazones? Supongo no habrás olvidado al joven Luis Blackfeldt[41], con el cual tuvimos relaciones estrechas hace años, sobre todo yo. Era ciertamente muy inteligente, para su desgracia se perdía en un misticismo menos cristiano que hindú. Si hubiera vivido en la Edad Media, hubiese encontrado refugio en un

39. ἄδυ τον: santuario inaccesible.
40. *Amar a Dios más que*, etc.: San Mateo, 10, 37.
41. *Luis Blackfeldt*: Personaje imaginario.

monasterio. Nuestra época no posee tales recursos. Si alguien se extravía, debe necesariamente sucumbir, si no puede recuperarse; no le podemos ofrecer ninguna salvación. Sabes que el suicidio fué el final de Blackfeldt. En cierto modo, yo era su confidente y, desde ese punto de vista, violó su teoría favorita, según la cual no se debe entrar en relación con nadie sino inmediatamente con Dios. Por otra parte, nunca eran muy grandes sus expansiones y nunca se franqueaba enteramente conmigo. Durante los últimos seis meses de su vida fuí testigo angustiado de sus movimientos excéntricos. Es posible que yo lo haya detenido varias veces, pero no puedo asegurarlo, ya no se franqueaba con nadie. Tenía un don excepcional para ocultar su estado de ánimo y para dar a una pasión la apariencia de otra pasión. Por fin, dió término a su propia vida, sin que nadie pudiera explicar por qué. Su médico pensó que se trataba de locura parcial; era una sabia opinión de médico. En cierto modo su espíritu no se debilitó hasta los últimos momentos. Tal vez no sepas que hay una carta que él envió a su hermano, el consejero, para informarle de su proyecto. Es de una sinceridad conmovedora, y es una expresión sumamente objetiva de la última agonía del aislamiento completo *.

El pobre Luis, probablemente, no estaba dominado

* "Muy honorable Señor Consejero:

Os escribo porque sois el que está más cerca de mí, aunque en cierto modo no estéis más cerca que otra gente. Cuando recibáis estas líneas ya no existiré. Si alguien os preguntara el motivo, contestad que había una vez una princesa que se llamaba Bella-de-Mañana o cualquier cosa parecida; pues así es como contestaría yo si tuviese la dicha de sobrevivirme. Si alguien os preguntara por la circunstancia, podéis contestar que fue la del gran incendio. Si alguien os preguntara por el momento, decid que fue en el mes de junio, mes tan extraño para mí. Si nadie os pregunta nada de todo esto, nada tendréis que contestar.

por la religión, pero sí lo estaba por el misticismo, pues lo que caracteriza al místico no es la religión, sino el aislamiento, en el cual el individuo, sin considerar ninguna relación con la realidad dominante, quiere entrar en relación inmediata con lo eterno. El hecho de que al decir la palabra mística se piense de inmediato y sobre todo en lo religioso, se explica porque lo religioso tiende a aislar al individuo, de lo que te puede convencer la más sencilla observación. Frecuentas poco la iglesia; tanto mejor para observarla. ¿No has notado que, aun cuando se reciba la impresión de comunidad, cada uno en particular se siente, sin embargo, aislado? Se es extraño uno al otro y sólo después de un largo rodeo se está de nuevo reunido. ¿De dónde proviene esto? ¿No es acaso de que cada uno en particular siente tan fuertemente su relación con Dios, con todo fervor, que al lado de ésta cualquier relación terrestre pierde toda importancia? Aquel momento no dejará de llegar para todo hombre sano, y ese alejamiento momentáneo está tan lejos de ser un engaño, que más bien aumenta la intimidad de las relaciones terrestres. Pero lo que puede ser sano como elemento, se convierte en una enfermedad inquietante si se desarrolla en forma demasiado exclusiva.

Como no tengo cultura teológica, no estoy en condiciones de exponer detalladamente acerca del misticismo religioso. Sólo lo he considerado desde mi punto de

No considero el suicidio como algo digno de elogio. No me he decidido por vanidad. Pero creo que es justo pretender que nadie puede soportar la vista de lo infinito. Una vez se me presentó, desde el punto de vista intelectual y su expresión es la ignorancia. Pues la ignorancia es la expresión negativa del saber infinito. Un suicidio es la expresión negativa de la libertad infinita. Es una forma de la libertad infinita, pero la forma negativa. Feliz del que encuentre la forma positiva.

Respetuosamente,

Vuestro...

vista ético y por eso he dado a la palabra misticismo, creo que con razón, una extensión mayor que la que, de ordinario, se le da. Sin duda alguna, hay en el misticismo religioso una gran belleza, y los muchos seres profundos y graves que a él se han entregado deben de haber experimentado muchas cosas en su vida, y están así en condiciones de ayudar a otros que desean arriesgarse por ese camino peligroso, dándoles consejos, directivas, indicaciones útiles. Pero, a pesar de todo, ese camino es sólo un camino peligroso, sino un mal camino. Siempre hay ahí una inconsecuencia. Si el místico no toma en cuenta la realidad, entonces, no se ve por qué no considera con la misma desconfianza el instante de la realidad en que fué tocado por lo divino.

El error del místico no está, por consiguiente, en elegirse a sí mismo porque, a mi modo de ver, obra bien, sino en no elegir correctamente; elige según su libertad y, sin embargo, no elige éticamente. Pero no es posible elegirse a sí mismo en libertad a menos de elegirse éticamente, y no puede elegirse a sí mismo sino arrepintiéndose, y sólo arrepintiéndose se es concreto, y sólo como individuo concreto se es un individuo libre. El error del místico no está, por lo tanto, en algo diferido, sino en el primer movimiento. Si se considera que éste es justo, entonces todo alejamiento de la vida, todo tormento ascético voluntario no son sino consecuencias ulteriores y justas. El error del místico está en que en la elección no se vuelve concreto ni para él ni para Dios. Se elige a sí mismo abstractamente, y por eso la transparencia le falta. Pues hay error en creer que lo abstracto es lo transparente; lo abstracto es lo que no es claro, lo borroso. Su amor por Dios tiene, por lo tanto, su ex-

presión suprema en un sentimiento, en un estado de ánimo; en el crepúsculo, en época de brumas, se fusiona con su Dios en movimientos imprecisos. Pero cuando uno se elige a sí mismo abstractamente, entonces no se elige éticamente. Solamente cuando, en la elección, uno se ha posesionado de sí mismo, cuando se ha revestido de sí mismo, cuando se ha penetrado de sí mismo de modo que todo movimiento sea acompañado de la conciencia de una responsabilidad hacia uno mismo, sólo entonces uno se ha arrepentido, sólo entonces en su aislamiento total uno está en continuidad absoluta con la realidad a la cual pertenece.

No puedo repetir demasiado que elegirse a sí mismo es un acto idéntico a arrepentirse, por sencilla que en sí misma sea esta determinación. Pues todo depende de ella. El místico también se arrepiente, pero se arrepiente para fuera de sí mismo, no para adentro, se arrepiente metafísicamente, no estéticamente. Arrepentirse estéticamente es algo horrible, porque es blandura; arrepentirse metafísicamente es una superfluidad intempestiva, pues el individuo no ha creado al mundo y no debe tomar a pecho que el mundo sea realmente vanidad. El mundo se elige a sí mismo abstractamente y, por eso, debe también arrepentirse abstractamente. La opinión del místico sobre la existencia, sobre la realidad finita, es lo que mejor muestra lo que él es. El místico profesa que ella es vanidad, pecado, decepción; pero semejante juicio es un juicio metafísico que no determina éticamente mi relación con ella. Cuando dice que lo finito es pecado, dice más o menos la misma cosa que cuando lo llama vanidad. Pero cuando quiere decir "pecado" en sentido ético, entonces determina su relación con el pecado, no ética sino

metafísicamente, pues la expresión ética no sería huir del pecado, sino penetrarlo, suprimirlo o sostenerlo. El arrepentimiento ético no tiene más que dos movimientos, o suprime su objeto o lo sostiene. Estos dos movimientos dejan también entrever una relación concreta entre el individuo que se arrepiente y el objeto de su arrepentimiento, mientras que el hecho de huir de este último expresa una relación abstracta.

El místico se elige a sí mismo abstractamente, por lo que se puede decir que continuamente elige el salir del mundo; pero la consecuencia es que no puede, por propia elección, entrar en el mundo. La verdadera elección concreta es aquella por la cual, en el instante mismo en que elijo salir del mundo, elijo volver a él. Pues cuando al arrepentirme me elijo a mí mismo, entonces me recojo en mí mismo en toda mi concreción finita, y de ese modo, habiendo elegido yo mismo salir de lo finito, estoy en continuidad absoluta con él.

Puesto que el místico se ha elegido a sí mismo abstractamente, le es difícil ponerse en movimiento, o, más aún, esto le es imposible. Lo que a ti te pasa con tu primer amor temporal, le pasa al místico con su primer amor religioso. Ha probado por entero la suprema felicidad de ese amor, y no le queda más que esperar para saber si volverá con el mismo esplendor; tal vez dude de ello, pensando, como a menudo lo dije, que todo desarrollo es un retroceso, una declinación. La realidad es para el místico una dilación, sí, una dilación tan inquietante, que corre casi el riesgo de que la vida lo prive de lo que ha poseído una vez. Si se preguntara a un místico en qué consiste la importancia de la vida, tal vez respondería: la importancia de la vida consiste en que se

puede llegar al conocimiento de Dios y a enamorarse de Él. Pero ésta no es una respuesta a la cuestión, pues aquí, la importancia de la vida es comprendida como elemento, no como sucesión. Si, por consiguiente, yo le preguntara qué importancia tiene para la vida haber tenido esa importancia, o, dicho de otro modo, qué importancia tiene lo temporal, entonces no podría contestar gran cosa, o, por lo menos, nada muy grato. Si dice que lo temporal es un enemigo que hay que vencer, habría que, apurándolo, preguntarle si no sería importante que su enemigo fuese vencido. En realidad, el místico no lo piensa, sin embargo, él preferiría terminar con lo temporal. De la misma manera que desconoció la realidad y logró que ella fuese metafísicamente comprendida como vanidad, desconoce ahora lo que es histórico y logra que ello sea considerado como castigo inútil. Todo lo que puede reconocer en lo temporal es que es un período de prueba durante el cual se está a prueba una y otra vez, sin que de ello nada resulte y sin que se vaya más allá del lugar donde se estaba en un comienzo. Es, de cualquier modo, un desconocimiento de lo temporal; es verdad que siempre queda en el místico algo de un *ecclesia pressa*[42], pero es, además, la posibilidad de la transfiguración del espíritu finito. Lo que hay de hermoso en lo temporal es que en él, justamente, el espíritu infinito y el espíritu finito se separan, y la grandeza del espíritu finito consiste en que lo temporal le es asignado. Por consiguiente, lo temporal no existe a causa de Dios, si así puedo expresarme, a fin de que por su intermedio Él pueda, como diría un místico, probar y tentar al amante, sino que

42. *Ecclesia pressa*: Iglesia suprimida. (Perseguida).

existe a causa del hombre y es el más grande de todos los dones del cielo. En lo temporal se encuentra la dignidad eterna del hombre que consiste en poder hacer la historia, en lo temporal se encuentra el elemento divino del hombre que consiste en poder dar por sí sólo, si quiere, continuidad a esa historia; pero sólo se obtiene esa continuidad si la misma no es la suma de lo que me ha sucedido, de lo que se ha producido para mí, sino mi propia obra, de modo que lo que me ha sucedido ha sido transformado por mí, y ha pasado de la necesidad a la libertad. Lo envidiable en la vida de un hombre es que se puede ayudar a la divinidad, que se la puede comprender, que en libertad se asimila todo lo que nos llega, tanto las cosas felices como las cosas tristes. ¿No piensas lo mismo? Para mí, es así, sí, y me parece que bastaría decírselo en alta voz a un hombre para que se pusiera orgulloso de sí mismo.

IV. LA VIDA ÉTICA

Los dos puntos de vista indicados aquí pueden ser considerados como una tentativa para realizar una concepción ética de la vida. La razón por la cual no tiene éxito es que el individuo se ha elegido a sí mismo en su aislamiento, o que se ha elegido a sí mismo abstractamente. Lo mismo puede expresarse diciendo que él no se ha elegido a sí mismo éticamente. Por lo tanto, no está unido a la realidad y, en ese caso, ninguna concepción ética de la vida puede ser realizada. Por el contrario, el que se elige a sí mismo éticamente, se elige concretamente como tal individuo preciso, y obtiene esta concreción porque la elección es idéntica al arrepentimiento, que sanciona la elección. El individuo tendrá entonces conciencia de ser ese individuo preciso, con esas capacidades, esas disposiciones, esas aspiraciones, esas pasiones, influído por un ambiente preciso, resultado preciso de un ambiente preciso. Pero, al tomar así conciencia de sí mismo, acepta todas esas cosas bajo su responsabilidad. No titubea para saber si tiene que aceptar o no una responsabilidad; pues sabe que hay algo superior que se perderá si no lo hace. Por lo tanto, en el momento de la elección está en el más completo aislamiento, pues se retrae de su ambiente; y, sin embargo, no rompe su

continuidad en ese mismo momento, pues se elige a sí mismo como resultante; y esa elección es la elección de la libertad de tal modo que se podría decir que, al elegirse como resultante, él se crea a sí mismo. En el instante de la elección está, por consiguiente, en el final, pues su personalidad se hace solidaria; y, sin embargo, en el mismo instante está justamente en el comienzo, pues se elige a sí mismo según su libertad. Como resultante está contenido en las formas de la realidad, en la elección se hace elástico, transforma todo su exterior en cosas interiores. Tiene su lugar en el mundo, en la libertad elige él mismo su lugar, es decir, elige ese lugar. Él es un individuo preciso, en la elección hace de sí mismo un individuo preciso, es decir, el mismo individuo; pues se elige a sí mismo.

El individuo se elige a sí mismo como una concreción determinada de muchos modos, y, se elige, por lo tanto, según su continuidad. Esa concreción es la realidad del individuo; pero como la elige según la libertad, se puede también decir que es su posibilidad, o, para no emplear una expresión tan estética, que es su tarea. Pues el que vive estéticamente sólo ve por todas partes posibilidades, las que constituyen para él la sustancia del porvenir; mientras que el que vive éticamente ve tareas por todas partes. El individuo ve esa concreción real como tarea, como objetivo, como final. Pero decir que el individuo ve su posibilidad como tarea suya, es expresar justamente la soberanía del individuo sobre sí mismo, soberanía que él nunca abandonará, aunque, por otra parte, no se complazca en la soberanía propia de un rey sin reino. Esto da al individuo ético una seguridad que falta por completo al que no vive sino estéticamente. El que vive estética-

mente lo espera todo de afuera. De ahí la angustia enfermiza con la que mucha gente habla de lo terrible que hay en el hecho de no haber encontrado su lugar en el mundo. ¿Quién podría negar la satisfacción que da el pensamiento de haber logrado éxito al respecto? Pero tal angustia siempre demuestra que el individuo lo espera todo de ese lugar, nada de sí mismo. El que vive éticamente, sabrá igualmente elegir su lugar; sin embargo, si comprende que ha cometido un error o que habrá dificultades que no podrá vencer, entonces no se descorazona, pues no abandona la soberanía sobre sí mismo. Ve de inmediato lo que le corresponde hacer y procede en consecuencia. Así sucede, a menudo la gente que al final se enamora, teme no poder alcanzar la joven que es exactamente el ideal que le conviene. ¿Quién podría negar lo grato que es dar con tal joven? Pero, por otra parte, es también una superstición creer que lo que encuentra fuera de un hombre es lo que lo hace feliz. El que vive éticamente también desea ser feliz en la elección; pero, si se da cuenta que, a pesar de todo, la elección no es enteramente conforme a sus deseos, no se descorazona, ve en seguida lo que debe hacer y comprende que el arte no está en desear sino en querer. Mucha gente que tiene, sin embargo, una idea de lo que es una vida humana, desea vivir en una época de grandes acontecimientos, desea verse implicado en hechos importantes. ¿Quién negaría que esas cosas tienen valor? Pero, por otra parte, es también una superstición pensar que tales acontecimientos y hechos de la vida puedan tener acción formativa sobre un hombre. El que vive éticamente sabe que lo que vale es lo que se ve en cualquier circunstancia, y la energía con la cual se lo mira, y que el que se forma en las circunstancias más in-

significantes puede asistir a muchas más cosas que el que ha sido testigo de los acontecimientos más extraños, sí, más aún que el que estuvo implicado en ellos. Sabe que en todas partes hay un estrado de la danza [43], que el hombre más modesto tiene el suyo, que su danza puede ser tan hermosa, tan graciosa, tan expresiva, tan animada, como la de aquellos a quienes se ha reservado un sitio en la historia. Es esa habilidad de esgrimista, esa agilidad, es en realidad, la vida inmortal de la ética. La vieja expresión ser o no ser es válida para el que vive estéticamente; cuanto más le está permitido vivir estéticamente más pide la vida condiciones, y si la menor de ellas no se realiza, él está muerto. El que vive éticamente siempre encuentra una salida cuando todo le es contrario; cuando la oscuridad de la tormenta cae sobre él al punto de que su vecino ya no lo ve, él, sin embargo, no ha sucumbido; siempre queda un punto que él retiene: él mismo. Sólo hay una cosa sobre la cual no quiero dejar de insistir: el moralista deja de vivir éticamente tan pronto como su gimnástica se convierte en experimentación. Esa experimentación gimnástica es lo mismo que la sofística aplicada al terreno del conocimiento.

Recordaré la definición de la ética, antes expresada: la ética es lo que hace que el hombre devenga lo que deviene; por lo tanto no hace del hombre algo distinto de sí mismo; no aniquila lo estético, sino lo transfigura. Para que un hombre pueda vivir éticamente es necesario que tome conciencia de sí mismo tan profundamente que

43. Kierkegaard piensa en el proverbio latino de una fábula de Esopo que dice "hic Rhodus, his salta" interpretando, como a veces se hace, la palabra "salta" (salto) por danza.

ninguna contingencia se le escape. La ética no borra esa concreción, sino que ve en ella su tarea, ve la materia con la cual debe formar y lo que debe formar. Generalmente se considera la ética como algo totalmente abstracto, y, en consecuencia, se la aborrece secretamente. Se considera entonces lo ético como algo ajeno a la personalidad, no se sabe a ciencia cierta a dónde puede conducir a la larga esa actitud. Es así como mucha gente teme la muerte, porque imagina, oscura y confusamente, que en la muerte el alma pasa a un nuevo estado de cosas, donde reinan leyes y costumbres completamente diferentes de las conocidas en el mundo. La razón de ese temor de la muerte es, pues, la repugnancia del individuo a hacerse transparente a sí mismo; si él consiente, tal temor es absurdo. Lo mismo pasa en lo que concierne a la ética; cuando un hombre teme la transparencia siempre huye de lo ético que, en realidad, no quiere otra cosa.

En contraposición con una concepción de la vida que tiene por objeto el goce, se oye hablar, a menudo, de una concepción de la vida que preconiza, como finalidad de la vida el cumplimiento de los deberes. Con esto se quiere designar esa concepción ética de la vida. Pero la expresión es muy imperfecta, y casi se diría que ha sido inventada para perjudicar a la ética. Lo cierto es que, en nuestros días, se la ve empleada a menudo de tal modo que es difícil no sonreír, cuando por ej., Scribe hace decir esa frase con una seriedad grotesca, que contrasta con el placer y la alegría del goce. El error consiste en que el individuo está puesto en relación externa con el deber. Lo ético es determinado como deber y el deber, por su parte como una multiplicidad de proposiciones particulares; pero el individuo y el deber se encuentran el uno fuera del

otro. La vida llena de deberes es naturalmente fea y aburrida, y si la ética no tuviera una unión más profunda con la personalidad, sería muy difícil sostenerla en contra de la estética. Reconozco que hay mucha gente que acepta tal vida; pero la causa está no en el deber sino en los hombres.

Es bastante curioso que al hablar del deber se piense en algo externo, aunque la palabra misma indique que se trata de algo interno; pues lo que me incumbe no como a un individuo accidental, sino de acuerdo con mi verdadera naturaleza, está relacionado conmigo en la forma más íntima posible. El deber no es una consigna, sino algo que nos incumbe. Si un individuo considera de ese modo el deber, prueba que se ha orientado en sí mismo. Entonces el deber no se desmembrará para él en una cantidad de disposiciones particulares, lo cual indica siempre que el individuo no se encuentra sino en relación externa con el deber. Él se ha revestido con el deber, que es para él la expresión de su naturaleza más íntima. De ese modo, orientado en sí mismo, ha profundizado lo ético y no quedará sin aliento cuando se empeñe en cumplir sus deberes. El individuo verdaderamente ético experimenta por lo tanto tranquilidad y seguridad porque no tiene al deber fuera de sí mismo, sino en él. Cuanto más profundamente ha fundado un hombre su vida sobre la ética, tanto más sentirá la necesidad de hablar constantemente de su deber, tanto menos se inquietará por saber si lo cumple y por consultar continuamente a los demás para conocerlo por fin. Si el hombre comprende correctamente a la ética, está infinitamente seguro de sí mismo; en caso contrario, se vuelve indeciso, y no puedo imaginar existencia más desgraciada o más penosa que la del hombre para quien el

deber se ha hecho exterior y que, sin embargo, siempre desea realizarlo.

Si se considera a lo ético fuera de la personalidad y en relación exterior con ella, entonces todo se abandona, y se desespera. La estética como tal es desesperación. Lo ético es lo abstracto y, como tal, es impotente para producir cualquier cosa. Por consiguiente, es a la vez trágico y cómico ver personas que con empeño probo se afanan en realizar lo ético, que siempre huye como una sombra en cuanto ellas creen alcanzarlo.

La ética es lo general, por lo tanto, lo abstracto. La ética en su abstracción completa señala siempre interdicciones, hace por consiguiente, el papel de ley. En cuanto ordena encierra ya en ella algo estético. Los judíos fueron el pueblo de la ley. Comprendieron muy bien la mayor parte de los mandamientos de la ley de Moisés; pero parece que no comprendieron el mandamiento al cual se adhiere especialmente la cristiandad: debes amar a Dios de todo corazón. Este mandamiento no es ni negativo ni abstracto, es positivo en el más alto grado y, en el más alto grado, concreto. Cuando la ética se hace más concreta se introduce en la determinación de las costumbres. Pero la realidad de lo que, a este respecto, es ético se encuentra en la realidad de una individualidad popular, y la ética se ha asimilado en esa forma, un elemento estético. Pero la ética es todavía abstracta y no se deja enteramente realizar, porque se encuentra fuera del individuo. Sólo cuando el individuo mismo es lo general, la ética se deja realizar. Éste es el secreto que se encuentra en la conciencia; éste es el secreto que la vida individual encierra en sí misma, individual y, además, general; sino lo es inmediatamente como tal, por lo menos, como posibilidad. El que

considera la vida éticamente ve lo general y el que vive éticamente expresa lo general en su vida; hace de sí el hombre general, no despojándose de su concreción, pues entonces ya no sería nada, sino revistiéndose de ella e impregnándola de lo general. Pues el hombre general no es un fantasma, sino que todo hombre es el hombre general, lo cual significa que el camino por el cual se hace hombre general está abierto a todo hombre. El que vive estéticamente es el hombre accidental; piensa que es el hombre perfecto porque piensa que es el único hombre. El que vive éticamente, en cambio, obra para ser el hombre general. De modo que cuando un hombre está enamorado estéticamente, lo fortuito desempeña un gran papel y es para él de importancia que nadie haya amado nunca del mismo modo o con los mismos matices que él. Al casarse, el que vive éticamente realiza lo general. He ahí por qué no odiará lo concreto, pues posee una expresión más y una expresión más profunda que toda expresión estética, pues ve en el amor una revelación de lo que es común al género humano. El que vive éticamente se tiene a sí mismo como tarea. Su yo, en cuanto es inmediato, está determinado fortuitamente y la tarea consiste en coordinar lo fortuito con lo general.

El individuo ético no encuentra el deber fuera de él, sino en él; esto aparece en el instante de la desesperación y se abre camino a través de la estética, en ella y con ella. Se puede decir del individuo ético que es como el mar inmóvil que tiene gran profundidad, mientras que el que vive estéticamente sólo está agitado en la superficie. Por consiguiente, cuando el individuo ético ha realizado su tarea, cuando ha combatido el buen combate [44] ha llegado al

44. Segunda Epístola a Timoteo, 4, 7.

punto en que se ha convertido en el único hombre, lo cual significa que no hay hombre como él, y, además, que se ha convertido en el hombre general. No es una hazaña haberse transformado en el único hombre, pues todo hombre tiene eso en común con toda creación de la naturaleza; pero el verdadero arte de la vida consiste en ser el único hombre y, al mismo tiempo, el hombre general.

Así pues, la personalidad posee lo ético no fuera de sí misma, sino en ella misma, y lo ético surge de esa profundidad. Como ya he dicho, importa, por lo tanto, que lo ético no aniquile lo concreto en un asalto abstracto y vacío, sino que se lo asimile. Como lo ético se encuentra así en lo más profundo del alma, no siempre es evidente que un hombre que vive éticamente puede obrar exactamente de la misma manera que el que vive estéticamente, y hasta tal punto que, durante mucho tiempo, esto pueda engañar; pero al fin llegará un momento en que se hará evidente que el que vive éticamente tiene un límite que el otro no conoce. El individuo descansa con toda certidumbre en esta convicción de la disposición ética de su vida y, por eso, no se atormenta ni atormenta a los otros por el temor sutil de esto o aquello. Me parece muy natural que el que vive éticamente deje en suspenso lo que es indiferente; el hecho de querer forzar la ética a ocuparse de insignificancias es un juego de veneración por ella. Por otra parte, sólo lo hacen, y siempre sin éxito, los que no tienen el coraje de creer en la ética, en el más profundo sentido, carecen de seguridad íntima. Hay gente que nunca da término a una totalidad porque, para ellas, justamente esa totalidad representa una multiplicidad; en eso se reconoce su pusilanimidad. Pero esa gente se encuentra fuera de la ética sólo a causa de la debilidad de su voluntad

que, como cualquier otra debilidad del espíritu, puede ser considerada como una especie de locura. La vida de esa gente está destinada a colar el mosquito [45]. No tiene ninguna idea ni de lo serio, bello y puro de la ética, ni del placer despreocupado de lo que es indiferente. Naturalmente para el individuo ético lo indiferente está destronado y, en cualquier momento, puede ponerle término. Así es como también se cree en la existencia de una providencia y el alma descansa con confianza en esta convicción y, sin embargo, nunca se pensaría en penetrar cada contingencia de esta idea ni, en cada instante, mantener despierta la conciencia de esa fe. El hecho de querer lo ético sin ser molestado por la indiferencia, el hecho de creer en una providencia sin ser perturbado por las contingencias, demuestra una salud que puede ser adquirida y conservada si el hombre mismo lo quiere. A este respecto también importa comprender la tarea y, a menos que un hombre tenga inclinación a dispersarse, comprender que ella consiste en la resistencia, en el mantenimiento del infinito y en no dejarse engañar.

El que se elige a sí mismo éticamente se posee a sí mismo como tarea, no como posibilidad, no como juguete para su capricho. No puede elegirse éticamente sino eligiéndose en la continuidad y de ese modo se posee a sí mismo como tarea diversamente determinada. No trata de borrar o de dispersar esta diversidad, por el contrario, al adherir a ella se arrepiente, porque esa diversidad es él mismo y sólo al arrepentirse absorbiéndose en ella, puede reconocerse a sí mismo pues no supone que el mundo comienza con él, ni que él se crea a sí mismo. La lengua

45. *Colar el mosquito*: San Mateo, 23, 24.

misma[46] demuestra su desdén por esta última idea, y siempre se dice con desdén de un hombre: es un amanerado. Pero al elegirse mediante el arrepentimiento, es actuante, no hacia el aislamiento sino hacia la continuidad.

Pongamos ahora, uno al lado del otro, un individuo ético y un individuo estético. La diferencia principal, de la cual todo depende, es que el ético es transparente a sí mismo y no vive "ins Blaue hinein", como lo hace el individuo estético. Esa diferencia lo explica todo. El que vive éticamente se ha visto a sí mismo, penetra toda su creación con su conciencia, no permite que en él vayan y vengan ideas imprecisas, no permite que posibilidades seductoras lo distraigan con sus charlatanerías, no tiene la impresión de ser como una carta mágica de la que puede salir ya una cosa ya otra, según la manera de manipularla. Él se conoce a sí mismo. La expresión γνῶθι σεαυτὸν[47] ha sido repetida muy a menudo y se ha querido ver en ella la finalidad del esfuerzo humano. Es eternamente justa, pero también es cierto que no puede ser la finalidad, a menos que sea, al mismo tiempo, el comienzo. El individuo ético se conoce a sí mismo, pero ese conocimiento no es una simple contemplación, pues entonces el individuo sería determinado según su necesidad; es una reflexión sobre sí mismo que es, al mismo tiempo, una acción, y por eso me he constreñido a la expresión "elegirse a sí mismo" en vez de "co-

46. Kierkegaard hace aquí un juego de palabras intraducible, pues crearse y ser amanerado, se dicen en danés con la misma palabra "skabe sig".

47. γνῶθι σεαυτόν: Conócete a ti mismo. Inscripción grabada en el frontispicio del templo de Delfos.

nocerse a sí mismo". Por consiguiente, el individuo, al conocerse a si mismo, no ha terminado; al contrario, ese conocimiento es muy fecundo y de él surge el verdadero individuo. Si quisiera ser ingenioso podría decir que el individuo se conoce a sí mismo como Adán conoció a Eva según el Antiguo Testamento [48]. Por sus relaciones consigo mismo el individuo se fecunda a si mismo y se da nacimiento a sí mismo. El "yo" que el individuo conoce, es, a su vez, el verdadero "yo" y el "yo" ideal, que el individuo posee fuera de sí mismo como la imagen sobre la cual debe formarse, y que, sin embargo, posee también en sí mismo, puesto que es él mismo. El objetivo hacia el cual el individuo debe tender sus fuerzas no está más que en él, y, sin embargo, al tender hacia allí sus fuerzas, ese objetivo está fuera de él. Pero si el individuo piensa que el hombre general está fuera de él, que el hombre general debe ir hacia él desde fuera, entonces está desorientado, alimenta una idea abstracta, y su método terminará siempre en un anquilamiento abstracto del "yo" original. Sólo en sí mismo puede el individuo obtener información acerca de sí mismo. Por eso la vida ética tiene esta dualidad: el individuo se posee a sí mismo fuera de sí mismo y en sí mismo. El "yo" típico es, sin embargo, el "yo" imperfecto, pues no es más que una profecía y no el verdadero "yo". Sin embargo, lo acompaña siempre; pero, cuanto más lo realiza, más desaparece dentro de sí, hasta que, finalmente, en vez de estar delante de él, se encuentra detrás de él, como una posibilidad pasada. Esta imagen es como la sombra del hombre. Por la mañana el hombre proyecta su som-

48. *El Antiguo Testamento*: El Génesis, 4, 1.

bra ante él, a mediodía su sombra, casi imperceptible, anda al lado de él, y, al anochecer, está detrás de él. Cuando el individuo se ha conocido a sí mismo y se ha elegido a sí mismo, está realizándose a sí mismo, pero, como debe realizarse libremente, debe saber qué quiere realizar. Lo que el individuo quiere realizar está realmente en él, pero es su yo ideal que él no encontrará en ningún lugar fuera de sí mismo. Si no se piensa que el individuo posee el yo ideal en sí mismo, entonces todos los pensamientos y todos los esfuerzos se vuelven abstractos. El que quiere imitar otro hombre y el que quiere imitar al hombre normal son igualmente ficticios, cada uno a su modo.

El individuo estético se considera a sí mismo en su concreción y distingue entonces *inter et inter*[49]. Ve lo que le pertenece y lo que es esencial. Pero esta distinción es sumamente relativa; pues mientras un hombre no vive sino estéticamente, todo le pertenece en realidad, de modo igualmente fortuito. Sólo por falta de energía un individuo estéticamente mantiene esa distinción. Esto lo ha aprendido el individuo ético en la desesperación y tiene, por consiguiente, otra distinción, pues él también distingue entre lo esencial y lo fortuito. Todo lo que ha sido planteado por su libertad le pertenece esencialmente, por fortuito que pueda parecer. Pero esta distinción no es, para el individuo ético, resultado de su voluntad arbitraria; pues podría parecer que tiene poder absoluto para hacer de sí mismo lo que quiere. Es verdad que un individuo ético se atreve a decir que él se formula a sí mismo, además es plenamente consciente del hecho

49. *Inter et inter*: Entre una y otra cosa.

de que es responsable; responsable respecto de sí mismo, en sentido personal, en la medida en que su elección puede tener influencia decisiva para él mismo; responsable respecto del orden de cosas en el cual vive; responsable respecto de Dios. Creo que la distinción es justa si se la mira de ese modo; pues, en realidad, lo que acepto como tarea sólo a mí me incumbe. Si rehuso aceptarla, el hecho de haber rehusado me incumbe esencialmente. Un hombre que se considera a sí mismo estéticamente, tal vez distinga así. Dice: tengo talento para la pintura; eso lo considero como algo fortuito; pero tengo ingenio y sagacidad; eso lo considero como lo esencial, y no me puede ser sacado sin que deje de ser otro. A ello respondería: toda esa distinción es una ilusión, pues si no aceptas éticamente como una tarea este ingenio y esta sagacidad, como algo de lo cual eres responsable, entonces ninguno de los dos te pertenece esencialmente, porque mientras vivas sólo estéticamente tu vida será totalmente adventicia. El que vive éticamente suprime, hasta cierto grado, la distinción entre lo que es fortuito y lo que es esencial, pues se considera a sí mismo, y por entero, como igualmente esencial; pero la distinción reaparece, después de haberla suprimido, él hace una distinción en la que asume una responsabilidad esencial porque excluye, en calidad de fortuito, la responsabilidad de haberlo excluído.

En la medida en que el individuo estético, con la "seriedad estética", da una tarea a su vida, esa tarea consiste, en realidad, en absorberse en su propia calidad de fortuito, en convertirse en un hombre de carácter paradójico y desordenado que no tiene igual, en una palabra, en convertirse en la caricatura de un hombre. Si

es bastante raro encontrar tales figuras en la vida, ello se debe a que pocas personas tienen una idea de la vida. En cambio, como muchos tienen marcada tendencia a la charla, se les oye a menudo en la calle, en la vida social y se los encuentra en los libros. Esta charla, no cabe duda, lleva la de un deseo furioso de originalidad que, aplicado a la vida, enriquecería al mundo de una cantidad de producciones artísticas unas más ridiculas que las otras. La tarea que se señala el individuo ético es transformarse a sí mismo en individuo general. Sólo el individuo ético se orienta seriamente hacia sí mismo y es, por consiguiente, probo consigo mismo, sólo él posee los paradigmas de la dignidad y del orden, que es lo más hermoso que pueda existir. Pero transformarse en hombre general sólo es posible si, χατά δύναμιν [50] está ya en mí. Pues lo general puede coexistir con lo particular y estar en él sin consumirlo; es como ese fuego [51] que ardió sin consumir la zarza. Si el hombre general se encuentra fuera de mí, sólo hay un método posible, el cual consiste en despojarme yo mismo de toda mi concreción. A menudo se encuentra ese esfuerzo hacia el abuso desenfrenado de lo abstracto. Una secta de los husitas [52] piensa que, para llegar a ser un hombre normal, lo esencial es permanecer como Adán y Eva en el Paraíso. Es también frecuente encontrar gente que enseña lo mismo desde el punto de vista espiritual: se llega a ser un hombre normal desnudándose, lo cual se puede lograr si uno se despoja de toda concreción. Pero eso no es cierto. El hombre general se

50. χατά δύναμιν: Según la posibilidad, expresión de arte en la filosofía aristotélica.

51. *Ese fuego*: El Éxodo, 3, 2.

52. Los adamitas.

producía en el acto de la desesperación, ahora se encuentra detrás de la concreción que surge a través de ella. Hay en la lengua muchos más verbos modelos que el único que se da como paradigma en las gramáticas; es accidental que ése haya sido el indicado, cualquiera otro verbo regular hubiese podido serlo; lo mismo pasa con los hombres. Cualquier hombre, si quiere, puede llegar a ser paradigma del hombre, no deshaciéndose de su contingencia, sino permaneciendo en ella y perfeccionándola. Pero el hombre perfecciona su contingencia cuando la elige.

Ahora habrás comprendido fácilmente que el individuo ético recorre en su vida los estadios que ya habíamos señalado, como estadios distintos. En su vida quiere desarrollar las virtudes personales, burguesas y religiosas, y su vida se hace porque sigue andando de un estadio a otro. En cuanto se piensa que uno de esos estadios basta y, parcialmente, se detiene el interés sobre él; entonces no se ha elegido uno a sí mismo éticamente, pero se ha ignorado la importancia del aislamiento, o bien de la continuidad y, sobre todo, no se ha comprendido que la verdad está en su identidad.

El que se ha elegido a sí mismo y se ha encontrado éticamente, se posee a sí mismo, determinado en toda su concreción. Se posee, pues, como un individuo que tiene tales capacidades, tales pasiones, tales disposiciones, tales costumbres que están bajo influencias externas y sufren su impronta, tanto en un sentido como en el otro. He aquí, pues, donde se posee a sí mismo como tarea propia, la que consiste sobre todo en regular, en formar, en moderar, en excitar, en reprimir, en una palabra, en producir en el alma una armonía que es el producto de

las virtudes personales. El objetivo de su actividad es, aquí, él mismo, aunque no arbitrariamente determinado pues él se posee a sí mismo como una tarea que le ha sido impuesta, aunque esta tarea se ha hecho suya porque la ha elegido. Pero, aun cuando su objetivo sea él mismo, ese objetivo también es otro; pues el "yo" que es el objetivo, no es un 'yo' abstracto que venga bien en cualquier parte y, por lo tanto, en ninguna, sino un "yo" concreto que se encuentra en correlación viviente con un ambiente preciso, con circunstancias de vida, con un orden de cosas. El "yo" que es el objetivo no es solamente un "yo" personal, sino un "yo" social y burgués. El individuo se posee a sí mismo como tarea, para una actividad gracias a la cual interviene, en las circunstancias de la vida, como una personalidad precisa. Su tarea no es la de formarse a sí mismo, sino la de actuar, aun cuando se forme al mismo tiempo; pues, como he observado anteriormente, el individuo ético vive de manera de pasar continuamente de un estadio a otro. Si, desde el comienzo, el individuo no se ha comprendido a sí mismo como personalidad concreta en continuidad, entonces tampoco obtendrá una continuidad ulterior. Si piensa que el arte consiste en comenzar como un Robinson, toda la vida será un aventurero. Pero si comprende que al no comenzar concretamente nunca llegará a comenzar y que, no llegando a comenzar, nunca llegará a terminar, entonces estará a la vez en continuidad con lo que pertenece al pasado y con lo que pertenece al porvenir. Pasa de la vida personal a la vida ordinaria y de ésta a la vida personal. La vida personal como tal estaba aislada y, por consiguiente, era imperfecta; pero, al recobrar su personalidad a través de la vida ordinaria, la vida

personal parece como una forma superior. La personalidad misma se muestra como lo absoluto que tiene su teleología en sí misma. Al establecer como tarea para la vida de un hombre el vivir para el cumplimiento del deber, se ha llamado a menudo la atención sobre el escepticismo, que pretende que el mismo deber es inseguro y que las leyes están sujetas a modificaciones. Comprendes fácilmente que esta última expresión se refiere sobre todo a las fluctuaciones a que están siempre expuestas las virtudes burguesas. Sin embargo, ese escepticismo no se aplica a la negación de la moral, que sigue sin modificación. Pero hay otro escepticismo que va contra todo deber, es el que pretende, en suma, y en forma absoluta, que no puedo cumplir con el deber. El deber es lo general, lo que se me exige es lo general; lo que puedo hacer es lo particular. Este escepticismo tiene, sin embargo, gran importancia, en la medida en que muestra que la personalidad misma es lo absoluto. Sin embargo, hay que determinar esto más claramente. Es curioso que el lenguaje mismo subraye el escepticismo. Nunca digo de un hombre: cumple con el deber o los deberes; sino que digo: cumplo con mi deber, tú cumples con el tuyo. Esto demuestra que el individuo es a la vez lo particular y lo general. El deber es lo general, es lo que se me pide; si, por consiguiente, no soy lo general, tampoco puedo cumplir con el deber. Mi deber, por otro lado, es lo particular, algo que sólo a mí concierne y, sin embargo, es el deber y, por lo tanto, es lo general. Aquí aparece la personalidad en su validez suprema. Ella no es anárquica, pero tampoco se fija a sí misma la propia ley; pues la determinación del deber continúa, pero la personalidad aparece como la síntesis de lo particular y de lo

general. Está claro que es así, y hasta un niño puede comprenderlo, pues puedo cumplir con el deber y, sin embargo, no cumplir con mi deber; y puedo cumplir con mi deber y no cumplir con el deber. Pero no comprendo que, por esa razón, el mundo deba abandonarse al escepticismo; pues la diferencia entre el bien y el mal subsiste siempre e, igualmente, la responsabilidad y el deber, aun cuando sea imposible para otro hombre que no sepa yo mismo decir cuál es mi deber, mientras siempre le será posible decir cuál es el suyo, lo que no sucedería si no se hubiera establecido la síntesis de lo general y de lo particular. Se cree que se ha alejado todo escepticismo cuando se llega a hacer del deber algo exterior, firme y preciso y a poder decir; ¡he aquí el deber! Sin embargo, es un malentendido; pues la duda no se encuentra en el exterior, sino en el interior, en mis relaciones con lo general. Como individuo particular yo no soy lo general, y sería absurdo que me pidieran que lo fuera; por lo tanto, si debo estar en condiciones de efectuar lo general, debo ser lo general al mismo tiempo que lo particular y, entonces, la dialéctica del deber se encuentra en mí mismo. Como se ha dicho, esta doctrina no pone en peligro a la ética, sino la sostiene. Si no acepta esto, la personalidad se hace abstracta, su relación con el deber también, se hace abstracta, y su inmortalidad igualmente. Tampoco se suprime la diferencia entre el bien y el mal, pues dudo de que haya habido nunca un hombre que sostuviera que hacer el mal es un deber. Otra cosa sería si hiciera el mal e intentara convencer a otros o a sí mismo de que es el bien. Es inimaginable que perdure en esa ficción, dado que lo general está en él; por lo tanto no tiene al enemigo fuera de él, sino en él. En cambio, si admito

que el deber es algo exterior, la diferencia entre el bien y el mal queda suprimida, pues no siendo yo lo general, no puedo entrar en relación abstracta con él; pero la diferencia entre el bien y el mal es incomensurable cuando la relación es abstracta.

En cuanto se comprende que la personalidad es lo absoluto, la síntesis de lo general con lo particular, queda justamente vencido todo escepticismo que tome a lo histórico como punto de partida. Los librepensadores han tratado a menudo de perturbar las ideas haciendo observar que algunos declaraban sagrado y legal lo que, ante los ojos de otros, era una abominación y un crimen. En ese caso, lo externo ha deslumbrado; en lo que a la ética se refiere, jamás se trata de lo exterior, sino de lo interior. Pero, por grande que sea la modificación sufrida por lo exterior, el valor moral de la acción puede permanecer igual. Así es como, seguramente, no ha existido pueblo que piense que los hijos deben odiar a los padres. Para hacer surgir la duda se ha observado que, mientras todas las naciones civilizadas señalaban como deber de los hijos cuidar a sus padres, los salvajes tenían la costumbre de matar a sus ancianos padres. Es posible que así sea; pero esto no nos conduce muy lejos, pues queda por saber si los salvajes piensan que al obrar así hacen el mal. Lo ético está siempre en esa conciencia, pero uno puede preguntarse si tales cosas no son producto de una mala información. El librepensador comprende muy bien que lo que mejor servirá para debilitar la ética es abrir la puerta al infinito histórico. En esto su conducta es acertada, pues si el hombre no es por él mismo lo absoluto, el empirismo es lo único que le queda abierto y este camino tiene un final que se parece a las fuentes

del Niger, es decir, que nadie sabe dónde está. Si lo que me queda es el camino de lo finito, es arbitrario detenerme en un punto particular. Por lo tanto, no se puede comenzar, habría sido necesario llegar hasta el final, lo cual es imposible. Cuando la personalidad es lo absoluto, ella es el punto de apoyo de Arquímedes que permite levantar el mundo. Fácil es comprender que esta conciencia no puede llevar al individuo a querer deshacerse de la realidad, pues si es así que quiere ser lo absoluto, ya no es nada, es decir, una abstracción. Sólo es lo absoluto en calidad de persona aislada y la conciencia de ello lo salvará de todo radicalismo revolucionario.

Terminemos con mis especulaciones. Comprendo muy bien mi falta de aptitudes para estas cosas y tampoco aspiro a ellas, pero estaría muy satisfecho si pudiera ser considerado como un práctico aceptable. Toda especulación requiere mucho tiempo; lo que, prácticamente, puede terminar o poner en marcha en un momento, exige muchas dificultades y muchas vueltas antes que se lo pueda expresar o describir. No tengo ahora la intención de exponer una doctrina del deber, ni tampoco, como es costumbre, hablar de los deberes hacia Dios, hacia ti mismo o hacia tus prójimos. De ninguna manera rechazo esta fórmula, tampoco creo que lo que tengo que exponer sea demasiado profundo para ser aplicado al catecismo de Balle [53], o que presuponga nociones preliminares más profundas que las del catecismo; de ninguna manera, sino porque creo que, en lo que se refiere a la ética, lo que vale es su intensidad y no su

53. *Catecismo de Balle*: Balle, obispo protestante danés (1744-1816), cuyo catecismo está en uso, aún en nuestros días, en Dinamarca.

diversidad. La personalidad ha madurado éticamente con toda energía, ha sentido la intensidad del deber, y éste, entonces, surgirá en ella. Lo importante no es, pues, que el hombre sepa contar con los dedos cuantos deberes tiene, sino que, de una vez por todas, haya sentido la intensidad del deber, de tal modo que la conciencia, a este respecto, le da la seguridad de la validez eterna de su naturaleza. Así, pues, recomiendo tan poco ser un hombre del deber como recomiendo poco ser un tragalibros; pero es evidente que el hombre a quien no se le ha revelado en toda su infinidad la importancia del deber es un hombre mediocre, como alejado de la ciencia, es el que, *mir nichts und dir nichts* * *ad modum* la gente de Grenaa [55], piensa descubrir la sabiduría. Que la casuística se ocupe de descubrir la diversidad del deber, lo principal, fuera de lo cual no hay salvación, es que un hombre, respecto de su propia vida, no es su tío sino su padre.

Quiero explicar con un ejemplo lo que quiero decir. Para eso tomaré una impresión que he conservado de mi primera infancia. A los cinco años me mandaron a la escuela. Ese acontecimiento siempre impresiona a un niño. ¿Pero cómo? Confusas y diferentes ideas acerca del verdadero significado de ese acontecimiento cautivan la curiosidad infantil. Era natural que a mí me pasara lo mismo; sin embargo, la principal impresión que recibí fué muy diferente. Fuí a la escuela y me presentaron

55. *Ad modum ... como las gentes de Grenaa*: Grenaa es una pequeña ciudad de Jutlandia, de la provincia de Mols cuya población, los "Molboer", según la leyenda tiene fama de ser débil de espíritu.

* *Mir nochts und dir nichts* ... en alemán en el texto: de buenas a primeras.

al profesor; me dieron mi lección para el día siguiente: aprender de memoria las diez primeras líneas del catecismo de Balle. Toda otra impresión se borró de mi alma, sólo quedaba el deber en el cual me interesaba mucho. Tenía en mi infancia muy buena memoria. Pronto aprendí la lección. Mi hermana me la hizo repetir varias veces y me aseguré que la sabía. Me acosté, y, antes de dormirme, la repetí una vez más. Ya casi adormecido, tuve la firme intención de repasarla al día siguiente. Me desperté a las cinco, me vestí, tomé mi catecismo y leí de nuevo. Aun hoy, todo está vivo en mi memoria como si fuese ayer. Mi sensación era que el cielo caería sobre la tierra si yo no aprendía la lección, pero, que por otra parte, ni siquiera esa catástrofe me libraría de lo que se me había ordenado: aprender mi lección. A esa edad no tenía, evidentemente, sino escasas nociones de mis deberes, pues el catecismo de Balle aún no me las había enseñado, y no tenía más que un deber, el de aprender mi lección, y, sin embargo, puedo hacer derivar de esa impresión toda mi concepción ética de la vida. Puedo sonreír pensando en ese niñito de cinco años, que, con tanta pasión, se hace cargo de un asunto; pero puedo asegurarte que mi mayor deseo es que, en cualquier edad, yo sea capaz de hacerme cargo de mis asuntos con la misma energía y la misma seriedad ética de entonces. La verdad es que, más tarde, se tendrá una mejor idea de la actividad, pero la energía es lo principal. Debo a la seriedad de mi padre haber recibido de ese acontecimiento tal impresión, y, aún si no le debiera más que eso, ello me bastaría para estarle eternamente agradecido. Lo que importa en la educación no es que el niño aprenda esto o aquello, sino que el alma madure, que se despierte la ener-

gía. Dices a menudo, que la inteligencia es algo magnífico y ¿quién negaría que ella tiene importancia? Estoy por creer que si uno quiere puede llegar a adquirirla por propio esfuerzo. Dad pasión y energía a un hombre, y él lo puede todo. Toma una joven, que sea necia, romántica, una chiquilina enteramente frívola e imagina que se enamora profunda y sinceramente. Ya verás cómo despierta su inteligencia, con qué delicadeza, con qué sagacidad sabrá descubrir si su amor es correspondido; que sea feliz, y verás la exaltación amorosa florecer sobre sus labios; que sea desgraciada, y oirás las frías reflexiones del espíritu y de la inteligencia.

Puedo decir que, a este respecto, mi infancia ha sido feliz, porque me ha enriquecido con impresiones éticas. Me detendré un momento más en ella, pues me recuerda a mi padre, el más caro de mis recuerdos, y no es un recuerdo pobre y estéril, y puede servirme para aclarar, una vez más, lo que digo: que lo principal es la impresión del deber, y no la diversidad del deber. Si ésta es la que se hace valer, el individuo está degradado y disminuido. A este respecto fui feliz de niño, pues nunca tuve muchos deberes, uno solo generalmente, pero que era de importancia. Cuando tuve dos años más fui llevado al liceo. Una nueva vida comenzaba, y, aunque gozaba de la mayor libertad, la impresión ética fué de nuevo la principal. Con gran sorpresa mía, oía a los alumnos que frecuentaba, quejarse de sus profesores, fui testigo de algo inaudito: un alumno fué retirado de la escuela porque no podía entenderse con el profesor. Si las impresiones anteriores no hubiesen sido tan profundas, ese acontecimiento habría podido tener una influencia nociva sobre mí. Pero no; yo sabía que mi tarea era frecuentar la escuela, esa escuela

a la que me habían llevado; aun si todo lo demás cambiaba eso no podía ser cambiado. No era exclusivamente el temor de la seriedad de mi padre lo que me dió esta idea, sino la impresión trascendente de lo que es el deber de un hombre. Si, muerto mi padre, me hubiesen puesto bajo la vigilancia de otro al que hubiese podido convencer de la conveniencia de retirarme de la escuela, nunca me habría atrevido, ni, en realidad, lo habría querido; habría tenido el sentimiento de que la sombra de mi padre vendría para acompañarme a la escuela; pues, lo repito, había recibido una impresión infinita de lo que era mi deber, de modo que el tiempo no habría podido borrar el recuerdo de no haber cumplido la voluntad paterna. Mi libertad me era grata, no tenía más que un deber, el de ocuparme de mi escuela, y al respecto yo era plenamente responsable. Una vez inscripto en la escuela y comprados los libros de clase, mi padre me los entregaba diciendo: "Guillermo, a fines de este mes serás el tercero de la clase". Nunca tenía dificultades con mi padre. Nunca me hizo preguntas acerca de mis lecciones, ni me las hizo recitar, ni vigiló mis deberes, ni me recordó nunca que era la hora de estudiar, la hora de terminar, nunca acudió en ayuda de la conciencia del alumno como se ve hacer a padres nobles que acarician la mejilla del niño diciendo: ¿sabes tus lecciones? Si yo debía salir, él me preguntaba antes si tenía tiempo, pero era yo quien decidía y no él, y sus interrogatorios nunca me condujeron a dificultades. Ciertamente, creo que él se preocupó de lo que yo hacía, pero jamás me lo hizo sentir, de manera que mi alma pudiese madurar gracias a la responsabilidad. En eso también pasaba lo mismo, yo no tenía muchos deberes. ¡Y cuántos niños son perturbados porque se los abruma con

todo un ceremonial de deberes! Recibí un sentimiento bastante profundo de la existencia de lo que se llama deber y de su eterna validez. En mis tiempos se estudiaba gramática latina con una intensidad que hoy se desconoce. Por esa enseñanza recibí una impresión que, aunque en forma distinta, tuvo sobre mi alma un efecto análogo. Si puedo atribuirme alguna aptitud para considerar algo desde el punto de vista filosófico, se debe a esa impresión de mi infancia. El respeto absoluto que me inspiraba la regla, mi deferencia por ella, el desprecio que sentía por la existencia penosa de la excepción, la manera como, con justicia a mis ojos, era esta última perseguida en mi cuaderno y siempre castigada, todo eso, ¿no es acaso lo que se encuentra en la base de toda especulación filosófica? Bajo esa influencia, mi padre me parecía, cuando lo miraba, una encarnación de la regla y todo lo que venía de otra parte era la excepción, si no estaba de acuerdo con sus mandamientos. Al pensar en el condiscípulo de que he hablado, sentía que su caso debía de ser una excepción, tanto menos digna de interés cuanto que las múltiples historias que se tejieron en torno a él bastaron para probar que era una excepción. El rigorismo ingenuo con el cual yo diferenciaba la regla y la excepción en la gramática tanto como en la vida, se ha suavizado desde entonces, pero siempre llevo la distinción en mí, sé llamarla sobre todo cuando te veo a ti y a tus iguales, que parecéis tener por doctrina que la excepción es lo que más vale, que la regla parece no existir sino para dar relieve favorable a la excepción.

Lo que vale es la energía con la cual tomo conciencia de mí mismo éticamente, o, mejor dicho, no puedo tomar esa consciencia sin energía. Por lo tanto, jamás puedo

tomar conciencia de mí mismo éticamente, sin tomar conciencia de mi naturaleza eterna. Esta es la verdadera prueba de la inmortalidad del alma. Naturalmente, no llega a término sino cuando la tarea concuerda con la obligación, pero aquello a que estoy obligado por la eternidad es una tarea eterna. La circunstancia de que me dieran como tarea las diez primeras líneas del catecismo de Balle, de que nada en el mundo pudiera rescatarme era pues, en cierto modo, la primera prueba de la inmortalidad de mi alma que me haya sido dada. La falta no estaba en mi energía sino en lo fortuito de la tarea.

En fin, no es mi intención llevarte a la consideración de la diversidad del deber, sería fácil hacerlo si expresara el deber negativamente, pero expresarlo positivamnte sería muy difícil y muy complicado, sí, llegado a cierto punto, sería imposible. Pero lo que tenía la intención de hacer y lo que he hecho según mis medios, es señalar la importancia absoluta del deber, sobre la validez eterna para la personalidad de todo lo que concierne al deber. En cuanto la personalidad se ha encontrado a sí misma en la desesperación se ha elegido a sí misma absolutamente, se ha arrepentido, entonces se posee a sí misma como tarea bajo reponsabilidad eterna. Pero ya que no se ha creado a sí misma, sino elegido, el deber es la expresión de su dependencia absoluta y de su libertad absoluta, idénticas la una a la otra. Encontrará por sí mismo su deber particular y será en vano que busque, a este respecto, indicaciones de los demás; aquí será de nuevo autodidacto como es teodidacto [56] y, *vice versa*. Por lo tanto el deber no es de

56. *Teodidacto.* Kierkegaard emplea esta expresión que conservamos, puesto que su sentido es evidente: instruído por Dios.

El deber

ninguna manera algo abstracto, por una parte, porque no es algo interior a él, pues en ese caso siempre sería abstracto, y, por otra parte, porque la personalidad misma es concreta, pues al elegirse éticamente se elegía en toda su concreción y renunciaba a la abstracción de lo arbitrario.

Queda por demostrar cómo se presenta la vida cuando se la considera éticamente. Tú y todos los estetas estáis dispuestos a transar, concedéis que la ética tiene su importancia, que un hombre que vive por sus deberes es respetable, que merece elogios, sí, hasta dejáis entender en forma encubierta, que es muy natural que haya gente que viva por sus deberes, que está bien que la mayoría de la gente así lo haga, y, a veces, dáis con gente de deber bastante benévola como para encontrar sentido a esas palabras que, naturalmente, están privadas de sentido como todo escepticismo. Pero no deseáis comprometeros con la ética; hacerlo sería privar a la vida de su importancia y, ante todo, de su belleza. La ética es algo totalmente diferente de la estética, y cuando aparece anula completamente a la estética. Aun si fuese cierto, no dudaría en mi elección. Dentro de la desesperación hay un momento en que parece ser así y el que no lo ha experimentado, no ha tenido más que una desesperación engañadora, no se ha elegido a sí mismo éticamente. Sin embargo no es así, por eso un instante después, la desesperación aparece, no como una ruptura sino como una metamorfosis. Todo vuelve, pero transfigurado. Por lo tanto, sólo cuando se considera la vida éticamente tiene ella belleza, verdad, importancia, seguridad, existencia; sólo cuando se vive éticamente tendrá la propia vida belleza, verdad, importancia, seguridad; sólo en la concepción ética de la vida

la duda por autopatía y la duda por simpatía son aplacadas. Las dudas por autopatía y simpatía no pueden ser tranquilizadas sino de un mismo modo, pues, en realidad, es la misma duda. La duda por autopatía no es una expresión de egoísmo, sino una expresión de ese afecto por uno mismo que exige su propio "yo" como exige el "yo" de cualquier otro. Pienso que esto es de gran importancia. Pues si un esteta no fuese egoísta y recibiera todos los favores imaginables, su felicidad debería desesperarlo, pues debería decir: lo que me hace feliz es algo que no puede ser dado a otro hombre y que ningún otro hombre puede adquirir por sí mismo. Debería temer que alguien le preguntara en qué consiste su felicidad, pues ésta depende de la imposibilidad para los otros hombres de encontrar la suya. Si tal hombre tuviera un poco de simpatía no se daría reposo antes de haber encontrado un punto de partida superior en la vida. Habiéndolo encontrado, no temería hablar de su felicidad, pues si hablara de él, claramente le agregaría algo que lo reconciliaría con todos los hombres, con toda la humanidad. .

Consideremos, sin embargo, la categoría que el esteta siempre reivindica: la belleza. La vida pierde su belleza, dices, en cuanto se hace valer lo ético. "En vez del placer, de la felicidad, de la despreocupación, de la belleza que posee la vida cuando la consideramos estéticamente, tendremos una actividad constreñida por el deber, el deseo loable de progresar, un celo infatigable y afiebrado". Si en ese momento, estuvieses en mi casa, personalmente te rogaría me dieras una definición de lo que es bello que me permitiera comenzar. Ya que no estás aquí me permitiré basarme sobre tu definición de costumbre: la belleza es lo que tiene su finalidad en sí mismo. Das como ejem-

plo una joven bella y dices: es bella, alegre, despreocupada, feliz, en perfecta armonía, es completa en sí misma y es absurdo preguntar por qué existe, pues tiene su finalidad en sí misma. No quiero discutir preguntándote si la joven está plenamente de acuerdo con eso de su finalidad en sí misma y para ella sola, o si, llegada para ti la oportunidad de explicarle tu concepto de la divinidad de su existencia, no estarías muy satisfecho que ella se equivocara y creyera que sólo existe para escuchar tus insinuaciones. Miras la naturaleza y también la encuentras hermosa y proscribes de ella toda consideración finita. Aquí tampoco quiero importunarte preguntándote si la naturaleza existe esencialmente para eso. Contemplas las obras del arte y de la poesía y proclamas con el poeta: *procul, o procul este profani*[57], y por "profani" entiendes los que intentan deshonrar la poesía y el arte atribuyéndoles una teleología fuera de sí mismos. Te recordaré en lo que concierne a la poesía y el arte, lo que ya he observado, que no se reconcilian siño imperfectamente con la vida; que, al fijar los ojos sobre la poesía y el arte, no miras la realidad; y, en definitiva, es de esto que debíamos tratar. Volvamos entonces a la cuestión de la realidad. Como sin duda comprendes por ti mismo, si haces valer las exigencias del arte en toda su severidad encontrarás poca belleza en la vida, entonces das otro significado a lo bello. Lo bello a que te refieres es lo bello individual. Miras cada hombre en particular como un pequeño elemento del conjunto, y lo miras precisamente en su particularidad, y es así como lo fortuito, lo insignificante tendrá importancia y la vida llevará

57. *Procul, o procul*: Virgilio, *La Eneida*, VI. "¡Lejos, lejos vosotros los profanos!"

el sello de la belleza. Miras cada ser en particular como un elemento. Pero como lo bello era lo que tenía su teleología en sí mismo, y si un hombre no es más que un elemento, tendrá su teleología pero no en sí mismo, sino fuera de él. De modo que si el conjunto es hermoso, los elementos, considerados separadamente, no lo son. Y ahora bien, tu propia vida ¿tiene su teleología en sí misma? Yo no decidiré si está justificado que un hombre lleve una vida exclusivamente consagrada a la contemplación, pero *¡eh bien!** admitamos que la importancia de tu vida esté en existir para contemplar el resto; sin embargo, tendrías tu teleología fuera de ti. Solamente cuando cada ser particular es elemento y conjunto a la vez, lo contemplas en su belleza; pero, al contemplarlo así, lo contemplas éticamente. Si lo contemplas éticamente, lo contemplas según su libertad. Supongamos que esté determinado de modo extraño, cuando tal determinación es una necesidad no es más que un elemento y su vida no es hermosa.

Cuando defines lo bello como lo que tiene su teleología en sí mismo y cuando das como ejemplo una joven o la naturaleza, o una obra de arte, me parece que es una ilusión pretender que todo esto tiene su teleología en sí mismo. Para que pueda ser cuestión de teleología, será necesario un movimiento, pues, en cuanto pienso en un fin, pienso en un movimiento y aún si pienso en alguien que ha alcanzado la meta, pienso siempre en un movimiento, puesto que pienso que ha llegado mediante un movimiento. El movimiento falta evidentemente a lo que llamas bello; pues lo bello en la naturaleza se da inmediatamente, y cuando miro una obra de arte y penetro su idea con mi

* Eh bien! ... en francés en el texto.

idea, es en el fondo de mí mismo donde tiene lugar el movimiento, y no en la obra de arte. Puedes pues tener razón al decir que lo bello tiene su teleología en sí mismo, pero tu manera de comprenderlo y de aplicarlo representa, en realidad, una expresión negativa, que significa que lo bello no tiene su teleología en otra cosa. Por eso no puedes emplear una expresión aparentemente sinónima, diciendo que lo bello de que hablas tiene una teleología interior o una teleología inmanente. Pues, en cuanto la empleas, pides movimiento, historia, vas más allá de las esferas de la naturaleza y del arte, y te encuentras en las de la libertad y, por lo tanto, en las de la ética.

Si ahora digo que el individuo tiene su teleología en sí mismo, no puede uno engañarse sobre el sentido de esa expresión, suponiendo que haya querido decir que el individuo es el centro o que el individuo, abstractamente se basta a sí mismo, porque si lo considera abstractamente tampoco obtengo el movimiento. El individuo tiene su teleología en sí mismo, tiene la teleología interior, él mismo es su teleología; su "yo" es entonces la meta hacia la cual aspira. Su "yo", sin embargo, no es una abstracción, sino algo absolutamente concreto. En su movimiento hacia sí mismo no puede tomar ninguna actitud negativa frente a lo que lo rodea, pues su "yo" sería y permanecería siendo una abstracción; su "yo" debe abrirse de acuerdo con toda su concreción, pero los factores que están destinados a intervenir activamente en el mundo pertenecen igualmente a esa concreción. De ese modo su movimiento se abre paso, a través del mundo, por sí mismo, hasta él mismo; pues ese movimiento es manifestación de la libertad, es, además, la teleología inmanente, y solamente en ese caso se puede hablar de belleza.

Siendo así, el individuo alcanza un rango superior a cualquier otro, lo cual no significa que no pueda encontrarse en otros estados; tampoco hay nada tiránico en esto, ya que todo individuo se encuentra en el mismo caso. Soy esposo, sabes que tengo por ese estado el más profundo respeto; sabes que ante él me humillo con todo amor, sin embargo, sé que, en cierto sentido, soy superior a ese estado; pero sé también que, exactamente en el mismo sentido, es el caso de mi mujer; y por eso, como sabes,[58] no amaría a la joven de la cual hablé anteriormente, pues ella no tenía ese concepto.

Por eso sólo veo la belleza de la vida cuando la miro éticamente; sólo cuando miro mi propia vida éticamente veo su belleza. Y si dijeras que esa belleza es invisible, te respondería: en un sentido, sí, en otro, no; pues es visible en los rastros de lo histórico, visible cuando se dice: *loquere, ut videamte*[59]. Es verdad que no veo el final, sino la lucha; sin embargo, también veo el final cada vez que lo quiero, si tengo el coraje de querer; sin coraje, en suma, nada eterno veo, y por lo tanto, nada hermoso.

Cuando considero la vida éticamente, la considero en su belleza. La vida se hace así para mí rica en belleza, y no pobre como es en realidad para ti. No tengo necesidad de recorrer el país para descubrir bellezas, ni de hurgar por las calles para encontrarlas; no tengo necesidad de juzgar, ni de escoger. Tampoco tengo tanto tiempo como tú para hacerlo pues siempre tengo tarea suficiente, ya que veo mi vida en su belleza —con placer, pero también con seriedad—. A veces, cuando tengo una hora li-

58. Ver páginas: 40-48.

59. *Loquere ut videam te*: Habla, para que yo te vea.

bre, salgo a la ventana, miro la gente, y veo a cada uno en su belleza. Por insignificante y modesto que sea, lo veo en su belleza, pues lo veo como el hombre particular que es también el hombre general, lo veo como el que tiene la tarea concreta de la vida; él no existe a causa de otro hombre, aun cuando fuera el peón más miserable; tiene su teleología en sí mismo, realiza esa tarea y vence, yo lo veo; pues el hombre valiente no ve fantasmas, ve héroes victoriosos; el cobarde no ve héroes, ve sólo fantasmas. Debe vencer, estoy seguro de ello, por eso su lucha es hermosa. Por lo general no soy belicoso contra los demás, aunque lo sea conmigo; pero puedes estar seguro de que lucharé sin descanso por la fe en el triunfo de lo bello y nada podrá arrebatarme esa fe. Si quisieran arrebatármela por ruegos o por la fuerza, por nada en el mundo la entregaría, ni por el mundo entero; pues si perdiera esa fe, perdería al mundo entero. Gracias a esa fe veo la belleza de la vida, y la belleza que veo no tiene el carácter de tristeza y de melancolía inseparable de toda belleza de la naturaleza y del arte, inseparable aun de la eterna juventud de los dioses griegos. La belleza que yo veo es feliz y victoriosa y más fuerte que el mundo entero. Y veo esa belleza en todas partes, aun ahí donde nada ven tus ojos. Ven un día conmigo a la ventana. Pasa una joven. ¿Recuerdas que una vez la encontramos en la calle? Dijiste que no era hermosa, pero habiéndola mirado más de cerca, la reconociste y proseguiste: "era extraordinariamente encantadora hace algunos años, tenía gran éxito en los bailes. Después tuvo una historia de amor y *quidem* [60] una historia desgraciada. Sabe el diablo lo que hizo, lo cierto es que ese asunto la afectó tanto que su belleza se marchi-

60. *Quidem*: Por añadidura.

tó por el dolor, en una palabra, era bella, ya no lo es, y he aquí el final de esta historia". Esto es lo que puede llamarse mirar la vida en su belleza. En verdad, ante mis ojos no ha perdido nada, y me parece más hermosa que nunca. Tu concepto de la belleza de la vida se parece mucho a la alegría de vivir que reinaba en el período de las coplas de bebedores, cuando éstos se sentían alegres y joviales cantando arias:

Var ei den Saft af röde Druer,
Hvo vilde laenger blive her?
Thi hvor den Vises Oje skuer,
Det möder lutter Lidelser.
Höjt lyder Undertryktes Stemme,
Forförtes Skrig, fra Syd til Nord.
Op Brödre! drikker, for at glemme
Den hele sörgelige Jord.*

* Privado del jugo de las rojas uvas,
¿quién quedaría más tiempo aquí?
pues ahi donde el sabio mira
no encuentra sino dolor.
La voz de los oprimidos, el grito de los sobornados
resuena fuertemente del Norte al Sud.
¡De pie, hermanos! Bebed para olvidar
toda la triste tierra.[61]

Consideremos ahora un poco más de cerca algunas circunstancias de la vida, sobre todo aquellas en las cuales la estética y la ética se rozan, para examinar si la concepción ética nos priva de alguna belleza, o si, en cambio, no da origen a una belleza superior a todas. A este efecto imagino a un individuo que en cierto sentido es como la mayoría de las personas, y que en otro sentido es concre-

61. *Privada de jugo*, etc.: Canción de bebedor del poeta danés Jens I. Baggesen (1756-1826), que vivió largo tiempo en París y en Marly-le-Roi.

to en sí mismo. Seamos enteramente prosaicos. Este hombre debe vivir, debe vestirse, en una palabra, debe poder existir. Él podría preguntar a un esteta cómo debe organizar su vida. No le faltarán indicaciones. El esteta tal vez le diga: "cuando un hombre vive solo necesita 3000 rixdales por año para sus gastos; si tiene 4000 también los puede gastar; si quiere casarse, necesita, por lo menos, 6000 rixdales. El dinero es y será siempre *nervus rerum gerendarum*[62], la verdadera *conditio sine qua non;*[63] pues es hermoso leer historias de frugalidad campestre, de sencillez idílica, siempre leo con placer esos poemas, pero ese modo de vivir pronto cansa; y los que viven así gustan de esa vida mucho menos que los que tienen dinero, y que, tranquilamente, leen los himnos del poeta. El dinero es y será la condición absoluta para vivir. En cuanto se carece de dinero queda uno excluído de entre los patricios y se vuelve plebeyo. El dinero es la condición, lo cual no significa que los que tienen dinero sepan emplearlo. Los que lo saben son, entre las patricios, los verdaderos aristócratas". Nuestro héroe con seguridad no quedará muy satisfecho con tal explicación; toda la experiencia de la vida del otro lo dejará indiferente y se sentirá más o menos como el paño burdo que se frota con el terciopelo. Podría decir al esteta: "todo está muy bien, pero no tengo ni 3000 ni 6000 rixdales, no tengo nada, ni capital ni rentas, nada, a penas un sombrero"; el otro, entonces, probablemente se alzaría de hombros y diría: "por supuesto, esto lo cambia todo, usted no tiene cómo elegir, confórmese con la ayuda de la asistencia pública". Si el esteta fuese de buen corazón, volvería a llamar al pobre diablo y le

62. *Nervus rerum,* etc: El nervio de la acción.
63. *Conditio sine qua non*: Condición necesaria.

diría: "no quiero conducirlo a la desesperación antes de haber jugado mi última carta; hay ciertos recursos que no hay que descuidar antes de decir adiós para siempre al placer y antes de ponerse el chaleco de fuerza o pronunciar los votos. Cásese con una joven rica, juegue a la lotería, pruebe en las colonias, emplee algunos años en juntar dinero, hágase amigo de algún viejo solterón para que lo haga su heredero. Por ahora nuestros caminos divergen, haga plata y siempre encontrará en mí a un amigo que sabrá olvidar que en cierto momento usted no tenía dinero." Verdaderamente, hay algo muy cruel en esta concepción de la vida, que niega, al que no tiene dinero, todo placer en la vida. Y eso es lo que hace ese hombre de dinero, pues estima que sin dinero no existe placer en la vida. Te perjudicaría mucho si te identificara con esos estetas, si quisiera acusarte de sostener tales ideas o de expresarlas. Pues eres de corazón demasiado bueno para abrigar bajeza tan abominable, y tu alma, al mismo tiempo, es demasiado generosa para expresar tales ideas, aun si las tuvieras. No lo digo pensando que el que no tiene dinero necesita piadosa benevolencia, sino porque, al menos, se puede exigir del hombre que se cree favorecido por la suerte que no se enorgullezca demasiado y que no le cause placer ofender a los menos favorecidos. Sería preferible que un hombre no se enorgulleciera del nombre de Dios; pero, al menos, que no se enorgullezca del dinero, pues nada hay que rebaje tanto a un hombre. En fin, estás acostumbrado a tener dinero y sabes muy bien lo que eso significa. A nadie ofendes y en eso difieres de aquellos estetas, estás dispuesto a prestar ayuda donde puedas; sí, si haces resaltar lo lamentable de la falta de dinero es por simpatía. Por consiguiente, no te

burlas de la gente sino de la existencia, esta existencia donde al fin se da uno cuenta de que no toda la gente posee dinero. Dices: "Prometeo y Epimeteo [64] fueron innegablemente muy sabios, pero es incomprensible que mientras proveyeron a los hombres de un modo tan magnífico no tuvieran la idea de darles también el dinero". Si en aquella oportunidad hubieses estado presente y hubieses sabido lo que sabes hoy, te habrías presentado y habrías dicho: "amados dioses, gracias os sean dadas por todo, pero —perdonadme que os hable francamente—, os falta el conocimiento del mundo; para que el hombre sea feliz le hace falta algo más: el dinero. ¿De qué le sirve haber sido creado para reinar sobre el mundo, si, por las preocupaciones materiales no tienes tiempo para ello? ¿Qué sentido tiene el lanzar al mundo un ser racional para que se afane en el trabajo? ¿Es ése el modo de tratar a un hombre?" A este respecto eres inagotable. "La mayoría de los hombres, dices, viven para ganarse la vida; cuando lo han conseguido, viven para hacerlo mejor, después, se mueren. Últimamente me he sentido muy conmovido al leer en el diario el aviso mediante el cual una mujer hacía conocer la muerte de su marido. En vez de lamentarse largamente por la pérdida del mejor de los maridos y del más tierno de los padres, decía brevemente que esa muerte era tanto más lamentable cuanto que, hacía poco, su marido había encontrado un excelente trabajo. Eso significa mucho más que lo que una viuda afligida o un simple lector de avisos fúnebres pueden ver. Esa concepción podría ser desarrollada y convertirse en

64. *Prometeo y Epimeteo*: Según la mitología griega, formaron al hombre y lo proveyeron. Epitemeo (sabio después) era hermano de Prometeo, cuyo nombre significa previsor.

una prueba de la inmortalidad del hombre. Se podría razonar así: el destino de todo hombre es encontrar un buen trabajo. Si se muere antes de haberlo encontrado, entonces no se ha cumplido su destino y cada uno es libre de adivinar si, sobre otro globo, alcanzará su destino. En cambio, si uno encuentra un buen trabajo, alcanza su destino; pero el destino de un buen trabajo no es hacer morir a quien lo ha encontrado, sino, por el contrario, permitirle, gracias a él, vivir bien, *ergo*, el hombre es inmortal. Se podría llamar esta prueba la prueba popular o prueba sacada del trabajo. Agregando esta prueba a las anteriores, todas las dudas acerca de la inmortalidad del alma deberían darse por vencidas. Esta prueba también se puede enlazar con las pruebas anteriores, sí, y ahí aparece en toda su gloria, pues se incorpora a las otras como conclusión y las corrobora. Las otras pruebas parten del principio de que el hombre es un ser racional; si a este respecto alguien tiene dudas, la prueba del trabajo interviene y demuestra esa premisa mediante el silogismo siguiente: aquel a quien Dios da trabajo, recibe de Él buena inteligencia, *ergo*. Esto es lo que sospechó aquella viuda afligida, que sintió lo profundamente trágico de la contradicción de la vida".

Respecto a estas cuestiones no sabes ofrecer más que burlas y bromas. Por eso no se te ocurre que tu concepción pueda ser útil o instructiva para alguien. Tampoco se te ocurre que, al hablar así, puedes perjudicar, pues bien puede uno pensar que un hombre que ya experimenta repulsión por haber sido obligado al trabajo de la vida, se ha de volver más impaciente, más furioso, si presta oídos a la pasión bastante espiritual con la cual expresas pensamientos que a él se refieren, y a tus bro-

mas hechas con simpatía. A este respecto, verdaderamente, deberías ser prudente.

Nuestro héroe buscaría, pues, en vano, obtener enseñanzas por el camino emprendido. Escuchemos ahora lo que le respondería un moralista. Su respuesta sería ésta: es deber de todo hombre trabajar para vivir. Si nada más pudiera decir, responderías probablemente: "He aquí de nuevo las viejas monsergas respecto del deber y del deber, no hay más que deber por todas partes, no puede uno imaginarse nada más tedioso que esta obligación que todo lo somete a su yugo y todo lo retacea". Te dignarás recordar, tal vez, que nuestro héroe no tenía dinero, que el esteta no tenía cómo ofrecérselo y que tú tampoco lo tenías para asegurarle el porvenir. Si, por lo tanto, no quiere quedarse ahí reflexionando sobre lo que podría hacer si tuviera dinero, debe buscar otra solución. Además, habrás observado que el moralista le hablaba muy cortésmente, nunca lo trataría como una excepción, no le diría: qué quiere usted, es usted tan desgraciado, tiene usted que resignarse. Por el contrario, el esteta sería la excepción, pues diría: es deber de todo hombre trabajar para vivir; si un hombre no lo necesita, es una excepción, pero el hecho de ser una excepción no es algo grande sino algo mediocre, como anteriormente convinimos. Por lo tanto, si un hombre quiere considerar el asunto éticamente, verá el hecho de poseer dinero como una humillación. Cuando lo considere de ese modo, ningún favor lo sugestionará. Se humillará ante él, y, habiéndolo hecho, de nuevo lo elevará el pensamiento de que el favor es una expresión del hecho de haber sido sometido a una exigencia mayor.

Si este moralista, junto al cual nuestro héroe encon-

traría enseñanzas, sabe por sí mismo lo que es trabajar para vivir, entonces sus palabras tendrán aun más peso. Sería de desear que la gente tuviera al respecto más coraje, y si a menudo se oye expresadas ruidosamente esas palabras despreciables, que pretenden que el dinero es lo esencial en la vida, la razón está en que los que tienen carecen de la fuerza ética para reconocer la importancia del trabajo, carecen de la convicción ética de esa importancia. Los que perjudican al matrimonio no son los seductores, sino los maridos cobardes. Lo mismo aqui. Esas palabras despreciables no perjudican, pero la buena causa sufre por el hecho de que los que están obligados a trabajar para vivir pidan que se reconozca el mérito de su trabajo y comparen su vida con la del ocioso, o se quejen y suspiren diciendo: lo mejor es ser independiente. ¿Qué respeto puede tener por la vida un joven que oye hablar así a sus mayores? En esto también te has perjudicado con tus experimentos, pues has aprendido muchas cosas que no son ni buenas, ni hermosas. Sabes tentar a un hombre y arrancarle la confesión de que, en el fondo de su corazón, él preferiría no trabajar; entonces triunfas.

Es ocioso preguntarse si se puede imaginar un mundo en el cual el trabajo no fuese necesario, pues esa cuestión no se refiere a la realidad dada, sino a una realidad ficticia. Sin embargo, es siempre una tentativa para aminorar la concepción ética. Si el hecho de no tener necesidad de trabajar significara perfección de la existencia, la vida del que no trabaja sería la más perfecta. Entonces no se podría hablar de un deber de trabajo en el sentido de una triste necesidad. El deber expresaría entonces, no lo que es común al género humano, sino lo

general, y el deber no sería la expresión de lo perfecto. Por lo tanto responderé que habría que considerar como imperfección para un hombre el hecho de no tener necesidad de trabajar. Cuanto más bajo es el nivel de la vida humana, menos se afirma la necesidad de trabajar; más alto es el nivel, más se destaca esa necesidad. El deber de trabajar para vivir expresa lo que es común al género humano y expresa también, en otro sentido, lo general, porque expresa la libertad. Precisamente el hombre se libera trabajando —trabajando se adueña de la naturaleza y demuestra que es superior a la naturaleza—.

¿Deberá la vida perder su belleza porque el hombre debe trabajar para vivir? Vuelvo a una cuestión anterior. ¿Qué se entiende por belleza? Es hermoso ver los lirios del campo, que aunque no trabajan ni hilan están vestidos con mayor magnificencia que Salomón mismo en toda su gloria; es hermoso ver cómo los animales sin mayores afanes encuentran su alimento; es hermoso ver a Adán y Eva en un Paraíso donde pueden tener cuánto quieren con sólo señalarlo con el dedo. Pero más hermoso aún es ver a un hombre alcanzar mediante su trabajo todo lo que necesita. Es hermoso ver a una Providencia que alimenta todo y de todo se hace cargo; pero es aún más hermoso ver a un hombre que es como su propia Providencia. El hombre es grande, más grande que cualquier otra criatura porque sabe proveer a sus necesidades. Es hermoso ver a un hombre poseer lo superfluo adquirido por él mismo y es hermoso también ver a un hombre realizar la hazaña de transformar pocas cosas en muchas. Saber trabajar es una expresión de la perfección humana y deber hacerlo es expresión superior de la misma.

Si nuestro héroe adoptara este concepto, no desearía una fortuna que le viniese mientras él duerme, no se engañaría sobre la condición de la vida, tendría el sentimiento de lo hermoso que es trabajar para vivir, encontraría en ello su dignidad humana; pues lo grande que hay en la planta no es que no sepa hilar, sino la imperfección de no poder hacerlo. No tendrá el menor deseo de conocer el esteta afortunado de quien hablé. Verá serenamente lo que es grande y no se dejará intimidar por un hombre de dinero. Es un hecho curioso que yo haya encontrado personas que sentían con placer la importancia del trabajo, que, en su templanza, se sentían felices y contentos, y que, sin embargo, no tenían el coraje de decirlo. Al hablar de sus gastos aparentaban gastar más de lo real; no querían aparecer afanándose por su trabajo, aunque lo hicieran, como si fuese mejor gastar mucho que poco, mejor ser ocioso que trabajador. Qué raro es encontrar a un hombre que diga con calma y dignidad: no hago esto o aquello porque mis medios no me permiten hacerlo. Es como si tuviese mala conciencia, como si temiese la respuesta que recibió el zorro [65]. De este modo, se consigue destruir toda verdadera virtud o transformarla en un fantasma, pues los que no tienen por qué conformarse con poco, ¿por qué habrían de hacerlo?; y los que están obligados a conformarse, hacen de tripas corazón. Exactamente como si no se pudiera estar con poco sin tener al lado la posibilidad de lo superfluo; exactamente como si la necedidad no fuese una tentación tan grande cuando hay que conformarse con poco.

65. Kierkegaard piensa sin duda en la fábula *El zorro y las uvas*; pero en la fábula es el zorro quien se contesta a sí mismo.

Probablemente nuestro héroe se resolvería por el trabajo, pero desearía estar liberado de las preocupaciones materiales. Nunca he tenido esas preocupaciones pues, aunque en cierta medida debo trabajar para vivir, siempre he tenido un buen pasar y, por lo tanto, no puedo hablar por experiencia; pero siempre he estado atento a lo que hay de triste en ello y también a cuanto encierra de bello, instructivo y ennoblecedor; porque creo que no hay pesar que más nos ayude a formarnos. He conocido personas —que de ningún modo llamaré cobardes, ni hombres sin resorte— que de ninguna manera pensaban que la vida puede hacerse sin lucha, que se sentían con fuerza, coraje y deseo de entrar en la pelea, ahí donde otros aflojarían y, a menudo, les he oído decir: que Dios me libre solamente de las preocupaciones materiales, nada hay que ahogue más lo que hay de superior en el hombre. Estas palabras también me han hecho comprender que nada hay tan engañoso como el corazón del hombre, lo que, por mi propia vida, también pude conocer. Hay quien tendrá el coraje de arriesgarse en la lucha más peligrosa, pero no de enfrentar las preocupaciones materiales; y se quiere, al mismo tiempo, que vencer en ese campo sea más grande que vencer en el otro. Por otra parte es fácil; se elige un combate leve que ante los ojos de los demás parezca peligroso; se imagina uno que ésa es la verdad, se vence, y se convierte uno en un héroe con más seguridad que si se hubiese vencido en el otro combate, indigno de un hombre. Ciertamente, cuando junto con las preocupaciones materiales hay que combatir a un enemigo oculto en el propio seno, no es extraño que se desee estar libre de ese combate. Se debería ser bastante honesto consigo mismo para

reconocer que se ha evitado esa lucha porque era mucho más pesada que cualquier otra obsesión; pero si esto es cierto, la victoria es también mucho más bella. Si uno mismo no ha estado en esa lucha, hay que reconocer a todo luchador que su lucha es la más peligrosa, se le debe una reparación de honor. Si un hombre considera las preocupaciones materiales con ese criterio, como lucha de honor, en forma aún más estricta que cualquier otra lucha, ya ha dado un paso hacia adelante. Se trata aquí de estar correctamente orientado, de no perder el tiempo en deseos sino de comprender la tarea. Si ella parece pobre e insignificante, mezquina y desalentadora, se sabe que esto hará la lucha más difícil y la victoria más hermosa. Hay personas a quienes honra una condecoración y hay personas que honran la condecoración; que esto sea dicho para aquel que sintiéndose con la fuerza y el deseo necesarios para emprender combates de resonancia debe conformarse con lo más penoso: luchar por las preocupaciones materiales.

La lucha por las preocupaciones materiales tiene esta condición, muy útil para la formación, la de ofrecer una recompensa muy modesta o casi nula —el que lucha lo hace para ser capaz de poder continuar la lucha. Cuanto mayor es la recompensa, cuanto más externa al hombre, más intensamente el luchador debe sacar provecho de todas las pasiones equívocas que andan en todo hombre. Ambición, vanidad, orgullo, son fuerzas que tienen una enorme elasticidad y que pueden llevar muy lejos a un hombre. El que lucha contra preocupaciones materiales muy pronto verá que esas pasiones se sustraen a él; pues, ¿cómo podría creer que tal lucha pueda interesar a los otro o provocar la admiración ajena? Si no tiene otras fuerzas

está desarmado. La recompensa es muy débil pues, cuando se ha esforzado y trabajado como esclavo, tal vez haya ganado justo lo necesario para mantenerse —mantenerse y seguir trabajando—. Por eso, como ves, las preocupaciones materiales son ennoblecedoras y útiles para la formación: no permiten que un hombre se engañe acerca de sí mismo. Si no ve algo superior en esa lucha, entonces ella es lastimosa y el hombre tiene razón si piensa que es miserable luchar para ganar el pan con el sudor de su frente. Pero esa lucha es ennoblecedora, porque lo obliga a ver en ella algo más y, si no quiere rechazarse a sí mismo, lo obliga a mirarla como una lucha de honor y a comprender que la recompensa es pequeña para que el honor sea proporcionalmente mayor. Por consiguiente, ese hombre lucha para asegurar su suerte, pero lucha ante todo para adquirirse a sí mismo, y nosotros, los que no hemos sufrido pero tenemos el sentimiento de lo que es verdaderamente grande, cuidaremos, con su permiso, de que sea honrado como miembro de honor de la sociedad. Él sostiene una doble lucha; puede, al mismo tiempo, perder en una y ganar en la otra. Supongamos y, es poco verosímil, que todos sus esfuerzos para ganarse el pan hayan sido inútiles; habrá perdido, pero, al mismo tiempo, puede ganar la más hermosa victoria. Sobre ésta fijará los ojos y no sobre la recompensa que no tuvo, pues es demasiado débil. El que tiene en vista una recompensa olvida la otra lucha; si no alcanza la recompensa, lo ha perdido todo; si la alcanza, el modo como ha llegado a ella siempre queda dudoso.

¿Qué lucha podría ser más útil para la formación que la de las preocupaciones materiales? ¡Cuánta simplicidad se necesita para poder sonreír alguna vez ante tan-

tos afanes y tantas fatigas como las que se impone un espíritu inmortal para poder vivir, cuánta humildad para conformarse con lo poco que se adquiere con dificultad, cuánta fe para ver también en la propia vida una Providencia! Es fácil decir que Dios es grande sobre todo en las pequeñas cosas, pero se necesita una fe muy firme para verlo en ellas. ¡Cuánta sinceridad y penetración debe tener la propia conciencia para que uno esté convencido de que hace todo cuanto puede, cuánta perseverancia y vigilancia! ¿Qué enemigo es más insidioso que la pena? Algunos movimientos osados no bastan para librarse de ella, ni se la hará huir con grandes ruidos y aspavientos. ¡Cuánta gracia y cuánta dignidad para esquivarla y, sin embargo, no huir de ella! ¡Cuántas veces han de ser cambiadas las armas; a veces hay que trabajar, otras, esperar, a veces desafiar! ¡Y con cuánto placer, alegría, levedad, flexibilidad hay que saber cambiar las armas para evitar la victoria del enemigo! Y, entre tanto, el tiempo pasa, al hombre no siempre le es dada la oportunidad de ver la realización de sus hermosos proyectos, el cumplimiento de sus deseos juveniles. Ve que otros tienen éxito, atraen las masas alrededor de ellos, se hacen aplaudir, se regocijan ante los gritos de alegría, y él quedará sin público, solitario en el escenario de la vida; nadie tiene tiempo para él, y es evidente que el tiempo es necesario, pues sus concepciones no son juglería de media hora, sus pruebas de habilidad son de una especie más refinada y exigen un público más culto. Pero tampoco lo desea. Tal vez se diga, cuando tenía veinte años yo también soñaba con la lucha, me imaginaba estar en la palestra, miraba hacia el balcón y veía a las jóvenes inquietas por mi causa, veía cómo me aclamaban, y olvidaba la fatiga del combate. Ahora estoy

viejo, mi lucha es otra pero mi alma no es menos altiva. Pido otro juez, un perito, pido ojos que miran secretamente, que no se cansen de mirar, que vean la lucha y el peligro; pido oídos que escuchen el trabajo del pensamiento, que adivinen cómo se desprende de la tortura de la obsesión lo mejor de mi naturaleza. Admiraré a ese juez del combate, aspiro a su aplauso, aun cuando tal vez no lo merezca. Y cuando se me ofrezca la copa de los dolores humanos, no miraré la copa sino al que me la ofrece, tampoco irá mi mirada al fondo de la copa para ver si la he vaciado, sino, firmemente, al que me la ofrece. Con alegría tomaré la copa entre mis manos, pero no la vaciaré, como en las ocasiones solemnes, a la salud de otro, pues yo mismo gozo con el sabor de la bebida; quiero gustar su amargura y, al gustarla me gritaré: a mi salud, pues sé, estoy seguro, que con esa bebida adquiriré salud eterna.

Creo que es así como hay que considerar la lucha contra las preocupaciones materiales. No haré uso del derecho que tengo sobre ti, para importunarte preguntándote en qué parte de tu estética tratas esta cuestión, sólo te pediré que juzgues por ti mismo si la vida pierde realmente belleza en esta lucha —a menos que uno así lo quiera— o si no adquiere belleza superior. Negar la existencia de esa pena es pura locura; olvidar su existencia porque pasa de largo, es pura inconciencia y, si se pretende tener una concepción de la vida, es insensibilidad o cobardía.

No vale como objeción decir que muchas personas no consideran en esa forma las preocupaciones materiales. Sin duda se obra bien y con justicia deseándoles que tengan bastante magnanimidad para mirarlos así, bastante inspiración para no equivocarse, como hicieron esos hom-

bres que, según dice la Escritura [66], pervirtieron sus sentidos y desviaron los ojos para no ver el cielo y mirar a Susana.

La concepción ética que quiere que el deber de todo hombre sea trabajar para vivir, tiene dos ventajas sobre la concepción estética. En primer lugar, está en armonía con la realidad, explica algo general de ella, mientras que la concepción estética presenta algo fortuito y no explica nada. Además, concibe al hombre según su perfección, lo ve en su verdadera belleza. Esto ha de ser considerado como lo necesario y más que suficiente en esta cuestión. Si deseas observaciones empíricas, te las daré por añadidura, no porque la concepción ética necesite tal ayuda, sino porque tal vez te puedan servir.

Conocí hace tiempo a un anciano que solía decir que era bueno que el hombre aprendiera a trabajar para vivir; lo que es cierto para los niños vale para los de más edad, hay que ocuparse del asunto con tiempo. Pienso que no es conveniente que un joven cargue de inmediato con preocupaciones materiales, sino que aprenda a trabajar para vivir. La independencia tan alabada puede ser una trampa; todo deseo puede ser satisfecho, cualquier inclinación puede ser seguida, todos los caprichos pueden ser alimentados hasta que al fin se vuelven contra uno mismo. El que tiene que trabajar no puede conocer el vano placer de poder obtenerlo todo, de desafiar con su riqueza, de alejar cualquier obstáculo con dinero, de comprar cualquier libertad; pero su alma tampoco debe agriarse, no debe, como muchos jóvenes ricos, dar la espalda a la existencia con desprecio altivo, diciendo como

66. *La Escritura*: Daniel, 13, 9 y 13, 12.

Yugurta[67]: "Ciudad para vender, si tienes comprador"; tampoco debe, en un tiempo transitorio, adquirir una sabiduría que perjudique a los demás hombres y a él lo haga desgraciado.

No puedo negar que cuando oigo personas que se quejan de tener que trabajar, de tener que preocuparse de semejantes cosas, personas cuya alma bien nacida no debería dejarse abatir en esa forma, me impaciento de tal modo que llego a desear que un Harum al Raschid[68] se encuentre entre nosotros para hacer apalear a los que se quejan sin motivo. Tú no tienes necesidad de trabajar para vivir, y no tengo la intención de aconsejarte que dilapides tu fortuna para poder encontrarte en la necesidad de trabajar; eso no sirve para nada y tal experimento es algo que no conduce a ninguna parte. Creo, sin embargo, que te sería útil dar con las condiciones necesarias para vivir. Para que puedas vivir, es necesario que trates de dominar tu melancolía innata. Por esto puedo decirte, como ese anciano del cual te hablé, que de ti se han ocupado a tiempo; esta melancolía ha sido tu desgracia, pero, ya verás, llegará un día en que digas que ella ha sido tu felicidad. Busca entonces las condiciones necesarias para vivir. No perteneces a la clase de los que me impacientan con sus quejas, prefiero creer que harás cualquier cosa antes que quejarte y sabes aceptar en silencio tus sufrimientos, maravillosamente. Pero cuida de no caer en el extremo contrario, en un mutismo absurdo que desgasta sus fuerzas en ocultar el dolor, en vez de emplearlas en soportarlo y vencerlo.

Nuestro héroe está pues dispuesto a trabajar, no por-

67. Salustio, *Yugurta*, 35, hablando de Roma.
68. *Harum al Raschid*: De *Las mil y una noches*.

que esto sea para él *dura necessitas*[69], sino porque lo considera como lo más hermoso y los más perfecto. (Creer que no es asi, que sólo lo acepta porque tiene que resignarse, es uno de esos malentendidos tan malos como absurdos que privan a un hombre de sus méritos para atribuirlos a lo fortuito). Pero, justamente porque quiere trabajar, su actividad se convierte en trabajo, pero no en trabajo de esclavo. Él pide entonces algo superior para designar su trabajo en relación con él mismo y con los demás, una expresión que determinará su trabajo como placer y, al mismo tiempo, indicará su importancia. Aquí se necesita de nuevo una reflexión. Sin duda le parecerá indigno de él comprometerse con el hombre prudente que habló de 300 rixdales; pues nuestro héroe es como el común de los mortales. Si bien se han ocupado de él a tiempo, también gusta algo de la vida estética; es como el común de los mortales, ingrato. Aun cuando sea el moralista quien lo sacó de apuros anteriormente, no se dirigirá a él en primer término. Piensa, tal vez en secreto, que el esteta puede finalmente ayudarlo; el moralista, si bien lo sacó de apuros, nuestro héroe no es bastante vil para no recordarlo, no le puede ofrecer dinero. Se dirige entonces a un esteta un poco más humano. Éste tal vez sepa hablarle también de la importancia del trabajo; al fin la vida se hace tediosa sin trabajo. "Pero su trabajo no debe ser trabajo en sentido estricto, sino que debe poder ser determinado como placer. Si uno descubre en sí mismo un talento aristocrático o algún otro talento que lo distingue del montón, ese talento no se desarrolla a la ligera, pues pronto nos cansaríamos de él, sino con toda la se-

69. *Dura necessitas*: La dura necesidad, Horacio, *Odas*, III, 24, 6.

riedad estética posible. La vida tendrá entonces para uno nueva importancia, porque se tiene un trabajo, y un trabajo que, en realidad procura placer. Gracias a la independencia económica, se cuida ese talento para que pueda desarrollarse en toda su riqueza sin ser aminorado por la vida. Sin embargo, no se hará de ese talento una tabla de salvación a través de la vida, sino un ala gracias a la cual se emprende vuelo por encima del mundo; no se hará de él un fornido caballo de labor, sino un caballo de adorno." Pero nuestro héroe no posee talento aristocrático, es como el común de los mortales. El esteta, entonces, no conoce ninguna solución para él, "debe conformarse con la determinación trivial de la muchedumbre, ser un obrero de la vida"; "no pierda coraje, el coraje tiene también su importancia, es honesto y respetable; sea usted un hombre hábil y enérgico, un miembro útil de la sociedad. Me alegra ya la idea de volver a ver, pues cuanto más variada es la vida más interesante es para el observador. Así, todos los estetas odiaríamos un traje nacional, pues sería muy fastidioso comprobar si todos están vestidos del mismo modo; que cada uno se haga cargo de sus actividades en la vida a su modo, en esa forma la vida será más bella para mí y para los que hacemos de su estudio nuestra profesión". Nuestro héroe, así lo espero, se impacientará un poco ante semejante trato, se indignará de la osadía de semejante clasificación de los hombres. Agreguemos que la independencia desempeña también un papel en esa concepción del esteta, y que, por último, el esteta no es indipendiente.

Tal vez nuestro héroe no pueda todavía decidirse a tratar con el moralista, intenta un nuevo ensayo. Se encuentra con alguien que le dice: hay que trabajar para

vivir, la vida es así. Le parece que ha dado con el que buscaba, pues es lo mismo que él pensaba. Quiere pues, tomarlo en cuenta. "Hay que trabajar para vivir, la vida está hecha así, es el aspecto trivial de la existencia. Uno duerme siete horas por día, es tiempo perdido pero no hay nada que hacerle. Con cinco horas de trabajo se tiene con qué vivir, y, cuando se lo tiene, se empieza a vivir. Es preferible que el trabajo sea banal y tan fastidioso como sea posible con tal de que dé para vivir. Si se tiene un talento especial que no se lo malogre haciendo de él un medio de sustento. No, hay que cuidarlo con celo, se lo posee para sí mismo y procura más placer que un niño a su madre, se lo forma, se lo desarrolla durante doce horas por día, se duerme siete horas, se es un bárbaro durante cinco, y la vida será así bastante aceptable, sí, incluso bastante hermosa; pues cinco horas de trabajo no son nada espantoso, dado que el pensamiento no está en el trabajo, las fuerzas se concentran para la ocupación querida."

Tampoco ahora ha progresado nuestro héroe. Por un lado no tiene ningún talento especial para ocupar doce horas en su casa y, por el otro, ya se ha hecho una mejor opinión del trabajo, opinión que no quiere abandonar. Decidirá entonces buscar de nuevo la ayuda del moralista. Las palabras de éste son breves: "El deber de todo hombre es tener una vocación". No puede decir más, pues la ética como tal es siempre abstracta, y una vocación abstracta, buena para todos, no existe; lejos de ello, la ética supone que todo hombre tiene una vocación especial. El moralista no puede indicar a nuestro héroe qué vocación ha de elegir; pues para eso es necesario un conocimiento minucioso de lo que hay de estético en su personalidad, y, aun si el moralista tuviese ese conocimiento, se abstendría,

de todos modos, de elegir por él, pues sería negar su propia concepción de la vida. Lo que el moralista puede enseñarle es que existe una vocación para todo hombre y que, una vez hallada, hay que elegirla éticamente. Lo que el esteta decía de los talentos aristocráticos eran palabras turbadoras y escépticas acerca de lo que el moralista explica. Las concepciones de la vida de los estetas se basan siempre sobre las diferencias: algunos hombres tienen talento, otros no, y, sin embargo, lo que los distingue es un más o un menos, una determinación cuantitativa. Desde este punto de vista, los estetas obran arbitrariamente deteniéndose en un punto particular, y el nervio de su concepción de la vida se encuentra precisamente en ese proceder arbitrario. Su concepción de la vida crea, por lo tanto, una discordia en la existencia, discordia que no podrán detener por sí mismos, mientras intentan, con frivolidad y crueldad, armarse contra ella. El moralista, en cambio, concilia al hombre con la vida, pues dice: todo hombre tiene una vocación. No anula las diferencias, pero dice: el hecho de ser una vocación es lo general que queda en todas las diferencias. El talento más eminente es una vocación y el individuo que lo posee puede desconocer la realidad, él no se encuentra fuera de lo común al género humano, pues su talento es una vocación. El individuo más insignificante tiene una vocación, no debe ser rechazado, no debe ser lanzado a una vida en el *confinium* [70] de los animales, no se encuentra fuera de lo común al género humano, tiene una vocación.

La proposición ética de que todo hombre tiene una vocación expresa que existe un orden razonable de cosas,

70. *Confinium*: Frontera, en los confines.

dentro del cual todo hombre, si quiere, ocupa su lugar de modo que exprese a la vez lo individual y lo que es común al género humano. ¿Acaso la existencia es menos hermosa por esta concepción? Ya no puede uno regocijarse pensando en una aristocracia cuya importancia está basada sobre algo fortuito, y basada de modo fortuito; no, se tiene un reino de dioses. [71]

En cuanto el talento no es comprendido como vocación —y todo hombre tiene una vocación, en cuanto el talento es comprendido así— es absolutamente egoísta. Por lo tanto, quien base su vida sobre su talento llevará una existencia de bandido. Lo mejor que puede decir del talento es que es talento. Este talento desea avanzar en toda su diferencia. Por lo tanto, todo talento tiene tendencia a constituirse en centro y, para llegar a eso, todas las condiciones deben estar a su disposición; pues sólo en ese empuje salvaje se encuentra el verdadero goce estético del talento. Si existe al mismo tiempo un talento de otra naturaleza, los dos talentos entran en un conflicto de vida o muerte; pues no tienen nada concéntrico, ninguna expresión superior que les sea común.

Nuestro héroe ha encontrado lo que buscaba, un trabajo que le permite vivir. Ha encontrado, además, una expresión más significativa para la relación de ese trabajo con su personalidad; es su vocación, y su realización por consiguiente está ligada a la satisfacción de toda su personalidad. Ha encontrado, además, una expresión más significativa para la relación de su trabajo con los demás, pues desde que su trabajo es una vocación, él ha

71. *Reino de dioses*: Recuerda lo que Cineas, ministro en Roma del rey Pirro, dijo del Senado romano: "Una asamblea de reyes", Plutarco, *Pirro*, 19.

quedado esencialmente asimilado a los demás; por su trabajo hace lo mismo que ellos; él cumple con su vocación. Sólo pide que le reconozca esto, pues es lo absoluto. Incluso si mi vocación es modesta, dice, puedo serle fiel y seré así tan grande como el más grande, sin caer en el absurdo de olvidar las diferencias un solo instante; por otra parte, esto último no me convendría, pues si yo las olvidara, habría una vocación abstracta para todos, pero una vocación abstracta no es vocación, y de nuevo, habría perdido tanto como los grandes. Siendo mi vocación modesta, puedo, sin embargo serle fiel y, si lo soy, cometo un pecado, un pecado que es tan grande como el del más grande. No seré bastante absurdo para querer olvidar las diferencias o para suponer que mi infidelidad tendría, para el conjunto, consecuencias tan desastrosas como la infidelidad de los más grandes, esto no me convendría y yo mismo sería quien más habría de perder.

La concepción ética que dice que todo hombre posee una vocación tiene dos ventajas sobre la teoría estética. Por un lado, no muestra lo fortuito de la existencia sino lo general, por otro, muestra lo general en toda su belleza. Pues el talento sólo es bello cuando todo hombre tiene una vocación. Si es así, te rogaría no desdeñaras una observación empírica, que, referida a la concepción principal, tendrás la bondad de considerar superflua. Cuando un hombre tiene una vocación, generalmente hay fuera de él una norma que, sin hacer de él un esclavo, le indica lo que debe hacer, regula el tiempo por él, le indica el momento de comenzar. Si, por casualidad, su actividad no tiene éxito, espera que otra oportunidad sea mejor, y esta oportunidad no está alejada en el tiempo. En cambio, el que no tiene vocación y desea tener una tarea debe la ma-

yoría de las veces trabajar de otro modo, *uno tenore*[72]. No sufre ninguna interrupción, salvo que quiera interrumpirse él mismo. Si para él algo se derrumba, todo se derrumbaría, y le será difícil volver a empezar, ya que la oportunidad le falta. Estará tentado de convertirse en un pedante o en un ocioso. Generalmente se llama pedantes a personas que no tienen asuntos muy precisos. Pero tal hombre no puede, por lo general, volverse pedante. En cambio el que no tiene asuntos precisos estaría tentado de serlo, a fin de resistir un poco a la libertad demasiado grande donde tiende a perderse. Por eso se le puede perdonar su pedantería, que es señal de algo bueno; pero hay que considerar también esa pedantería como un castigo, porque él ha querido emanciparse de lo general.

Al llamar a su trabajo vocación, nuestro héroe encontraba una expresión más apropiada para la relación de ese trabajo con el de los demás. Entonces es reconocido, ha cumplido con su mandato. Cumpliendo con su vocación, él encuentra su satisfacción, pero, además, pide una expresión de la relación de esa actividad con la de los demás, pide hacer obra útil. Tal vez se desvíe de nuevo al quererlo. El esteta le explicará que dar satisfacción al talento es la finalidad suprema, y que la cuestión de la obra útil o no es completamente accesoria. Tal vez choque con una estrechez práctica que, en su celo inepto, pretende hacerlo todo; o con grandes ínfulas estéticas que pretenden que hacer obra útil en este mundo corresponde a ciertas almas selectas, que existen algunos hombres de eminente talento que hacen obra útil y que el resto de los hombres

72. *Uno tenore*: Sin interrupción.

es *numerus* [73], lo superfluo en la vida, prodigalidad del Creador. Ninguna de estas explicaciones satisface a nuestro héroe, pues él pertenece al común de los mortales.

Volvamos de nuevo al moralista. Dice: lo que todo hombre hace y puede hacer como obra útil es su tarea en la vida. Pues si hubiera algunos hombres capaces de obra útil y otros no, y la razón de tal cosa debiera buscarse en su calidad de fortuito, el escepticismo volvería de nuevo por sus fueros. Por eso hay que decir todo hombre hace, en definitiva, tanta obra útil como cualquier otro. Yo no preconizo en forma alguna la indolencia, pero hay que ser prudente al emplear la expresión "hacer obra útil". Siempre ha sido objeto de tus burlas y dijiste, hace tiempo, que "por esa razón has estudiado el cálculo integral, el cálculo diferencial, el cálculo infinitesimal, para sacar la cuenta de lo que un comisionista de la marina, considerado por sus colegas como buen empleado, ha podido hacer en cuanto a obra útil para el conjunto". Puedes lanzar tus pullas contra los que quieren darse ínfulas en la vida, pero nunca abuses de ellas para perturbar los espíritus.

Esta expresión "hacer obra útil" designa una relación entre mis actos y algo que se encuentra fuera de mí. Es fácil ver que esa relación no depende de mí y que en ese sentido se puede decir del más eminente de los talentos que no hace nada útil, como se lo puede decir del hombre más modesto. Esto de ninguna manera significa desconfianza de la vida, sino, por el contrario, reconocimiento de mi propia insignificancia y respeto por la importancia de los demás. El talento más eminente puede realizar su

73. *Numerus*: Número, la gran muchedumbre; Horacio, *Epístolas*, 1, 2, 27.

tarea, y puede hacerlo el hombre más modesto. Ninguno puede ir más allá. No está en su poder el decidir si harán obra útil, sino impedir que no la puedan hacer. Abandono entonces esa suficiencia que, tan a menudo, se pone a sus anchas en la vida, cumplo mi tarea sin perder tiempo preguntándome si hago obra útil. Lo que por esta vía hago, sigue mi actividad como mi felicidad, felicidad de la que me regocijo, pero que de ningún modo me puedo atribuir. Un abeto crece hasta hacerse grande, forma su copa y los hombres gozan de su sombra. ¿Puede acaso impacientarse y decir: "aquí, donde estoy, casi nunca veo un ser viviente, para qué sirve que yo crezca, que desarrolle mis ramas, qué obra útil hago de este modo?". Sólo conseguiría detener su crecimiento, y tal vez algún día llegara un viajero que dijese: si este árbol en vez de ser un engendro hubiese sido un abeto frondoso, yo habría podido decansar a su sombra. Reflexiona: ¡si el árbol hubiera podido oír!

Todo hombre puede realizar una obra útil, puede cumplir su tarea. La tarea puede ser de órdenes diversos, pero siempre hay que recordar que todo hombre tiene su tarea, y que de ese modo la expresión de que cada uno cumple con la propia tarea constituye un acuerdo tácito entre todos. La relación de mi tarea con otras cosas, es decir la obra útil que yo debo hacer, no depende de mí (comprendiendo la expresión obra útil según la acepción corriente). Incluso aquel cuya tarea en la vida es desarrollarse a sí mismo, incluso ése, hace obra útil, en definitiva, tanto como los demás. Se podría entonces creer que tenía razón aquel esteta que pensaba que no hay que reflexionar en lo que se hace, sino sólo gozar de la satisfacción que da el despliegue del talento. Pero el

error estaba en la determinación egoísta del talento. Él se creía entre los elegidos, y no quería realizar en su vida lo general, ni considerar su talento como su tarea. En cambio, el hombre del cual hay que decir que su tarea es desarrollarse a sí mismo exclusivamente, casi con seguridad pertenece, humanamente hablando, a los menos dotados. Una joven, por ejemplo, está por cierto entre aquellos de los que no se podría decir que han de hacer obra útil. Si, por añadidura, se ha visto privada de toda posibilidad de hacer algo útil a causa de sus amores desgraciados, puede, sin embargo, desarrollándose a sí misma, realizar una obra útil tanto como el más grande.

Realizar una obra útil y cumplir con su tarea son, por lo tanto, dos cosas idénticas. Imagínate un hombre profunda y sinceramente conmovido; no piensa si debe hacer obra útil o no, pero la idea debe abrirse paso en él, a cualquier precio, sea él orador, pastor o cualquier cosa. Él no habla a la multitud para hacer obra útil, pero lo que resuena en él debe hacerse oír, sólo así es feliz. ¿Crees que realizará menos obra útil que aquel, que, ante sus propios ojos, tiene la suficiencia de pensar en lo que hará en tal orden de ideas y que se estimula con el pensamiento de lo útil que puede hacer? Imagina un autor; nunca se pregunta si tendrá lectores o si su obra será útil, sólo quiere la verdad, sólo persigue la verdad. ¿Crees que ese escritor hace menos obra útil que aquel cuya pluma está vigilada y dirigida por el pensamiento de hacer obra útil?

Es extraño, ni tú, ni yo, ni tampoco nuestro héroe, lo habíamos observado, y, sin embargo, es así —nuestro héroe posee un talento excepcional—. Así es como lo espiritual puede engañar en un hombre, hasta que su

crecimiento silencioso haya alcanzado un cierto punto y se proclame súbitamente en todo su vigor. El esteta dirá probablemente: sí, ahora es demasiado tarde, ahora está muy cambiado; lástima de joven. Pero el moralista dirá probablemente: ¡qué suerte!, desde que se ha dado cuenta de la verdad, su talento no será para él una trampa bajo sus pies; comprenderá que no es necesario ni la independencia, ni un trabajo de esclavo durante cinco horas diarias para protegerlo, sino que su talento es su vocación.

Nuestro héroe trabaja para vivir; ese trabajo es, al mismo tiempo, su vocación, cumple su tarea, y, para decirlo así todo con una expresión que te espanta, se gana el pan. No te impacientes, que lo diga el poeta [74], parecerá mejor: en vez de "la pera dorada de la infancia" hubo "el pan ganado con honor". ¿Y qué más? Sonríes, piensas que soy astuto, que escondo algo más, desconfías ya de mi prosaísmo; pues, "ahora, sin duda, ya piensas nada menos que en verlo casado; sí, te lo ruego, haz correr las amonestaciones, nada tendré que decir contra vuestras piadosas intenciones, las tuyas y las suyas. Es increíble ver cómo la lógica se adueña de la existencia, un modo de ganar el sustento y una mujer, sí, aun el poeta que nombraste recientemente, sugiere, con su cebo, con bastante claridad, que junto con el trabajo viene la mujer. Sólo contra una sola cosa protesto, que a tu cliente lo llamas héroe. He sido complaciente, conciliador, no he clamado por justicia, siempre tuve en él alguna esperanza, pero ahora me disculparás si me oriento por otra vía y si me faltan ganas para seguir escuchándote. Res-

74. Baggesen: *La adquisición.*

peto a un hombre positivo que no se ocupa más que de ganarse el pan y que quiere casarse; ¡pero llamarlo héroe! Supongo que él mismo no pretende tanto". Piensas que una persona debe hacer algo extraordinario para que se le llame héroe. En tal caso te esperan resultados sorprendentes. Supón que se necesita gran coraje para hacer cosas ordinarias; el que demuestra gran coraje es un héroe, y es su modo de hacer las cosas, antes que las cosas mismas, lo que nos permite llamarlo héroe. Se puede conquistar países y reinos sin ser un héroe; siendo dueño de uno mismo se puede ser un héroe [75]. Algunos pueden demostrar coraje en las cosas ordinarias, otros en las extraordinarias. La cuestión está en saber cómo las hacen. ¿Puedes negar que nuestro héroe, en lo que precede, ha demostrado disposición para querer realizar algo extraordinario? No, todavía no me atrevo a ser enteramente su garante. Probablemente sobre esto basaste tu esperanza de verlo convertirse en verdadero héroe; sobre eso baso yo mi temor de verlo volverse loco. Tuve para con él la misma indulgencia que tú; desde el principio puse en él mi esperanza, lo he llamado "héroe", aún cuando muchas veces pareció hacerse indigno de ese título. Por lo tanto, si consigo verlo casado, lo dejaré tranquilamente escaparse de mis manos y lo entregaré complacido en las de su mujer. Pues el humor recalcitrante de que ha dado pruebas indica que debe ser colocado bajo una vigilancia especial. Su mujer se encargará de ello y todo marchará bien; cada vez que intente querer ser un hombre excepcional, inmediatamente su mujer lo orientará de nuevo;

75. *El que es dueño de sí mismo*: Proverbios, 16, 32. "Mejor es el que tarde se aira que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad".

así merecerá con toda propiedad el nombre de héroe y su vida no estará privada de hazañas. Ya no tengo mucho que hacer con él, salvo que él se sienta atraído hacia mí, del mismo modo que yo me sentiré atraído por él si continúa su vida heroica. Entonces encontrará en mí un amigo y nuestras relaciones no carecerán de importancia. Si, en ese momento, te separas de él, se consolará tanto más, cuanto que desconfiaría fácilmente si te fuera grato interesarte por él. A este respecto, lo felicito como felicitaría a todo marido en el mismo caso.

Pero no hemos llegado todavía a ese punto ni mucho menos. Puedes entonces conservar durante mucho tiempo la esperanza, al menos mientras yo tenga algo que temer. Pues nuestro héroe es como el común de los mortales y tiene disposición para lo que es extraordinario; es, además, un poco ingrato, y, de nuevo, deseará ahora tentar fortuna con los estetas antes de volver al moralista. También sabe adornar su ingratitud; cierto es, dice, que el moralista me ayudó a salir de apuros, la concepción de mi actividad, que le debo, me da entera satisfacción, su seriedad me conforta. Pero, en cuanto se refiere al amor, desearía gozar de libertad y seguir el impulso de mi corazón; el amor no gusta de la seriedad, pide la ligereza y la gracia de la estética.

Como ves, todavía él puede darme algún trabajo. Hasta parece que no hubiese comprendido lo que precede. Piensa siempre que la ética se encuentra fuera de la estética, aunque él mismo tenga que confesar que la vida debe su belleza a la concepción ética. En fin, ya veremos. Echa más leña al fuego, y muchas cosas más tendré que enderezar.

Aunque nunca hayas contestado ni oralmente, ni por

escrito una carta anterior, espero que recordarás todavía su contenido; en ella yo trataba de demostrar que precisamente por la ética es el matrimonio la expresión estética del amor. Probablemente, tendrás en cuenta lo que en ella he desarrollado, con la seguridad de que, si tuve la suerte de hacértelo comprender, me será fácil explicarlo a nuestro héroe. Éste ha dirigido a los estetas y los ha dejado, no sabiendo qué hacer y comprendiendo, más bien, lo que no debe hacer. Durante algún tiempo ha sido testigo de la habilidad de un seductor, ha escuchado sus palabras hipócritas, pero aprendió a despreciar su arte, a adivinar que era un mentiroso, un mentiroso cuando finge amor, un mentiroso cuando disfraza sentimientos en los cuales tal vez hubo un día verdad, cuando él los experimentaba para otra mujer—; aprendió que miente doblemente, a aquel al cual quiere hacer creer que tiene esos sentimientos y a aquel al cual pertenecen realmente; aprendió que es un mentiroso cuando se imagina que hay algo bello en su deseo. Aprendió a despreciar la mofa elegante que quiere trasformar su amor en una chiquilinada que sólo merece una sonrisa. Ha visto tu obra de teatro favorita: *Los Primeros Amores.* No pretende juzgar la obra desde el punto de vista estético, pero le parece que el autor es injusto al dejar que Carlos se degrade tanto durante los ocho años de ausencia. Reconoce que esas cosas pasan en la vida; pero piensa que hay una contradicción en la obra y es que Emelina sea a la vez una insensata romántica y una joven realmente encantadora, condición que Rinville [76] le reconoce desde la primer mirada, a pesar de estar prevenido

76. *Rinville, el primer golpe de vista*: Escena II.

en su contra. Piensa que, aún en ese caso, es injusto dejar que Carlos se convierta en un perdido en ocho años. Le parece que la obra debería terminar como tragedia, no como zarzuela. Le parece que el autor es injusto al dejar que Emelina se conforme tan fácilmente con su malentendido, frívolamente perdone a Rinville, que la engañó, frívolamente olvide a Carlos, y así, frívolamente, se burle de sus propios sentimientos, frívolamente base todo su porvenir sobre su propia frivolidad, sobre la frivolidad de Rinville, sobre la frivolidad de Carlos. Es verdad que la primer Emelina le puede parecer sentimental y exaltada; pero la Emelina enmendada, la Emelina sagaz es, ante sus ojos, un ser muy inferior al primero, a pesar de toda la imperfección de este último. Encuentra que es imperdonable que el autor presente al amor como una bufonada que puede estar asimilada durante ocho años y ser trastornada en media hora, sin que tal perturbación deje ninguna impresión. Le alegraba ver que las personas más respetadas por él no eran las que más se reían al escuchar la obra. La burla, en cierto momento, le heló la sangre, pero ahora siente fluir los sentimientos nacidos en su seno, se ha convencido de que éstos son el principio vital del alma, como una arteria que, cortada, conduce a la muerte. Poco tiempo se ha dejado adormecer por esa desconfianza respecto de la vida que quiere enseñar que todo es efímero, que el tiempo lo cambia todo, que uno no tiene sobre qué basarse y que, por lo tanto, jamás se puede concebir un proyecto para la vida entera. El cansancio y la cobardía que había en él le hacían aceptables esas palabras, es un traje que se pone cómodamente y resulta bastante ventajoso a los ojos del mundo. Sin embargo, ha examinado esas

palabras con mirada penetrante, ha visto la hipocresía, los apetitos sensuales humildemente revestidos, la bestia salvaje con piel de cordero; y aprendió a despreciarlas. Ha comprendido que era una ofensa, y por lo tanto algo feo, querer amar a un ser en lo que hay de oscuro en su naturaleza y no en lo que es consciente, querer ser amado de modo que se pueda imaginar la terminación de ese amor y luego decir: no es mía la culpa, los sentimientos no se dejan gobernar. Ha comprendido que era una ofensa, y, por lo tanto, algo feo, querer amar con una parte del alma y no con el alma entera; querer hacer de su amor un elemento y aceptar, sin embargo, todo el amor del otro; querer ser, en cierta medida, un enigma y un secreto. Ha comprendido que sería feo tener cien brazos que le permitieran abrazar de una sola vez a muchos; no tiene sino dos brazos y sólo desea abrazar a una sola. Ha comprendido que era una ofensa querer ligarse a otro ser del mismo modo que uno se liga a cosas finitas y fortuitas, es decir, condicionalmente, para poder retroceder si, más tarde, surgen dificultades. No cree en la posibilidad de que la que ama cambie, si no es para mejorar y, si cambia, entonces cree en el poder de la Providencia para repararlo todo. Reconoce que lo que el amor pide es una piadosa contribución que, como el tesoro sagrado, se ha pagado con una moneda especial [77], y que no se reciben todas las riquezas del mundo en pago de una pequeña deuda si la moneda es falsa.

Ya lo ves, nuestro héroe está bien encaminado, ha perdido la confianza en la sabiduría impenitente de los estetas y en la creencia que éstos tienen en oscuros

77. *Moneda especial*: El Éxodo, 30, 1.

sentimientos que serían difícilmente expresados como deberes. Aceptó la explicación del moralista; cree que casarse es deber de todo hombre; lo ha comprendido correctamente, es decir, sabe que el que no se casa no es un pecador, a menos que sea por su propia culpa —pues entonces falta a lo que es común al género humano y que le ha sido presentado como tarea que debe cumplir—, sabe que el que se casa realiza lo general. El moralista no puede ir más lejos; pues, como ya lo he dicho, la ética es siempre abstracta, sólo puede decirle lo general. Tampoco puede decirle con quién debe casarse. Para hacerlo necesitaría tener conocimiento exacto de todo lo estético que hay en él; el moralista no tiene ese conocimiento y, si lo tuviera, se cuidaría de anular sus propias teorías encargándose de elegir en lugar de él. Cuando haya elegido, la ética aprobará su elección y elevará su amor, y, en cierta medida, también lo ayudará en la elección, pues lo liberará de la creencia en lo fortuito, dado que una elección exclusivamente estética es, en definitiva, una elección infinita. La ética ayuda inconscientemente a todo hombre; pero puesto que esa ayuda es inconsciente, parecerá una disminución, consecuencia de la miseria de la vida, en vez de ser una elevación, consecuencia de la naturaleza divina de la vida.

"Se puede dejar que un hombre que tiene tan excelentes principios marche solo; dices, se puede esperar de él grandes cosas". Pienso lo mismo, y quiero creer que sus principios son bastante seguros para que tus burlas no los perturben. Sin embargo, hay todavía un obstáculo antes de llegar a puerto. En efecto, nuestro héroe ha escuchado a un hombre, cuyo juicio aprecia, señalar que, dado que mediante el matrimonio uno se liga para toda

la vida a otro ser, hay que ser prudente en la elección; debe ser una joven excepcional que, precisamente por su carácter excepcional, dé seguridad para todo el porvenir. ¿No crees que deberíamos estar atentos a la suerte de nuestro héroe? Yo, al menos, temo por él.

Consideremos esta cuestión desde el principio. Imagina [78] que una ninfa, un ser, una joven, que habita en la sombría espesura del bosque aparezca como un Gaspar Hauser [79] aquí, en Copenhague o en Nuremberg; en cualquier lugar, lo importante es que aparezca. ¡Creeme, será pedida en matrimonio! Dejo a tu cargo el desarrollo del tema; puedes, por ejemplo escribir una novela titulada: La ninfa, El ser, La joven de la soledad de la selva, *ad modum* [80] de la novela famosa que se encuen tra en todas las bibliotecas: *La urna en el valle solitario.* Ya apareció la ninfa, y nuestro héroe es el hombre feliz al cual ella ha consagrado su amor. ¿Estás de acuerdo? Yo nada tengo que objetar, pues estoy muy bien casado. Pero tú, ¿no te sentirás ofendido si ves que prefieren a un hombre cualquiera antes que a ti? Pero, ya que siempre te interesas por mi cliente, y que ésa es la única manera de que él se convierta en héroe ante ti, dale entonces tu consentimiento. Veamos ahora si su amor es bello, si su matrimonio puede ser bello. El punto capital de su amor y de su matrimonio era que se trataba de una joven única en el mundo. El punto capital consistía, por consiguiente en una diferencia: es imposible que semejante felicidad

78. Ver pág. 62.
79. *Gaspard Hauser*: Personaje enigmático que en 1828 apareció en Nuremberg, donde ocupó la atención pública durante cierto tiempo.
80. *La novela famosa*: Novela alemana de L. F. von Bilderberk.

se encuentre en el mundo entero, y en eso justamente consistía su felicidad. Él sería capaz de no querer casarse con ella; pues ¿no se profanaría ese amor al darle la expresión tan común y tan vulgar que es el matrimonio? ¿No sería temerario pedir a tales enamorados que se unan a ese gran corro, de modo que no puede decirse de ellos otra cosa que lo que se dice de los esposos, o sea, que están casados? Tal vez todo te parezca bien y la única objeción que hagas sea que no es justo que un imbécil como nuestro héroe se lleva a esa joven; si, en cambio, él hubiese sido un hombre excepcional como tú, por ejemplo, o un hombre tan excepcional como lo es la joven, todo estaría bien y esa unión sería la más perfecta que se pueda imaginar.

Nuestro héroe ha llegado a una situación crítica. La joven es una joven excepcional, todo el mundo lo cree así. Yo mismo, el marido, digo con *Doña Clara*[81]: el rumor no exagera, es un prodigio la bella *Preciosa.* ¡Es tan tentador salir de lo ordinario y planear en alas de la aventura! Sin embargo, él mismo ha comprendido lo que hay de bello en el matrimonio. Entonces, ¿qué hace el matrimonio? ¿Lo priva el matrimonio de alguna cosa, disminuye en algo la belleza de la mujer, suprime una sola diferencia? De ningún modo. Pero cuando considera el matrimonio desde lejos, todo esto le aparece como contingencias y sólo cuando da a la diferencia la expresión de lo general, tiene la posesión segura de esa diferencia. La ética le enseña que la relación es lo absoluto. Pues la relación es lo general. Esto lo priva del vano

81. *Doña Clara*: Personaje de *Preciosa,* drama lírico alemán de Wolff.

placer de ser lo extraordinario y le da el verdadero placer de ser lo ordinario. Esto lo pone en armonía con toda la existencia, le enseña a regocijarse de ella; pues si es la excepción, si es extraordinario, entra en conflicto, y puesto que lo que justifica su felicidad es lo extraordinario, él debe tener conciencia de que su sola existencia es una vejación para lo ordinario, siempre que haya verdad en su felicidad. Y ha de ser una verdadera desgracia ser feliz de modo tal, que esa felicidad sea notoriamente diferente de la de los demás. Se gana entonces la belleza fortuita y se pierde la verdadera belleza. Esto es lo que comprenderá, y volverá a la proposición del moralista: el deber de todo hombre es casarse; y será, que en ella está no sólo la verdad, sino también la belleza. Que obtenga entonces aquel prodigio y no se engañará acerca de la diferencia. Se regocijará, muy sinceramente, por la belleza, la gracia, la riqueza espiritual y el calor sentimental, que posee la ninfa. Se considerará feliz, pero dirá: no soy, en realidad, diferente de cualquier otro marido; pues la relación es lo absoluto. Si se casa con una joven de menos dotes, se regocijará de su felicidad; pensará que aunque muy inferior a la otra, ella lo hace, en definitiva, igualmente feliz, pues la relación es lo absoluto. No desconocerá la importancia de la diferencia, puesto que, desde que ha comprendido que no existe ninguna vocación abstracta, sino que todo hombre posee su vocación, comprenderá que no existe ningún matrimonio abstracto. La ética le dice simplemente que debe casarse, no puede decirle con quién. La ética le muestra lo general dentro de la diferencia y él ve la diferencia dentro de lo general.

La concepción ética del matrimonio tiene varias ventajas sobre cualquier concepción estética del amor. Ella

ilumina lo general pero no lo fortuito. No enseña cómo algunos pocos hombres pueden ser felices gracias a sus condiciones excepcionales, sino cómo pueden ser felices todos los maridos. Considera la relación como absoluto, y en las diferencias no ve garantías sino tareas. Considera la relación como lo absoluto y, por consiguiente, ve al amor en su verdadera belleza, es decir, en su libertad; comprende la belleza histórica.

Nuestro héroe vive, pues, de su trabajo; su trabajo es, además, su vocación, y él trabaja con placer; su trabajo, puesto que es su vocación, lo pone en relación con otras personas, al realizar su obra, él realiza todo lo útil a que podría aspirar en este mundo. Está casado y es feliz en su hogar, el tiempo transcurre maravillosamente para él, y él no comprende que a otros el tiempo les pueda pesar o ser un enemigo de su felicidad; le parece que el tiempo, por el contrario, es una verdadera bendición. Confiesa que eso se lo debe a su mujer. Perdón, he olvidado decir que en lo que se refiere a la ninfa del bosque hubo un malentendido, él no fué el elegido y debió conformarse con una joven común, que era tan común como él parecido a los demás mortales. Pero es muy feliz. Sí, me confió una vez que pensaba haber tenido suerte al no ligarse a aquel prodigio, la tarea hubiese sido tal vez demasiado pesada para él; uno se puede perjudicar cuando todo es tan perfecto antes de empezar. Ahora, en cambio, está lleno de coraje, de confianza y de esperanza, está lleno de entusiasmo y dice con convicción: la relación es asimismo lo absoluto; está seguro, más que de cualquier otra cosa, de que la relación tendrá el poder de desarrollar en esa joven común todo lo que hay de grande y bello; su mujer, con toda humildad, es

de la misma opinión. Sí, mi joven amigo, extrañas cosas pasan en el mundo, y yo no pensaba que existieran prodigios como el de aquella joven de que hablas y, ahora, casi tengo vergüenza de mi incredulidad, pues esa joven común, es con su gran confianza, un prodigio, y su confianza es más preciosa que el oro y las estrellas del cielo. Pero conservaré mi vieja incredulidad acerca de una cosa: el prodigio no se encuentra en la soledad del bosque.

Mi héroe —¿le rehusarías el derecho a ese nombre? ¿No te parece verdadero heroísmo el coraje que cree poder transformar a una joven común en un prodigio?— mi héroe, pues, agradece a su mujer que haya dado al tiempo tan hermoso significado para él; en cierta medida lo atribuye al matrimonio, y, a ese respecto, él y yo, los esposos, estamos enteramente de acuerdo. Si hubiese conseguido esa ninfa de los bosques y no se hubiese casado, habría podido temer que sus amores sólo se reavivaran de intervalos insípidos. Entonces tal vez ellos no habrían deseado verse sino cuando la entrevista pudiera tener significado; podrían temer que si eso no tenía éxito, su unión se resolvería poco a poco en la nada. El humilde matrimonio, que les imponía, en cambio, el deber de verse cotidianamente, fueran ricos o pobres, había dado a sus relaciones una uniformidad y una sencillez que lo hacía muy dulce. El matrimonio prosaico había ocultado, de incógnito, a un poeta que iluminaba la vida, no sólo en algunas ocasiones, pues estaba siempre presente y con su voz conmovía profundamente las horas, aun las más pobres.

Estoy completamente de acuerdo con mi héroe cuando sostiene la ventaja real del matrimonio, no sólo sobre

la vida solitaria, sino sobre cualquier relación puramente erótica. Mi nuevo amigo acaba de desarrollar esta última cuestión, por lo tanto no quiero sino señalar la primera. Por inteligente, asiduo al trabajo, y entusiasta de una idea que uno sea, hay momentos en que el tiempo parece largo. A menudo te burlas del otro sexo, muchas veces te exhorté a no hacerlo; considera a una joven como un ser tan imperfecto como quieras, siempre tendré ganas de decirte: mi buen Salomón, mira a la hormiga [82] y sé sabio, aprende de una joven la manera de ocupar el tiempo, pues en eso ella es maestra. Tal vez la joven no tenga la misma idea que el hombre acerca del trabajo asiduo y rudo, pero nunca está inactiva, está siempre en movimiento, nunca le parece largo el tiempo. Hablo de ésto por experiencia. A veces caigo rendido ante mi escritorio, ahora más raramente, es cierto, pues trato de resistir porque considero que el deber de un marido es ser, más o menos, compañero de edad con su mujer. He terminado mi trabajo, no deseo diversiones, lo melancólico de mi temperamento me domina; tengo la falsa impresión de envejecer, me siento casi alejado de la vida de familia, comprendo que esa vida es hermosa, pero la miro con otros ojos. Tengo casi la impresión de ser un anciano y de que mi mujer es mi hermana menor, que se ha casado y vive feliz en mi misma casa. En esas horas el tiempo me parece largo. Si mi mujer fuese un hombre, tal vez le sucedería lo mismo y los dos estaríamos inmovilizados. Pero es mujer y se lleva bien con el tiempo. Esa relación secreta con el tiempo, ¿es una perfección en la mujer, o una imperfección? ¿Será porque

82. Proverbios, 6, 6.

la eternidad está en ella más que en él? ¡Contéstame, para no ser filósofo! Cuando estoy así rendido, cuando me siento perdido y miro a mi mujer que, ligera y juvenil, anda por la habitación siempre ocupada, siempre interesada en alguna tarea, mis ojos siguen involuntariamente sus movimientos, participo en todo lo que comprende, y, al final, me encuentro de nuevo en el tiempo, el tiempo que vuelve a tomar importancia para mí, el instante empieza a correr. Aunque tuviera la mejor voluntad del mundo sería incapaz de decir qué hace mi mujer, aún cuando me fuera en ello la vida —es para mí un enigma—. Bien sé lo que significa trabajar de noche hasta muy tarde, estar tan cansado que apenas puedo moverme de mi asiento, reflexionar, estar tan agotado que me es imposible hacer entrar en la cabeza una sola idea y sé también lo que es hacer el haragán, pero la manera como trabaja mi mujer, es para mí un enigma. Ella nunca está fatigada y, sin embargo, nunca está ociosa, es como si su actividad fuera para ella un juego, una danza, ¿con qué llena su tiempo? Comprenderás, por cierto, que no se trata de esas prácticas ficticias, de esas bromas que tanto gustan a los viajeros solterones; y ya que hablamos de solterones y que veo que ése será el final de tu juventud, deberías pensar con tiempo en la manera de llenar los ratos desocupados, deberías aprender a tocar la flauta o inventar un aparato para vaciar las pipas. Pero no quiero seguir con estas cosas, me cansaría pronto de ellas, vuelvo a mi mujer, nunca me cansaré de mirarla. No puedo explicar lo que hace, pero todo lo hace con encanto y gracia indescriptibles, francamente y sin ceremonias, exactamente como un pájaro que canta; creo que con ese trabajo es con lo mejor que se puede comparar la actividad

de mi mujer y, sin embargo, su arte me parece pura magia. A este respecto, encuentro en ella un verdadero refugio. Cuando estoy cansado, sentado ante mi escritorio, cuando el tiempo se me hace largo, me escurro hasta el salón, me siento en un rincón sin decir ni una palabra por miedo de perturbarla en sus ocupaciones, pues aun cuando ellas parezcan un juego, se llevan a cabo con una dignidad y un señorío que imponen respeto. Ella está muy lejos de ser, como tú dices, una señora de Pérez o una señora de López, un trompo que gira y con su bordoneo llena el salón de música conyugal.

Sí, mi buen Salomón, la maestría natural de una mujer es increíble, ella da la explicación, de la manera más interesante y más hermosa, del problema que hizo perder la razón a muchos filósofos: el tiempo. Vanamente se pediría la explicación de ese problema a los filósofos, a pesar de su verbosidad, y ella lo explica *ohne weiter* * en cada instante. Una mujer explica así ese problema, y explica muchos otros, de un modo que provoca la más profunda sorpresa. Aunque no hace mucho tiempo que soy marido, creo que puedo escribir un libro entero sobre ese asunto. Probablemente no lo haga, pero quiero referirte un cuento que tiene mucho significado para mí. Había en Holanda un sabio. Era orientalista y estaba casado. Un mediodía no apareció para el almuerzo, a pesar de que lo habían llamado. Su mujer, impaciente, espera con la comida lista; sabe que él está en sus habitaciones, y cuanto más espera, menos comprende la ausencia de su marido. Por fin se decide a ir en su busca. Él está ahí, solo en su escritorio. No hay nadie más. Está absorto en sus estudios orientales. Puedo imaginar que ella se inclina

* *Ohne weiter*... en alemán en el texto: sin más.

sobre él, rodea con el brazo su cuello, echa una mirada sobre el libro y dice: amor mío, ¿por qué no vienes a comer? El sabio apenas prestó atención a lo que se le decía, pero cuando vió su mujer probablemente respondió "Sí, querida mía, no se trata del almuerzo, aquí encuentro un vocalismo [83] que yo no conocía, a menudo lo he visto citado, pero nunca de este modo, se trata, sin embargo, de una excelente edición holandesa. Es como para volverse loco". Supongo que su mujer lo miró sonriente, reprochándole que un puntito pudiese, hasta tal punto, alterar el orden doméstico. Y la leyenda dice que ella respondió: "¿Acaso merece que se lo tome tan a pecho? Mejor sería tomarlo a broma" [84]. La mujer sopló y he ahí que el vocalismo desaparece, pues el punto raro no era más que un grano de rapé. El sabio, muy contento, fué a la mesa, contento de la desaparición del vocalismo y más contento aún de su mujer.

¿Quieres que saque la moraleja de esta historia? Si ese sabio no hubiese estado casado, tal vez se habría vuelto loco, tal vez habría arrastrado a otros orientalistas, pues estoy seguro que habría lanzado un grito de alarma en la literatura. Por éso digo que hay que vivir en buena armonía con el otro sexo, pues —*unter uns gesagt*—* una joven explica todo y se burla de todos; si se está con ella en buenos términos es agradable recibir sus explicaciones; sino ella se burla de uno. Esta historia también enseña de

83. *Un vocalismo*: En las lenguas semíticas las vocales se designan con puntos.

84. *Se burló de*: En danés, "burlarse de algo" se expresa del mismo modo que "soplarlo". No se puede traducir el retruécano.

* *Unter uns gesagt*... en alemán en el texto: dicho sea entre nosotros.

qué modo hay que vivir con ella en buenos términos. Si ese sabio no se hubiese casado, si hubiese sido un esteta y hubiese poseído las condiciones requeridas, tal vez habría sido el hombre feliz al cual habría querido pertenecer el prodigio de que hablamos antes. Él no se habría casado, por ser sus sentimientos demasiado elevados para ello. Le habría ofrecido un palacio y no habría escatimado ningún refinamiento para que la vida de la joven fuese pródiga en goces. La habría visitado en su palacio, pues ése habría sido el deseo de la joven; con erótica coquetería habría ido a pie hasta ella mientras su valet lo habría seguido en un coche, llevando ricos y espléndidos presentes. En sus estudios orientalistas se habría topado con el vocalismo raro. Sus ojos habrían quedado fijos sobre él sin poderlo explicar. Pero llega el momento en que debe visitar a su bien amada. Rechaza esa preocupación, pues, ¿cómo visitar a la bien amada pensando en otra cosa que no fuera su encanto y el propio amor? Ha sido la amabilidad personificada, ha estado más seductor que nunca, ha gustado sin medida porque su voz había vibrado, la pasión, ya que debió luchar para aparentar alegría y disimular las ideas negras. Pero cuando al alba la deja, después del último beso, una vez instalado en su coche, su frente se oscurece. Vuelve a su casa; los postigos de su despacho están cerrados, prende la luz, no se desviste; se sienta y fija la mirada sobre el punto que no sabe explicar. Tiene una joven a la cual ama, sí, a la cual tal vez adora, pero no tiene una esposa que entre para invitarlo a comer, no tiene una esposa que, soplando, hace desaparecer el punto.

En suma, la mujer posee, para explicar lo finito, un talento innato, un don original, una virtuosidad absoluta.

Después de su creación el hombre se mantuvo como amo y señor de toda la naturaleza; las suntuosidades de la naturaleza, todas las riquezas de lo finito sólo esperaban un signo de él, pero él no concebía lo que podía hacer. Las miró, pero fué como si todo desapareciera ante la mirada del espíritu, tuvo la sensación de que si hacía un movimiento, un solo paso, sobrepasaría todo. Se mantuvo así, hombre imponente, y, sin embargo, cómico, pues hay que sonreír ante ese hombre rico que no sabía aprovechar sus riquezas; trágico también, porque no sabía utilizarlas. Entonces la mujer fué creada. Ella no tenía dudas, supo de inmediato cómo ponerse a la obra; sin titubeos, desde el principio, estaba lista para comenzar. Fué el primer consuelo ofrecido al ser humano. Ella se acercó al hombre, alegre como un niño, triste como un niño. Su único deseo fué ser para él un consuelo, suavizar esas privaciones que ella no comprendía, pero sabía que no podía colmar, hacerle pasar el tiempo. Y su humilde consuelo fué la alegría más rica de la vida, sus inocentes diversiones fueron la belleza de la vida. Una mujer comprende lo finito, lo comprende a fondo, por eso es soberbia y, en realidad, toda mujer lo es, por eso es encantadora; ningún hombre lo es. Por eso es feliz como ningún hombre puede ni debe serlo. Por eso se puede decir que su vida es más feliz que la del hombre, pues lo finito puede hacer feliz a un ser humano, lo infinito, como tal, nunca. Ella es más perfecta que el hombre, pues el que explica las cosas es más feliz que el que busca la explicación. La mujer explica lo finito, el hombre busca la explicación. Así deben ser las cosas, y cada uno tiene su dolor; pues la mujer echa hijos al mundo con dolor, pero el hombre concibe ideas con dolor. La mujer no ha de conocer el

desamparo de la duda, ni el suplicio de la angustia, no debe encontrarse fuera de la idea, pero no la posee sino de segunda mano. Por ser la que explica así lo finito, la mujer es la vida más profunda del hombre, pero una vida que debe permanecer oculta y secreta, como es siempre la vida de la raíz. Por eso odio las abominables palabras acerca de la emancipación de la mujer. Dios no quiere que eso suceda. No puedo decirte con cuánta pena esa idea penetra mi alma, ni la acritud y el odio que siento por aquellos que se atreven a enunciar tales opiniones. Mi consuelo es que los que proclaman tal sabiduría no tengan la prudencia de las serpientes, pues generalmente son tontos cuyas necedades no pueden perjudicar. Sí, si la serpiente pudo hacer creer eso a la mujer, si pudo tentarla con la fruta de grata apariencia, si ese contagio pudiera expandirse y penetrar hasta en lo que yo amo, mi mujer, mi alegría, mi refugio, la raíz de mi vida, sí, entonces se quebraría mi coraje, entonces se agotaría en mi alma la pasión de la libertad. Pero sé lo que yo haría, me instalaría en una plaza pública y lloraría, lloraría como aquel artista cuya obra había sido destruída y ni siquiera recordaba lo que representaba. Pero ésto no sucedería, no puede suceder lo que intentan hacer espíritus ruines y gente estúpida que no tiene idea alguna de lo que es ser hombre, ni de lo que en ello hay de grande o modesto, que no tiene ninguna idea de la perfección de la mujer dentro de su imperfección. ¿Sería posible que haya una mujer bastante simplona, bastante vana y lamentable para creer que bajo la determinación del hombre podría volverse más perfecta que el hombre, para no comprender que de ese modo se perdería, irreparablemente, toda consideración hacia ella? Ningún abyecto seductor podría concebir doc-

trina más peligrosa para la mujer, pues, una vez convencida ésta, quedaría enteramente en su poder, abandonada a su arbitrariedad; no podría ser para el hombre más que víctima de sus caprichos, mientras que, como mujer, puede ser todo para él. Pero los imbéciles no saben lo que hacen; ellos mismos son inaptos para ser hombres y, en vez de aprender eso, quieren corromper a la mujer, y se ponen de acuerdo con tal do seguir siendo lo que eran, eunucos, y la mujer termina en la misma miseria. Recuerdo haber leído, hace tiempo, una burla acerca de la emancipación de la mujer. El autor se ocupaba sobre todo de la indumentaria; el traje debía ser igual para hombres y mujeres. Imagínate tal abominación. Me pareció que el autor no había llevado a fondo sus ideas y que los contrastes que presentaba no respondían al objeto. Quiero por un momento imaginar la fealdad, pues sé que entonces la belleza se mostrará en toda su verdad. ¿Hay algo más hermoso que la caballera de una mujer, que esa abundancia de cabello? Sin embargo, la Escritura [85] dice que es un signo de la imperfección femenina y da varias razones, ¿y acaso no es así? Mira a la mujer cuando inclina la cabeza y sus ricas trenzas casi tocan el suelo, son como ramas de flores con las cuales ha echado raíces en tierra, ¿no está ahí como un ser inferior al hombre, el cual mira hacia el cielo [86] y no hace sino tocar la tierra? Y esa cabellera es, sin embargo, su belleza, sí, mejor aún, su fuerza, pues, como

85. *La Escritura dice*: 1er. cap. de San Pablo a los Corintios, 1, I, 5, etc.

86. *El hombre que mira hacia el cielo*: Alude a la etimología que se daba antes de la palabra griega ἄνδρωπος (hombre): "el que mira hacia arriba".

dice el poeta, con ella cautiva al hombre, lo domina con su encanto y lo liga a la tierra. Querría decir a ese imbécil que propugna la emancipación: mira, allí está, en toda su imperfección, ese ser inferior al hombre. Si tienes coraje, corta esa rica cabellera, secciona esas pesadas cadenas y déjala correr como una loca, como un criminal [87] para que aterrorice al mundo.

Abandone el hombre su pretensión de ser el príncipe, el amo de la naturaleza, que deje ese lugar a la mujer, pues ella es ama de la naturaleza; la naturaleza comprende a la mujer y la mujer comprende a la naturaleza; la naturaleza escucha sus consejos. La mujer lo es todo para el hombre, porque ella le ofrece lo finito, sin ella el hombre es un espíritu caprichoso, un desgraciado que no puede encontrar reposo, que no tiene refugio. Siempre me ha sido grato ver, bajo ese aspecto, la importancia de la mujer; para mí ella es la expresión de la comunidad en general; el espíritu se siente inseguro cuando no encuentra domicilio en la comunidad, y cuando tiene domicilio en la comunidad se convierte en el espíritu de la comunidad. Por eso es cierto lo que dije ya, de acuerdo con la Escritura [88]: no es la joven la que debe dejar a su padre y su madre para unirse a su marido, lo que se podría creer porque ella es el ser débil que busca amparo junto al hombre, no, la Escritura dice que el hombre dejará a su padre y su madre para unirse a la mujer; pues ella le puede dar lo finito, ella es más fuerte que él. Por eso nada puede dar una imagen tan hermosa de la comunidad como la que da la mujer. Si se quisiera considerar así las cosas, creo, verda-

87. *Una criminal*: Los condenados son tonsurados.
88. El Génesis, 2, 24.

deramente, que habría posibilidad de embellecer el servicio divino, ¡qué insulsa es, en nuestras iglesias, la representación de la comunidad a cargo de un bedel o de un sacristán! La comunidad siempre debería estar representada por una mujer. Siempre me di cuenta de cuánto faltaba la impresión confortante de comunidad en nuestros servicios divinos; hubo un año en mi vida, sin embargo, en que me acerqué bastante a mis ideas e ideales. Era en una de las iglesias de la ciudad. La iglesia me gustaba mucho, el sacerdote al que escuchaba todos los domingos era una eminente personalidad, una figura solitaria que sabía extraer de la experiencia de una vida muy movida, lo nuevo y lo viejo, en la cátedra estaba en su sitio. Como pastor, como personalidad, como orador, satisfacía plenamente mi espíritu. Estaba contento cuando los domingos iba a la iglesia para escucharlo, pero lo que contribuía a aumentar mi placer y a darme la impresión de plenitud del servicio en esa iglesia, era otra figura, una mujer de edad, que iba igualmente, todos los domingos. Tenía, como yo, la costumbre de llegar un poco antes de que comenzara el servicio. Su personalidad era como una imagen de la comunidad y, gracias a ella, yo olvidaba la impresión ingrata del bedel en la puerta de la iglesia. Era una mujer de más o menos sesenta años, aún hermosa; su fisonomía era noble, llena de humilde dignidad, su rostro expresaba la virtud profunda, pura, femenina. Parecía haber sido testigo de muchas cosas, no precisamente de acontecimientos tempestuosos, parecía una madre que hubiese soportado las cargas de la existencia y, así mismo, ganado y conservado las alegrías de la vida. La veía llegar desde lejos, por el camino central. La recibía en la puerta de la iglesia el bedel que luego la acompañaba hasta su sitio

habitual. Yo sabía que ella iba a pasar ante el banco donde solía sentarme. Cuando llegaba él, yo siempre me levantaba y me incinaba ante ella, o, como se dice en el Antiguo Testamento: me prosternaba ante ella [89]. Muchas cosas estaban para mí encerradas en esa reverencia, era como si le hubiese pedido que rogara por mí. Ella entraba en su hilera de sillas, saludaba al bedel amigablemente, quedaba de pie algunos instantes, inclinaba la cabeza, ocultando los ojos con un pañuelo, para rezar, —un predicador hubiera necesitado mucha energía para dar una impresión tan fuerte y tan saludable como la solemnidad de esa venerable mujer—. Pensaba, a veces que, tal vez, ella rogaría por ti, pues lo propio de una mujer es rogar por otros. Imagínala en cualquier circunstancia de la vida que se te ocurra, de cualquier edad, imagínala rezando y la encontrarás rogando por otros, por sus padres, por su bien amado, por su marido, por sus hijos, siempre por otros. Al hombre pertenece rogar por sí mismo. El hombre tiene su tarea precisa, su lugar preciso. Su resignación, por lo tanto, es distinta, aún en la oración es un luchador. Renuncia a la realización de un deseo y lo que pide en la oración es la fuerza para hacerlo. Aun cuando desea alguna cosa, ése es siempre su pensamiento. La resignación de la mujer es distinta, su oración es mucho más sustancial. Ella ruega por la realización de su deseo; se resigna a no poder cambiar las cosas, por eso es mucho más apta que el hombre para rogar por otros. Si el hombre rogara por otro, sería, sobre todo, para pedir que le fuese dada la fuerza para soportar y vencer, en la alegría, el dolor producido por la no-realización de su de-

89. El Génesis, 23, 7; 2, 26; El Éxodo, 18, 7, etc.

seo; pero esta plegaria altruísta es imperfecta como plegaria altruísta, mientras que como plegaria para uno mismo es verdadera y justa. A este respecto la mujer y el hombre forman como dos rangos. La mujer viene en primer término con su plegaria altruísta; es como si con sus lágrimas enterneciera a la divinidad; luego viene el hombre con su oración, él detiene al primer rango si éste, temeroso, quiere huir; tiene otra táctica que siempre conduce a la victoria. Esto proviene de que el hombre siempre corre detrás de lo absoluto. Si la mujer pierde la batalla, debe aprender del hombre a rogar, y, sin embargo, la plegaria altruista le pertenece tan esencialmente que, aun en ese caso, su oración en favor del hombre será distinta de la del hombre mismo. Por eso la mujer es, en un sentido, mucho más creyente que el hombre; pues la mujer cree que para Dios todo es posible, y el hombre cree que hay algo imposible para Dios. La mujer es cada vez más sincera a medida que expone sus humildes deseos, el hombre se retrae cada vez más hasta llegar al punto inconmovible del cual no puede ser echado. Esto proviene de que al hombre pertenece esencialmente el haber dudado y toda certidumbre llevará para él ese sello.

La alegría que el servicio religioso de aquella iglesia me producía fué de corta duración. Al cabo de un año el pastor fué trasladado, ya no vi más esa venerable matrona, casi podría llamarla mi dulce madre. Muchas veces, sin embargo, pensé en ella. Más tarde, cuando me casé, ella ocupó a menudo mi pensamiento. Si la Iglesia cuidara de estas cosas, nuestro servicio divino ganaría mucho en belleza y en solemnidad. Imagina un bautismo en el que una mujer muy venerable se encuentra al lado del pastor para decir Amén en vez del sacristán que lo bala.

Imagina una bendición nupcial, ¿no sería más hermosa? ¡Quién puede producir, mejor que esa mujer, una idea sublime de la belleza de la plegaria altruísta!

Me paso el tiempo predicando y olvido el asunto del que debíamos hablar, olvido que es a ti a quien debía hablar. Es que, pensando en mi nuevo amigo, te había olvidado. Hablo de estas cosas con él de buen grado, pues no es burlón y es un esposo, y sólo el que comprende la belleza del matrimonio puede comprender la verdad de mis palabras.

Vuelvo a nuestro héroe. Merece seguramente este título, pero ya no haremos uso de él, prefiero otra denominación más grata a mi corazón: lo llamaré mi amigo y para mí será un gran placer llamarme su amigo. Como ves, su vida lo ha dotado de "ese producto de superabundancia que se llama un amigo". Tal vez pensaste que yo no trataría de la amistad y de su validez ética, más bien, que me sería imposible hablar de la amistad, puesto que no tiene ninguna importancia ética, sino que cae bajo determinaciones estéticas. Tal vez te sorprenda que, ya que tenía intención de tratar de ella, no lo haya hecho hasta ahora; pues el primer ensueño de la juventud es la amistad, sólo en la tierna juventud el alma es bastante entusiasta para buscarla. Hubiera sido más natural hablar de la amistad antes de permitir a mi amigo que celebrara el santo matrimonio. Te contestaré que, en cuanto a mi amigo, se había producido un hecho extraño: antes de casarse no se había sentido atraído hacia nadie como para dar el nombre de amistad a su relación. Podría agregar que el hecho me era agradable porque quería tratar de la amistad al final, pues sus relaciones con la ética no son las mismas, no tienen la misma validez que las de la ética

con el matrimonio, y que en esto veo precisamente su imperfección. Esta respuesta podría parecer insuficiente en el caso siempre posible de una accidencia anormal en mi amigo y estoy dispuesto a ocuparme un poco más atentamente de la cuestión. Eres muy observador; admitirás por lo tanto que una diferencia de individualidades, fácil de reconocer, queda ya señalada por el hecho de que el período de la amistad aparece en la primera juventud o solamente en edad más avanzada. Las naturalezas más bien veleidosas no tienen ninguna dificultad para adaptarse, su yo es moneda corriente y entonces se producen las transacciones a las cuales se da el nombre de amistad. Las naturalezas más profundas no se adaptan tan fácilmente, y mientras no hayan asentado su yo no pueden desear que se les ofrezca una amistad a la cual no pueden responder. Tales naturalezas se repliegan sobre sí mismas, y son, además, observadoras, pero un observador no es un amigo. Esto explicaría lo que ha sucedido con mi amigo. No era nada anormal ni era un signo de imperfección. Así mismo se ha casado bien. Ahora se plantea la cuestión de saber si no era algo anormal que la amistad no apareciera sino después; pues, en lo que precede, sólo hemos llegado a entendernos en lo que se refiere a la edad en la cual se produce comúnmente la amistad, pero no hemos hablado de la relación de ésta con el matrimonio. Recurramos de nuevo a nuestras observaciones, a las tuyas y a las mías. También hay que considerar las relaciones con el otro sexo. En los casos en que, desde muy joven, se buscan las relaciones amistosas, sucede a menudo que la amistad se apaga completamente en cuanto aparece el amor. Les parece que la amistad era una expresión muy imperfecta, rompen con las relaciones anteriores y

concentran exclusivamente su alma en el matrimonio. A otros les sucede lo contrario. Hay algunos que demasiado tempranamente gozaron de la dulzura del amor, que en la embriaguez de la juventud gozaron de los placeres del amor, tal vez se formaron entonces una idea falsa del otro sexo y se volvieron injustos hacia él. Tal vez hayan tenido, gracias a su frivolidad, tristes experiencias, tal vez creyeron en la existencia de otros sentimientos que desaparecieron como sueños. Abandonaron entonces el amor, que era para ellos poco o demasiado, pues habían entrado en relación con la dialéctica del amor y no sabían cómo resolverla. Entonces buscaron la amistad. Tanto una como otra forma deben ser consideradas anormales. Mi amigo no se encuentra en ninguno de esos casos. Siendo joven, y antes de conocer el amor, no se había ensayado en la amistad, pero tampoco se había perjudicado con el goce prematuro de la fruta aún verde del amor. En su amor hallaba la más profunda y completa satisfacción, pero, justamente, como en sí mismo estaba absolutamente tranquilizado, le parecía factible la posibilidad de otras relaciones, relaciones que, de una manera distinta, podían tener para él una importancia tan profunda como hermosa; porque a cualquiera que tiene se le dará, y tendrá superabundancia [90]. A este respecto él tiene costumbre de señalar que existen árboles cuyas flores se forman después de los frutos, aunque coexistan con ellos. Compara su vida a esos árboles.

Como por su matrimonio, y en él, aprendió a ver la belleza de tener uno o varios amigos, tampoco titubeaba sobre la manera de considerar la amistad y sabía que ésta

90. San Mateo, 13, 12, etc.

pierde importancia si no se la considera desde el punto de vista ético. Las múltiples experiencias de su vida habían suprimido su fe en los estetas, pero era el matrimonio el que había borrado de su alma todos los rastros de esa fe. Por lo tanto, no sintió la necesidad de dejarse seducir por los artificios de la estética, sino que dió de inmediato su conformidad a la concepción ética.

Si mi amigo no hubiese estado en tales disposiciones, me habría sido grato hacer que te viera; pues tus conceptos en la materia son tan confusos que, probablemente, lo habrías perturbado profundamente. A la amistad y a todas las demás cosas le pasa lo mismo contigo. Carece en tal grado tu alma de centralización ética, que se puede recibir de ti, acerca de la misma cosa, explicaciones contradictorias, y tus palabras prueban la exactitud de la afirmación que dice que sentimentalidad e insensibilidad son una misma cosa. Tu concepto de la amistad sólo puede ser comparado con una carta de magia, y el que la adopte ha de enloquecer, del mismo modo que se supone que quien la profese, en cierta medida, ha de estar loco. Cuando se te ocurre dar una conferencia sobre lo que hay de divino en el hecho de que dos jóvenes se amen, lo hermoso que hay en el encuentro de dos almas que armonizan, uno estaría tentado, al escucharte, de temer que la sentimentalidad acabe con tu joven vida. Otras veces hablas como un viejo lleno de experiencia, que conoce ya a fondo lo hueco y lo vacío del mundo. "Un amigo, dices, es una cosa enigmática, como la niebla que no se ve sino a la distancia, pues sólo cuando llega la desgracia se sabe si se *ha tenido* un amigo". Se ve fácilmente que en la base de tal juicio sobre la amistad hay, respecto de ella, otra exigencia que la que antes planteabas. Habías

hablado de amistad intelectual, de la belleza que existe en el erotismo espiritual, en una pasión común por las ideas; ahora hablas de una amistad práctica, de una asistencia recíproca en las dificultades de la vida terrenal. Hay algo verdadero en las dos exigencias, pero, si no se les puede encontrar un punto de conjunción, lo mejor será quedarse con tu conclusión principal, ésto es, que la amistad carece de sentido, conclusión que derivas de cada una de tus proposiciones, como de las dos reunidas, a pesar de que ambas expresan opiniones divergentes.

La condición absoluta de la amistad es la unidad de concepción de la vida. Cuando ésta existe no se intenta buscar los motivos de la amistad en razones de sentimientos oscuros o de simpatías indecisas. Partiendo de esa base, no se reconocerán los cambios ridículos que hacen que hoy se tenga un amigo y mañana ninguno. No se puede desconocer la importancia de lo que se llama simpatía indeterminada, pues, en sentido estricto, no se es, evidentemente, el amigo de cualquiera que tiene un concepto igual de la vida; pero tampoco la simple simpatía, con su carácter enigmático. Una verdadera simpatía siempre debe ser consciente y, en ese caso, es ajena a la exaltación.

La concepción de la vida sobre la cual concordamos debe ser una concepción positiva. Así, mi amigo y yo tenemos una concepción positiva común. Por consiguiente, cuando nos miramos el uno al otro, no nos ponemos a reír como los augures; por el contrario, nos ponemos serios. Era muy natural que se rieran los augures, pues su concepción común de la vida era negativa. Tú lo comprendes muy bien, pues uno de tus deseos vehementes "es encontrar un alma hermosa con la cual puedas reírte de todo, dado que lo inquietante, lo terrible en la vida, es

que nadie, o muy pocos, se dan cuenta de la extensión de su miseria y que, entre esas raras personas, son excepcionalmente raras las que pueden conservar el buen humor y reírse de todo". Si tus deseos no son satisfechos, sabes entrar en razón "pues si sólo hay un ser que ríe, ese hombre es el verdadero pesimista; si hubiera varios de la misma especie, esto probaría, ¿no es así?, que el mundo no es enteramente miserable." Tu pensamiento se expande y no conoce límites. Piensas "que aún el hecho de reír no es sino la expresión imperfecta de la ironía que la vida despierta. Cuando es total, la burla, en definitiva, debe ser grave. La burla más perfecta del mundo sería cuando el que expresa la más profunda verdad no fuera un exaltado sino alguien que duda. Y esto no es algo que no se pueda imaginar, pues nadie puede exponer la verdad positiva con más talento que el que duda, aun cuando no crea en esa verdad. Si fuera un hipócrita, la burla sería subjetiva; si fuera uno que duda, y que tal vez deseara creer en lo que dice, la burla sería completamente objetiva, la existencia manifestaría su ironía a través del mismo que duda; él expondría una doctrina que podría explicarlo todo, toda una generación podría descansar en ella, pero esta doctrina no podría explicar al autor mismo. Si un hombre fuese bastante sensato para poder ocultar su locura, podría enloquecer al mundo entero". Mira, cuando se tiene tal concepto de la vida es difícil encontrar un amigo que participe de él. ¿Has podido encontrar alguno, entre los Συμπαρανεχρωμενον [91] de la misteriosa sociedad de la cual, a veces, hablas? ¿Es una sociedad de

91. Συμπαρανεκραμενοι. Hermanos difuntos, compañeros de la muerte.

amigos que se consideran, unos a otros, bastante sensatos al punto de saber ocultar su locura?

Había en Grecia un sabio; gozó de la rara felicidad de estar entre los siete Sabios, si se admite que su número fué catorce. Su nombre, si no me equivoco era Myson [92]. Un autor de la antigüedad dice que era misántropo: "Se cuenta de Myson que era misántropo y que se reía solo. Alguien le preguntó por qué, y él respondió: precisamente porque estoy solo". Ya ves, tienes un predecesor; vanamente aspirarías a ser admitido entre los siete Sabios, aun cuando su número fuese llevado a veintiuno, pues Myson te cierra el camino. Ciertamente esto es de poca importancia, pero comprenderás por ti mismo que el que se ríe solo no puede tener un amigo, y esto, por dos razones: en primer término porque no se podrá reír mientras el amigo esté presente, y luego, porque el amigo ha de pensar que sólo espera su partida para poder reírse de él. He aquí por qué hay que ser el diablo para ser tu amigo. Casi estoy tentado de pedirte que tomes estas palabras al pie de la letra, pues se dice también del diablo que se ríe cuando está solo. Me parece que hay algo de gran desesperación en ese aislamiento, y no puedo dejar de pensar en lo terrible que es para un hombre que ha vivido así despertarse en otra vida y, el día del juicio, encontrarse de nuevo solo.

La amistad exige una concepción positiva de la vida. Pero tal concepción no se puede imaginar a menos que contenga un elemento ético. Es verdad que en nuestros días uno encuentra muchas personas que tienen un sis-

92. *Myson*: La cita según Aristóxenes de Tarento, se encuentra en Diógenes Laercio, I, 107-8.

tema en el cual no entra ninguna ética. Que guarden su sistema mientras quieran —no tienen ninguna concepción de la vida—. En nuestra época tal fenómeno se explica muy fácilmente, pues como la época está subvertida de muchos modos, lo está también en el sentido de que se está en los grandes misterios [93] antes de estarlo en los pequeños. El elemento ético de la concepción de la vida se convierte entonces en el verdadero punto de partida de la amistad; y sólo cuando se la mira así la amistad encuentra su importancia y su belleza. Si se sostiene que el elemento de simpatía representa al misterio, entonces la más perfecta expresión de amistad estará en la relación que existe entre las cotorritas que se llaman inseparables, pues su unión es tan íntima que la muerte de una significa la muerte de la otra. Esa relación es hermosa en la naturaleza, pero fea en el mundo del espíritu. La unidad de concepción de la vida es el elemento constitutivo de la amistad. La presencia de esa unidad hace que la amistad subsista aún cuando el amigo muere, pues el amigo transfigurado continuará viviendo en el otro; si la unidad cesa, la amistad ya no existe, aun cuando el amigo siga viviendo.

Considerar así la amistad, es hacerlo éticamente y, por lo tanto, en su belleza. Ella tendrá, a la vez, belleza e importancia. ¿Deseas que nombre una autoridad en mi favor y en contra tuyo? ¡Pues bien! ¿Cómo concibió Aristóteles la amistad? [94] ¿No hizo de ella el punto de partida de toda su concepción ética de la vida? pues dice,

93. *Iniciado en los grandes misterios*: Platón, *Gorgias,* 497 c.
94. Aristóteles: *Ética,* VIII, 9 y 11.

gracias a la amistad las ideas de la justicia se amplían de modo que tienden a una sola cosa. Por lo tanto, funda la noción de derecho sobre la idea de amistad. Su categoría es así, en cierto sentido, más perfecta que la categoría de más reciente data [95] que funda el derecho sobre el deber, sobre lo categórico abstracto; lo funda sobre el hecho social. Esto quiere decir, por supuesto, que para él la vida del Estado es el bien soberano; pero también eso es lo que hay de imperfecto en su categoría.

Así mismo, no tendré la osadía de lanzarme a estudios tales como la relación entre la concepción aristotélica y la de Kant. No he hablado de Aristóteles más que para recordarte que él también comprendió que la amistad contribuye a hacernos alcanzar éticamente la realidad.

El que considera éticamente la amistad la ve entonces como un deber. Por consiguiente, podría decir que el deber del hombre es tener un amigo. Prefiero una expresión que muestra lo ético a la vez en la amistad y en todo lo que ha sido expuesto anteriormente y que, además, subraya netamente la diferencia entre lo ético y lo estético; el deber de todo hombre es ponerse de manifiesto. La Escritura enseña [96] que es necesario que todo hombre muera y que luego aparezca para ser juzgado ante el tribunal, donde todo se pondrá de manifiesto. La ética dice que la importancia de la vida y de la realidad consiste en que el hombre se ponga de manifiesto. Si no lo hace, entonces la manifestación aparecerá como castigo. El esteta, en cambio, no quiere atribuir importancia a la realidad,

95. El imperativo categórico de Kant.

96. *La Escritura enseña*: Epístola de San Pablo a los Corintios, 5, 10.

siempre permanecerá oculto, pues cuantas veces se abandona al mundo y en cualquier grado que sea, nunca lo hace por completo, siempre habrá algo que él retiene; si lo hiciese por completo, lo haría éticamente. Sin embargo, querer jugar al escondite se paga siempre con la propia naturaleza, porque uno acaba por ser enigmático para uno mismo. Por eso los místicos al no reconocer la exigencia de la realidad que quiere que uno se ponga de manifiesto, encuentran dificultades y aflicciones que sólo ellos conocen. Es como si descubrieran otro mundo, como si su propia naturaleza se hubiese duplicado. El que no quiere luchar contra la realidad, tendrá que combatir con fantasmas.

He teminado por esta vez. Nunca tuve la intención de profesar una doctrina del deber. Mi objeto era mostrar cómo la ética, en sus diversos dominios, está lejos de privar a la vida de su belleza, que, por el contrario, se la da. La ética da a la vida paz, amparo y seguridad, pues siempre nos gritó: *quod petis, hic est*[97]. Salva de toda exaltación que pueda extenuar el alma, y le da a ésta salud y fuerza. Nos enseña a no sobreestimar lo fortuito y a no poner por las nubes la felicidad. Nos enseña a apreciar la felicidad, de lo cual ni siquiera un esteta es capaz; pues la felicidad exclusivamente como tal es una relatividad infinita; la ética nos enseña a ser felices en la desgracia.

Considera lo que he escrito como insignificante, considéralo como anotaciones al catecismo de Balle, esto no cambia nada al asunto, hay en todo ello una autoridad

97. *Quod petis hic est*: Lo que buscas se encuentra aquí. Horacio, *Epístolas*, II, 2, 4.

que, espero, respetarás. ¿O creerás que he querido arrogarme sin razón tal autoridad, que en forma inconveniente, he hecho intervenir mi situación civil en este diferendo, que he actuado como juez y no como parte? Abandono toda pretensión, frente a ti ni siquiera soy parte; pues, mientras concedo de buen grado que la estética estaría muy justificada si te diera plenos poderes para comparecer en su nombre, lejos estoy de creerme capaz de aparecer como el apoderado de la ética. No soy en suma sino un testigo, y sólo en ese sentido pensaba que esta carta pudiera tener alguna autoridad; pues el que habla de lo que conoce por experiencia siempre lo hace con autoridad. No soy sino un testigo, y en ello encuentras mi deposición *in optima forma.*

Cumplo con mi tarea de consejero del tribunal, estoy satisfecho de mi vocación, creo que corresponde a mi capacidad y a toda mi personalidad. Sé que exige fuerzas. Trato de perfeccionarme en ella cada vez más y, al hacerlo, siento que yo mismo me desarrollo. Amo a mi mujer y soy feliz en mi hogar; escucho la canción de cuna de mi mujer y me parece más hermosa que cualquier otro canto, sin imaginar que es una cantante; escucho los gritos del niño, que no son inarmónicos, veo que su hermano mayor crece y se desarrolla; considero su porvenir con alegría y confianza, no con impaciencia, pues tengo tiempo de sobra y esa misma espera es un placer. Mi actividad tiene importancia para mí y creo que también la tiene para otros, aun cuando no pueda determinar en qué medida. Me es grato considerar importante para mí la vida personal de los demás y deseo y espero que mi vida también sea importante para aquellos con los cuales me siento de acuerdo en todo lo que es concepción

de la vida. Amo mi lengua materna que libera mi pensamiento, pienso que cuanto tengo que decir en este mundo se puede expresar maravillosamente con ella. Así es como mi vida tiene importancia para mí, tanta importancia que me hace feliz y contento. Mientras tanto, vivo por añadidura una vida superior y cuando sucede, a veces, que respiro esa vida superior en el soplo de mi vida terrenal y doméstica, me considero feliz, el arte y la gracia se fusionan para mí. Así es como amo la existencia, porque es bella y se prepara para otra más bella aún.

V. CONSIDERACIONES FINALES

He aquí mi disposición, si, al hacerla, dudara de lo que me justifica, sería bajo el influjo de mi interés por ti; pues casi temo que te apene saber que la vida en su sencillez puede ser tan hermosa. Acepta, sin embargo, mi testimonio, que te cause dolor, pero que también te dé algún placer; tiene una cualidad que desgraciadamente no tiene tu vida: la fidelidad —puedes, tranquilamente, basarte sobre ella.

Últimamente he hablado a menudo de ti con mi mujer. Te tiene afecto; no necesito decírtelo, pues posees muchas condiciones para gustar, si quieres, pero posees aún más ojos para comprobar tu éxito. Apruebo sus sentimientos hacia ti, no soy celoso, lo que, de parte mía, sería insostenible, no porque sea demasiado altivo para llegar a serlo, aunque, como bien piensas, en esos casos uno debería ser lo bastante para "poder dar inmediatamente las gracias y terminar", sino porque mi mujer es demasiado amable para eso. Nada temo. Me atrevo a decir que, a este respecto, el mismo Scribe se desesperaría ante nuesto matrimonio prosaico, pues ni él mismo podría hacerlo poético. No niego que Scribe tenga fuerza y talento, pero, a mi modo de ver, abusa de ellos. ¿No hace cuanto puede para enseñar a las mujeres jóvenes

que el amor seguro del matrimonio no basta para que la vida sea poética, que sería intolerable si no se pudieran tener algunos amorcillos agregados? ¿No les muestra acaso, que si una mujer mancilla su matrimonio y se mancilla a sí misma por un amor culpable, sigue siendo, asimismo, encantadora? ¿No les deja entrever que la mayoría de las veces sólo se sorprende esa relación por pura casualidad y que en la vida, uniendo la propia astucia a la que le enseñó la heroína de su obra, conseguirá ocultar esa relación durante toda la vida? ¿No trata, por todos los medios posibles, de inquietar a los maridos, no presenta acaso, mancilladas por culpas clandestinas, a mujeres de las cuales nadie se habría atrevido a sospechar? ¿No muestra, una y otra vez, lo vano de lo que hasta ahora se había considerado el mejor medio para preservar la felicidad conyugal: la vanidad del hombre que tiene en su mujer una confianza sin límites, porque la cree superior a todo? Y, a pesar de todo esto le gusta a Scribe describir al marido como una marmota común, inerte, soñolienta, una naturaleza más bien rudimentaria que es, por sí mismo, responsable del desvarío de su mujer. ¿No será que Scribe es bastante modesto para pensar que sus obras nada pueden enseñar? Pues, de otro modo, comprendería que todo marido pronto aprenderá, por medio de ellas, que su situación no es ni segura ni tranquila; que ningún espía tendrá una vida más agitada, más privada de sueño que la suya; a menos que quiera aceptar los consuelos de Scribe, buscando para sí mismo una diversión como la de su mujer y argüyendo que el matrimonio existe, en suma, para que las relaciones de ese tipo no tengan las apariencias fastidiosas de la inocencia y sean más interesantes.

Dejemos a Scribe, no soy capaz de combatirlo, pero no sin cierto orgullo pienso, a veces, que yo, hombre modesto e insignificante, soy, por mi matrimonio, un desmentido a Scribe, ese gran autor. Es posible que este orgullo sea de pobretón y que pueda tenerlo porque soy un hombre común que nada tiene que hacer con la poesía.

Mi mujer, pues, te quiere mucho y yo apruebo sus sentimientos respecto de ti, tanto más cuanto que creo que su benevolencia hacia ti proviene de que ella ve tus debilidades. Ve muy bien que, en cierto modo, lo que te falta es femineidad. Eres demasiado altivo para confiarte. Esa altivez no le agrada, pues cree que la verdadera grandeza está en poder confiarse. Tal vez no lo pienses, pero puedo asegurarte que, ante ella, tomo tu defensa. Mi mujer pretende que, en tu altivez, desdeñas a todo el mundo, yo me esfuerzo en explicarle que tal vez no se trate de eso, que desdeñas a la gente en sentido infinito, que la inquietud con que aspiras a lo infinito te vuelve injusto hacia ellos. Esto último no lo puede comprender y yo lo admito, pues cuando se es tan fácil de satisfacer como lo es ella, es difícil no juzgarte. Y hasta qué punto es ella fácil de satisfacer puedes comprenderlo por el hecho de que se siente indescriptiblemente feliz porque está unida a mí. La lucha no está excluída de mi matrimonio y, en cierto modo es por tu culpa. Sin embargo, nos llevamos bien y lo más que yo puedo desear es que nunca provoques, en una pareja de casados, un tipo distinto de lucha. Podrías sin duda, contribuir a aclarar el conflicto entre mi mujer y yo. No pienses que quiero penetrar en tus secretos, pero quiero hacerte una pregunta sin usurpar tus derechos; respóndeme sinceramente y sin rodeos: ¿te ríes verdaderamente cuando es-

tás solo? ¿Comprendes lo que te quiero decir? ¿No te pregunto si, alguna vez o a menudo, te ríes cuando estás solo, sino si encuentras satisfacción en esa risa solitaria? Pues, si no la encuentras, he ganado y estoy seguro de poder convencer a mi mujer.

No sé si cuando estás solo te pasas el tiempo riendo, creo que eso sería algo más que raro; pues si el desarrollo de tu vida es de naturaleza tal que te haga sentir la necesidad de la soledad, no pasa lo mismo con la risa, a lo que puedo juzgar. La observación más superficial demuestra que tu vida está organizada sobre una escala poco común. No parece que te satisfaga seguir atajos, sino tu propio camino. En fin, se puede perdonar a un hombre joven cierto espíritu de aventura, otra cosa es que este espíritu quiera dominar de tal modo que pretenda ser lo real y lo normal. A un hombre tan extraviado se tiene el deber de gritarle: *respice finem*[98], explicándole que la palabra *finis* no quiere decir muerte, pues la muerte no es lo más difícil para un hombre, sino la vida, que llegará un momento en el cual lo que más importe será empezar a vivir y que, entonces, es algo serio haberse dispersado en grado tal que sea difícil recuperarse; sí, que hay que hacerlo con tal precipitación que no se puede pensar en todo lo que hay que recoger y, al final, en vez de ser un hombre ordinario se es un ejemplo de hombre defectuoso.

En la Edad Media se procedía de otro modo. Se interrumpía el desarrollo de la vida y se entraba en un convento, pero con las ideas falsas que se asociaban a este paso. Puedo aceptar muy bien que un hombre tome

98. *Respice finem*: Pensad en el fin.

esa decisión y la misma puede parecerme muy bella, pero pido que se sepa bien lo que esto significa. En la Edad Media se pensaba que, al elegir el convento, se elegía algo extraordinario y que uno se convertía también en algo extraordinario; desde las alturas del convento se miraba altivamente a las personas ordinarias de abajo, compadeciéndose casi de ellas. ¿Qué había de sorprendente en que grupos enteros entraran al convento, ya que, a tan buen precio, se podía uno convertir en un hombre extraordinario? Pero los dioses no venden[99] las cosas extraordinarias por nada. Si los que se retiraban de la vida hubiesen sido honestos y sinceros hacia sí mismos y hacia los demás, si, ante todo, hubiesen querido ser hombres y experimentado con entusiasmo todo lo bello que esto implica, si sus corazones no hubiesen ignorado el sentimiento humano, verdadero y profundo, tal vez se habrían recogido igualmente en la soledad del convento, pero no se habrían imaginado neciamente que se habían convertido en personas extraordinarias, sino en personas más perfectas que otras; no se habrían compadecido de la gente común, sino que la habrían mirado afectuosamente y con alegría melancólica, pensando que esa gente había conseguido realizar[100] lo bello y lo grande, de lo cual ellos no habían sido capaces.

En nuestros días la vida de convento se ha aminorado; ya no es tan frecuente ver a un hombre romper a la vez con toda la existencia y con lo que es común al género humano. Pero si se conoce más de cerca a los hombres, se encontrará, a veces, en un individuo ais-

99. *Los dioses no venden*: Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 287: "Los dioses inmortales han puesto el sudor delante de la virtud".
100. *Trata de realizar*: Es decir, de casarte.

lado, una herejía que recuerda la herejía monástica tomada a lo vivo. Como regla cierta, daré aquí, de inmediato, mi concepto del hombre extraordinario. El verdadero hombre extraordinario es el verdadero hombre ordinario. Cuanto más sabe un hombre realizar en su vida lo que es común al género humano, más es un hombre extraordinario. Cuanto menos puede asimilarse lo general, más imperfecto es. Entonces, bien puede ser un hombre extraordinario, pero no en el buen sentido.

Si un hombre encuentra dificultades en el momento en que quiere realizar la tarea que le ha sido encomendada, como a todos los demás, es decir, expresar en su vida individual lo que es común al género humano, si parece que hay algo de lo general que no puede asimilar a su vida, ¿qué hará? Si la teoría monástica o una concepción estética muy parecida domina su espíritu se siente feliz desde el primer instante y en todo cuanto lo distingue, se siente una excepción, un hombre extraordinario; se pone vanidoso de un modo infantil, como un ruiseñor que viera en su ala una pluma roja y se alegrara de que ningún otro ruiseñor tuviera una igual. En cambio, si su alma ha sido ennoblecida, por el amor de lo general, si ama la existencia del hombre en este mundo, ¿qué hará entonces?

Examinará hasta qué punto eso es cierto. Esa imperfección puede ser debida a la culpa del hombre mismo, él puede tenerla sin culpa, pero también puede haber alguna verdad en la impotencia para realizar lo general. Si, en suma, la gente tomara conciencia de sí misma con más energía, tal vez muchos llegaran a ese resultado. Él también sabrá que la pereza y la cobardía pueden inducir a un hombre a creer esas cosas y amor-

tiguar el dolor porque reemplaza lo general por lo particular y conserva, con respecto a lo general, una posibidad abstracta. Pues lo general como tal, no existe en ninguna parte y depende de mí que, con toda la energía de mi conciencia quiera ver lo general en lo particular, o solamente lo particular.

Puede ser que tal reflexión no le parezca suficiente, y quiera intentar un ensayo. Comprenderá fácilmente que si el ensayo lo conduce al mismo resultado, la verdad le será impuesta aún con más fuerza y que, si quisiera halagarse a sí mismo, mejor sería que se abstuviera, pues llegará a gemir más que nunca. Sabrá que nada particular es lo general. Para no quedar decepcionado, transformará él mismo lo particular en general. Verá en lo particular, como tal, mucho más de lo que hay en él; para él lo particular será lo general. Acudirá en ayuda de lo particular dándole la importancia de lo general. Si comprende que el ensayo ha fracasado, habrá arreglado las cosas de tal modo que lo que lo hiere no sea lo particular sino lo general. Él se cuidará de modo que no pueda haber equivocación, para que lo particular no llegue a herirlo, pues su herida sería demasiado leve y se estima demasiado para aceptar una herida leve. Amará lo general demasiado sinceramente para substituirlo por lo particular con el fin de escapar intacto. Se cuidará mucho de reírse de la reacción impotente de lo particular, cuidará de no mirar la cuestión con frivolidad aunque lo particular, como tal, empuje a ello, no se dejará llevar a un extraño malentendido que consistiría en que lo particular encontrara en él un amigo más grande que los que él mismo tiene. Hecho esto,

irá al encuentro del dolor; aun si su conciencia está conmovida, no se doblegará.

Si sucede, entonces, que lo general que no puede realizar era justamente lo que en cierto sentido deseaba, se alegrará de ello si es un hombre generoso. Dirá: he luchado en las condiciones más desfavorables. He luchado contra lo particular, he puesto mi deseo del lado del enemigo; para colmo, he transformado lo particular en general. Es verdad que todo esto hará que la derrota sea más pesada para mí; pero también servirá para reforzar mi conciencia, darle energía y claridad.

Es así como, a este respecto, se ha emancipado de lo general. En ningún momento desconocerá el significado de tal medida, pues en realidad él es quien hacía que la derrota fuera completa y le daba importancia; pues él sabía dónde y cómo era vulnerable y él mismo se infería la herida que lo particular como tal no podía hacerle. Estará seguro, entonces, de que hay algo de lo general, que él no puede realizar; pero esta convicción no lo es todo para él, pues engendró en su alma una pena profunda. Él se alegrará de que otros puedan realizarlo, comprenderá, tal vez mejor que ellos, qué hermoso es, pero él mismo estará apenado, no cobardemente y por desaliento, sino profunda y francamente; y dirá: "Amo, sin embargo, lo general. Si la suerte feliz de los demás fuera atestiguar lo que es común al género humano realizándolo, ¡pues bien! lo atestiguaría con mi pena, y cuanto más profunda fuera ésta, más importante sería mi testimonio!". Y esta pena es hermosa, es, ella misma, una expresión de lo que es común al género humano, un enternecimiento del corazón de éste en sí mismo y esa pena lo reconcilia consigo mismo.

La convicción que ha alcanzado no lo es todo para él, pues comprenderá que ha contraído una gran responsabilidad. A este respecto, dirá, me he puesto fuera de lo general; me he privado de las directivas de la seguridad y del apaciguamiento que da lo general; me encuentro solo, sin compasión, pues soy una excepción. Pero no se volverá cobarde e insondable, seguirá su camino solitario con confianza, pues ha dado prueba de la rectitud de lo que hacía, tiene su dolor. No quiere tener una idea confusa de su decisión, posee una explicación lista para cualquier momento, una explicación que no podrá turbar ningún rumor ni ninguna distracción del espíritu; si despierta, en medio de la noche, puede traer todo a su punto de inmediato. Comprenderá que la educación que se le imparte es pesada, pues lo general es un maestro severo cuando está fuera de uno mismo; siempre mantiene suspendida sobre la cabeza la espada de la justicia y dice: "¿Por qué quieres estar fuera?" Y aun si dice que la culpa no es suya, lo mismo se la atribuye y tiene exigencias para consigo mismo. El hombre del cual hablamos volverá a veces al mismo punto y repetirá una y otra vez la prueba, y entonces, lleno de confianza, proseguirá su camino. Descansa en la convicción que ha adquirido y dirá: "En lo que confío, finalmente, es en la existencia de una justa sabiduría y confiaré en su clemencia que será bastante grande para que se me haga justicia; lo que sería terrible no sería soportar el castigo merecido por el mal que yo haya hecho, sino que pueda hacer el mal sin que nadie me castigue; y lo terrible no sería despertar con angustia y horror por la seducción de mi corazón, sino poder seducirlo a tal punto que nadie pudiera despertarlo".

Toda esta lucha, sin embargo, es un purgatorio, del cual puedo, por lo menos, imaginar el terror. Por eso las personas no deberían desear llegar a ser hombres extraordinarios; pues el hecho de serlo significa algo muy alejado del apaciguamiento caprichoso de sus deseos arbitrarios.

En cambio, aquel que, con dolor, se haya convencido de que es un hombre extraordinario y que, por la pena que esto le causa, se reconcilia en fin con lo general, tal vez tenga un día la dicha de comprender que lo que le producía dolor y lo disminuía ante sus propios ojos, aparecerá como la causa de una nueva elevación y de su trasformación en un hombre extraordinario, en el más noble sentido. Lo que perdía en envergadura lo ganaba tal vez en intimidad intensiva. Todo hombre cuya vida expresa mediocremente lo general no es un hombre extraordinario, pues esto significaría un culto de la trivialidad; para que en verdad pueda ser llamado así, es necesario saber con qué intensidad de fuerza obra. Pero el que nos ocupa está ahora en posesión de esa fuerza con relación a los puntos donde puede realizar lo general. Su pena nuevamente desaparecerá y se resolverá en armonía; pues comprenderá que había alcanzado el límite de su individualidad. Sabe bien que todo hombre se desarrolla con la libertad, pero sabe también que ningún hombre se crea a sí mismo de la nada, pues se posee a sí mismo como tarea de su concreción; se reconciliará con la existencia al comprender que, en cierto modo, todo hombre es una excepción y que también es cierto que todo hombre representa lo que es común al género humano, y que es además, una excepción.

He aquí, amigo mío, mi opinión sobre un hombre

extraordinario. Amo demasiado la existencia y el hecho de ser hombre, para creer que el camino que debe uno seguir para convertirse en un hombre extraordinario es fácil y no está sembrado de tribulaciones. Incluso si un hombre fuera un hombre extraordinario, en el sentido más noble, siempre concederá que seria más perfecto si se asimilara lo general.

Recibe mis saludos y mi amistad; pues, aunque, en sentido estricto, no pueda designar con esa palabra nuestras relaciones, espero que mi joven amigo alcance un día la edad en que yo pueda emplear el término con exactitud; queda seguro de mi afecto. Recibe los saludos de la que amo, cuyos pensamientos quedan incluidos en los míos, recibe saludos que son inseparables de los míos, pero recibe, igualmente, saludos especiales de ella, amistosa y sincera como siempre.

Cuando, hace pocos días, estuviste en casa, sin duda no pensaste que, de nuevo yo había terminado una carta tan larga. Sé que no te agrada mucho que te hablen de tu historia íntima, por eso preferí escribirte y nunca te hablaré de ello. Esta carta será secreta y lamentaría que, a consecuencia de ella, se modificaran tus relaciones con mi familia y conmigo. Sé muy bien que posees bastante habilidad para hacerlo cuando lo quieres, por eso te ruego por ti tanto como por mí que no lo hagas. Nunca he querido penetrar en ti y bien puedo amarte a la distancia aunque nos encontremos a menudo. Estás demasiado encerrado en ti mismo para que yo pueda serte útil hablándote, pero espero que mis cartas no carezcan de importancia. Cuando llegues a modelarte a ti mismo por los medios propios de tu personalidad cerrada, des-

lizaré ahí adentro en ello mis conclusiones y estoy seguro de que entrarán a formar parte del movimiento.

Puesto que nuestras relaciones epistolares han de permanecer secretas, respetaré todas las formas requeridas; te digo adiós como si estuviésemos separados el uno del otro, aunque espero verte tan a menudo como antes.



ÍNDICE

ESTE LIBRO SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EL DÍA 10
DE NOVIEMBRE DEL AÑO
MIL NOVECIENTOS CIN-
CUENTA Y CINCO EN LA
IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ *666*, BUENOS AIRES,
REPÚBLICA ARGENTINA.



